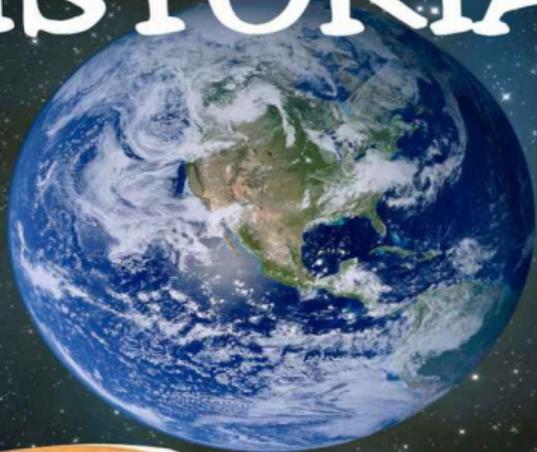
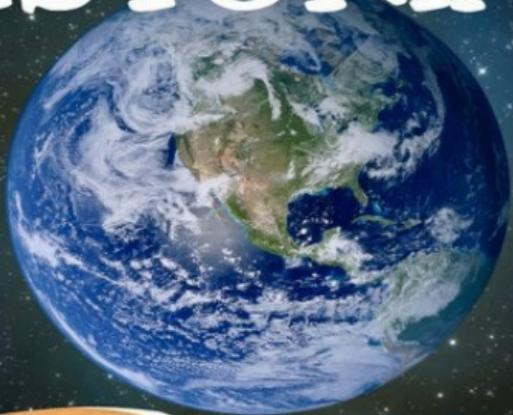


# TIEMPO en HISTORIAS



Fernando Hidalgo Cutillas

# TIEMPO en HISTORIAS



Fernando Hidalgo Cutillas

**TIEMPO**  
**en**  
**HISTORIAS**

**Cuentos y fábulas para  
jóvenes y adultos**

---

**Fernando Hidalgo Cutillas**

© Fernando Hidalgo Cutillas - Barcelona 1997-2015  
Prohibida la reproducción

# Índice

Prólogo

I - La decisión

II - El guapo de Santaella

III - El árbol genealógico

IV - La profecía

V - El último amor

VI - Zasir

VII - El muñeco

VIII - El diablillo

IX - El nudo de Nirkos

X - El epitafio

XI - Raluca lo sabe

XII - El estudiante de Leyes

XIII - Erika

XIV - Yaso

XV - El aguador

XVI - La llave

XVII - El cohete

XVIII - Génesis apócrifo

XIX - Cuentos conocidos

XX - Tabaco

XXI - Noche de Reyes

XXII - Noche de Difuntos

XXIII - La sentencia

XXIV - La última cena

XXV - Don Cándido

XXVI - La ofensa

XVII - Como los ángeles

1 - Fábula de la serpiente y las gallinas

2 - Fábula de la cebra Felipa

3 - Fábula de las bacterias anaerobias

4 - Fábula de los apresurados

5 - Fábula de los agraviados

6 - Fábula de los dos manantiales

7 - Fábula de la liebre cazadora

8 - Fábula del castaño y el olivo

*Tiempo en historias* es una recopilación de relatos extraordinarios escritos por un gran conocedor de la lengua española. Cada historia tiene el tiempo justo. Tal vez de ahí el título, un tiempo que en la vida actual es tan pasajero como las páginas de este libro que, no obstante, es probable se queden grabadas en nuestras memorias para siempre.

*Blanca Miosi*



## I - La decisión

Pocos días antes de mi octogésimo quinto cumpleaños recibí una carta, un acontecimiento poco frecuente. Hacía mucho tiempo que casi toda la correspondencia de la ciudad circulaba por correo electrónico. El sobre provenía de la Oficina de Bienestar Global de mi distrito y sólo contenía una cuartilla que era una simple citación: «Le rogamos se presente en estas oficinas antes de treinta días a partir del recibo de esta nota. Nuestro horario es...».

A mi edad tengo pocas obligaciones que atender y mucho tiempo libre, el plazo me venía largo, así que al día siguiente me puse el traje de los domingos, tomé mi bastón de caoba con empuñadura de titanio y me encaminé a la citada oficina.

Paseando bajo el tibio sol de las primeras horas del día, me esforzaba en alejar la inquietud

que la citación me había producido. ¿Qué podrían querer de mí en la oficina de bienestar? Supuestamente el Departamento de Bienestar Global vela por cubrir las necesidades de las personas con problemas; pero yo, aunque vivía solo, no tenía problemas, al menos no del tipo en el que los políticos puedan meter la nariz.

Ya cerca de mi destino compré el diario en el único quiosco superviviente de la zona y lo guardé bajo el brazo, en previsión de una probable y quizá larga espera. Recorrí con paso decidido los últimos metros y entré al edificio.

Apenas había diez personas en el vestíbulo, todas ellas sentadas, dispersas, en unos asientos con acabado en imitación a madera. Tal como había imaginado, la atención al usuario estaba automatizada. Me dirigí a uno de los grandes monitores de cristal líquido del punto de información. La imagen de una muchacha sonriente, que no paraba de hacer muecas que pretendían ser gestos amables, me revolvió el

estómago. Una voz femenina, sensual y melodiosa salió de alguna parte:

*Coloque su dedo pulgar derecho sobre la zona marcada en la parte inferior de la pantalla, por favor.*

Seguí la indicación y al momento la muchacha sonriente desapareció para dejar paso a una ficha personal que contenía mis datos.

*Confirme su identificación pulsando el botón verde; si es errónea, pulse el rojo.*

Toqué el botón verde y la empalagosa muchacha de las sonrisitas reapareció en el monitor. Unos segundos después, la voz volvió a darme instrucciones.

*Espere en el sillón número veintiuno. Una de nuestras azafatas le atenderá lo antes posible. El Departamento de Bienestar Global le agradece*

*su visita. Que tenga un buen día, señor.*

Agarrando el diario como un salvavidas, caminé hacia la zona donde se alineaban los asientos. Localicé el número veintiuno, me senté en él y me dispuse a soportar estoicamente una larga espera. Por fortuna mis temores resultaron infundados; aún no había terminado de ojear la portada cuando se acercó a mí una mujer bastante gruesa que rondaría la cincuentena. No daba la imagen que yo tenía de una azafata, pero ésa parecía ser su función.

—Buenos días. Señor Campos, ¿verdad? Sígame, por favor.

Su voz auténtica y su actitud amable derrumbaron mis prejuicios al instante. Caminé tras ella por un vericuelo de pasillos hasta una puerta de cristal opaco. Golpeó con los nudillos antes de abrir invitándome a pasar.

—Don Vicente Campos —anunció y, dirigiéndose a mí, añadió con simpatía— ¡Que tenga suerte! Volveré a recogerlo cuando terminen.

Todos los temores que antes había logrado conjurar se agolparon en mi mente en ese momento. ¿Por qué me habría deseado suerte?

La pieza era un pequeño despacho con una mesa blanca de escritorio, dos sillas frente al sillón del anfitrión y absolutamente nada más. El hombre que lo ocupaba se alzó ligeramente de su asiento, a modo de saludo.

—Siéntese, ¿quiere? —invitó.

Lo hice, y me quedé mirándolo con cara de «usted dirá...». Él era muy joven. Noté que estaba tenso. Sonrió nerviosamente y comentó algo banal, no recuerdo qué. Saqué del bolsillo interior de mi chaqueta la nota que había recibido y la puse sobre la mesa.

—¿Quería usted verme? He recibido esta carta...

El joven se puso serio y adoptó un aire solemne antes de contestar.

—Verá, señor Campos, el motivo de su presencia aquí es que, según nuestro archivo, usted ha cumplido o está a punto de cumplir ochenta y

cinco años... Y aún no ha tomado la decisión — explicó en voz tan baja que apenas pude oírlo.

—¿La decisión? ¿Qué decisión? —Yo estaba verdaderamente intrigado.

—Verá, señor Campos —repitió—, hace unos años el Gobierno decidió ampliar los servicios a la ciudadanía en un tema muy sensible, y muy delicado también. Durante décadas, la Salud Pública se ocupó de la vida, pero muy poco de la muerte. Los progresos médicos permitieron alargar la vida de los ciudadanos y ciudadanas; no sólo alargarla, también darle calidad y bienestar. Pero eso tiene un límite, que habíamos sobrepasado ampliamente. La consecuencia fue que muchos enfermos y ancianos se veían abocados a una tortura insufrible en sus últimos años. La Medicina había llegado demasiado lejos con ellos, no podía curarlos pero tampoco les permitía morir y vivían una especie de lenta agonía durante largo tiempo. Por otra parte, el coste de todo ese esfuerzo inútil era enorme.

— ¿Y qué tiene eso que ver conmigo y con la

decisión que dice que he de tomar? —interrumpí.

—Déjeme que le explique... Cuando el Gobierno decidió intervenir en esta situación, hace ocho años, en el 2016, se creó un servicio de Eutanatología en todos los hospitales generales del Estado. Cuando algún paciente sobrepasa de modo irreversible los límites de una vida soportable, sus médicos lo dirigen a ese servicio. Allí se le informa de su derecho a una muerte digna, rápida, sin sufrimiento ni dolor, se le propone el ingreso definitivo y el paciente decide. A algunos les cuesta, el instinto de supervivencia es potente, pero en general se impone el sentido común y acaban accediendo.

—No puedo creer que esté usted proponiéndome que yo decida morir... Es la situación más absurda en la que me he visto en toda mi vida —comenté con sarcasmo.

—No se enoje, señor Campos, y déjeme terminar. Hace unos dos años se hizo una revisión sobre el funcionamiento de este sistema y se detectaron varios fallos; el principal, que por

algún motivo muchas de las personas candidatas a recibir este servicio nunca llegaban a contactar con él. Un apego irracional a la vida, a cualquier precio, o un malentendido amor de la familia o, en ocasiones, intereses creados, este tipo de cosas interferían en el buen funcionamiento del proyecto. Entonces se decidió que los enfermos con determinadas dolencias y todas las personas a partir de la edad de ochenta y cinco años deberían, anualmente, si tenían buen uso de sus facultades mentales, entrevistarse con un psicólogo y después decidir por sí mismas si querían seguir viviendo o no. Y ésa es la finalidad de esta entrevista, que usted tome esa decisión.

—Así que es usted psicólogo... —deduje—. ¡Qué extraño!, leo la prensa todos los días y no recuerdo nada sobre lo que acaba de explicarme.

—Ya le he dicho que el tema es sensible y delicado. No se ha hecho nada para informar a la población en general, pensamos que hacerlo sólo daría problemas. —El funcionario puso frente a mí un impreso—. Ha de rellenar este cuestionario y

firmar debajo. Eso es todo.

Se trataba de marcar las casillas pertinentes en una serie de preguntas sobre mi salud, el tipo de vida que hacía, mis relaciones familiares y hasta mis ingresos mensuales. Y, al final, la decisión, planteada en estos términos:

*¿Desea usted que el Estado lo/la ayude a terminar drásticamente con sus dolencias, con los mejores medios que la Medicina puede ofrecer en este momento?, y dos opciones: SI/NO.*

—Pero aquí no dice nada de eutanasia... — señalé.

—Intentamos no herir ninguna sensibilidad. Cualquiera entiende que ese final drástico no puede ser otro.

Marqué NO, firmé la hoja y la devolví al joven, que la guardó en un cajón sin mirarla.

— ¿Lo ve usted? No era tan difícil; ya está. El año próximo, más o menos por estas fechas, volveremos a vernos. —Se levantó de su silla para

despedirme y nos estrechamos la mano—. Que tenga un buen día, señor.

La azafata apareció en la puerta como por arte de magia y me dispuse a seguirla hasta la salida. Mientras caminaba tras ella, me crecía la sensación de haber caído en una trampa, no estaba seguro de no haber firmado mi condena a muerte. En realidad, en ese momento empecé a darme cuenta, había renunciado por escrito a la ayuda médica del Estado. Pero me daba igual, ya sólo quería salir de aquel asfixiante lugar cuanto antes.

## II- El guapo de Santaella

*Este cuento está basado en personajes y algunos hechos reales, y es una ucronía que muy bien pudo suceder así.*

En el crepúsculo de un día gris, a finales de otoño, un hombre de aspecto distinguido avanzaba a lomos de un caballo en dirección a Santaella. Sin prisa, mecido el cuerpo por el balanceo de la cabalgadura, el jinete iba absorto en sus meditaciones. Al aproximarse al pueblo y enfilarse por la calle del Mesón, encontró a algunos labriegos que regresaban de su quehacer; hombres sencillos, como sencilla es la vida en el campo, que volvían la cabeza con curiosidad para ver al forastero, un acontecimiento inusual en esta villa que, desde que anduvo por ella don Gonzalo Fernández de Córdoba —mucho tiempo atrás—, parecía olvidada

por todos excepto por los mismos santaellanos.

Sintiéndose observado, el caballero tomó las riendas con más brío y, componiendo su figura en lo que pudo, se dirigió calle arriba, hacia el castillo que presidía la plaza Mayor. Dejó atado al jamelgo en una argolla cercana a la puerta y entró en el viejo edificio, una antigua fortaleza que en tiempo de moros fue gloriosa y que por entonces, ya algo desmochada, servía de casa consistorial. Atravesó con paso decidido una amplia sala vacía, en cuyo extremo se podía ver una estancia más pequeña, desprovista de puerta. Un hombre sentado frente a un escritorio cubierto de pliegos miró con gesto atento al forastero, a la tenue luz de una lámpara de aceite.

—Busco al alguacil —anunció el recién llegado, despojándose del sombrero.

—Estáis frente a él. ¿Y vos sois...? —indujo el hombre.

—Miguel de Cervantes, recaudador de tributos de Su Majestad. Vengo por el cobro de las alcabalas atrasadas.

El alguacil hizo un mohín apenas perceptible. Las cargas que la Corona imponía a Santaella eran excesivas y sabía de algunos paisanos que no habían podido afrontarlas. La llegada del recaudador no podía significar sino problemas. Miguel, que era manco del brazo izquierdo, dejó el sombrero sobre una silla para sacar de su gabán unos papeles, que tendió a su interlocutor.

—Aquí tenéis mis credenciales —dijo, avanzando hasta el escritorio.

El otro tomó los documentos y los ojeó, antes de devolverlos a su dueño.

—Sentaos —ofreció amablemente—. ¿Qué queréis de mí, don Miguel?

—En realidad, nada, al menos por ahora —explicó el recaudador, tomando asiento—. Sólo informaros de mi presencia en el pueblo. En pocos lugares soy bienvenido pero muy raramente se producen altercados.

—¿Y qué tenéis pensado hacer?

—Me alojaré en la fonda y mañana empezaré a visitar a los morosos —respondió Miguel, con el

tono resignado de quien, a su pesar, ha de cumplir una penosa obligación.

—Informaré al señor alcalde en cuanto lo vea. Si algo precisáis... —El alguacil dejó la frase en suspenso—. Hay dos fondas en el pueblo; os recomiendo la que encontraréis en esta misma calle, un poco más abajo.

Los dos hombres se despidieron y Miguel salió, tomó las riendas de su caballo y se encaminó a pie hacia el mesón, que ya había descubierto cuando pasó frente a él, calle arriba.

Golpeó con la aldaba por dos veces y no tardaron en aparecer un hombre y un muchacho. Las ropas de Miguel, aunque algo raídas, eran finas y distaban mucho de las que solían vestir los lugareños. El mesonero, poco acostumbrado a recibir a huéspedes distinguidos, se deshacía en atenciones, tanto por quedar en buen lugar como por las pingües ganancias que se prometía. Tras varias reverencias y muchas lisonjas, Miguel fue conducido a una de las habitaciones del primer piso, mientras el muchacho llevaba el caballo a la

cuadra.

—¿Qué trae por aquí a vuestra merced? —preguntó el mesonero al llegar a la alcoba, sin poder contener su curiosidad

—Nada que os interese —replicó Cervantes, dando largas. Pero pensándolo mejor, añadió—: Como os enteraréis de todos modos, os lo diré. Vengo a cobrar los impuestos que no se pagaron cuando era preciso. Sed discreto si no buscáis pleitos; los dineros de Su Majestad son cosa seria.

—Yo... —prometió el mesonero, haciendo un gesto con la mano, como quien se cose los labios—. Estaréis hambriento; venid, os pondré algo de cenar.

—Id delante, os seguiré en cuanto me haya aseado.

Cuando, poco después, Miguel bajó a la taberna, sus cuatro mesas estaban ocupadas. Tres de ellas, por grupos de campesinos que bebían y charlaban animadamente. En la cuarta, un hombre ya maduro, de fino bigote y perilla, estaba sentado frente a una jarra de vino. Por su aspecto Miguel

pensó que debía de ser un militar. El mesonero salió al encuentro de su nuevo huésped, con gesto desolado.

—¡Cuánto lamento no poder acomodar a vuestra señoría como merece!, pero ya veis... —se excusó en tono plañidero, señalando al comedor—. ¿Os importaría compartir mesa?

Sin responder, Miguel se acercó a la que ocupaba el hombre de la perilla y señaló uno de los asientos vacíos.

—¿Me permitís? —preguntó.

—Os lo ruego —accedió el otro, cortésmente—. A mí me sobra mesa y a vos os falta; sentaos, pues.

Poco más tarde, Miguel había dado buena cuenta de un no muy colmado plato de garbanzos con algún rastro de chacina y un buen pedazo de pan. A pesar de su única mano, el recaudador se valía con destreza y hasta con elegancia. Desde el otro extremo de la mesa, su acompañante lo miraba con tanta insistencia que Miguel terminó por sentirse incómodo.

—¿Nos conocemos? —preguntó en tono cortante.

—Sólo desde hace unos minutos —respondió el otro. La situación parecía divertirlo—. ¿Sabéis que el modo en que come un hombre dice mucho de él?

—¿Y qué habéis descubierto? —Miguel sintió curiosidad por lo que podría decir.

—Primero, que habéis conocido días mejores. Segundo, que no os gusta hablar; de ahí mi silencio.

Miguel sonrió, complacido por el ingenio de su compañero de mesa.

—No andáis desencaminado, pero sólo acertáis a medias. He conocido mejores días, mas en cuanto a lo de hablar...

—¿Cuál es vuestra gracia? —interrumpió su interlocutor.

—Miguel. ¿Y la vuestra?

—Me llaman Alonso.

—Sois soldado, ¿verdad?

—Lo fui; dejé el ejército hace años. Es una

triste historia...

—Me agradecería escucharla, si tenéis tiempo y os apetece —pidió Miguel.

—Pues allá va. Nací en esta villa el ocho de septiembre de 1546. Quedé huérfano muy joven y me crié con mis abuelos. En el pueblo no encontré futuro; yo no quería terminar siendo un campesino, sino un caballero, como los personajes de los libros de aventuras que leía siendo niño. Así que cuando cumplí los veintidós, malvendí la casa y las tierras que heredé y partí a buscar fortuna al servicio del rey Felipe. Entré en el Tercio y ascendí muy pronto a capitán. Una buena paga, todo el vino que pudiese beber y un jergón donde dormir bajo techo era cuanto yo necesitaba.

El capitán pidió una nueva jarra y llenó ambos vasos antes de seguir:

—La guerra es dolor y muerte, pero también honor y gloria. Sin ello sería cosa de salvajes.

—La guerra es siempre cruel y salvaje —opinó el recaudador—. Luché en Lepanto con Juan de Austria, un gran hombre a pesar de su juventud.

Allí perdí la mano —agregó, mostrando su brazo izquierdo, que cubría con una especie de guante de cuero negro.

—Sois un héroe, entonces...

—¡Ah!, no os equivoquéis. Soy sólo un lisiado. Los héroes son los que, desde los despachos, dan las órdenes en medio de lujos y comodidades. De ellos son las estatuas y los parabienes de la Historia. Pero decidme —instó Miguel—, ¿por qué dejasteis el empleo que tanto os agradaba?

—Fue en el norte de Francia, donde los hugonotes se aliaron con los rebeldes de Flandes. El ejército francés nos hostigaba continuamente. Un espía informó que en una aldea próxima se estaban acuartelando las tropas enemigas. Mi compañía recibió la orden de atacar. Se eligió una noche sin luna, apenas se podía ver nada. Llegamos sigilosamente a las primeras casas, extrañados por no encontrar centinelas. Algunos de mis hombres prendieron fuego a las techumbres mientras el resto se preparaba para abatir con

mosquetones a cualquiera que saliese de los edificios. En poco tiempo las casas estuvieron envueltas en llamas y una densa humareda se extendió por toda la aldea. En cuanto las puertas y ventanas se abrieron, ordené a mis hombres que dispararan sobre todo lo que se moviese... ¡Así me hubiera llevado el Diablo!

—¿Qué queréis decir? Las batallas son siempre terribles. —Miguel no comprendía la desazón del capitán.

—La información del espía era falsa —desveló Alonso—. En la aldea no había más que mujeres, niños y algunos viejos. Todos murieron. No puedo explicar lo que sentí... —añadió, antes de tomar un generoso trago de vino.

—Comprendo —comentó Miguel, apenado.

—Tengo a esa niña aún en mi cabeza... Tendría unos ocho años. La encontramos en una de las casas, en un rincón. Parecía una muñeca negra, sus ropas y cabellos se habían consumido, al igual que los párpados y parte de los labios, dejando un rictus que semejaba una terrible sonrisa. Y sus

ojos... —Alonso estaba visiblemente alterado.

—Fue un error, un lamentable accidente. Miradlo así, no debéis culparos.

—Supongo que tenéis razón pero ¡decídselo a los muertos...! A nadie pareció importarle, ni a los soldados, ni a los superiores. Entonces comprendí que yo no podía seguir allá o acabaría siendo tan desalmado como ellos y decidí volver a Santaella; un largo camino que me tomó mucho tiempo.

—Sois un hombre cabal, demasiado para los tiempos que corren —sentenció Miguel.

—Quise vivir como un caballero y terminé asesinando a mujeres y niños —comentó Alonso con amarga ironía—. Pero ahora ya no acepto órdenes de nadie.

A la mañana siguiente Miguel comenzó su trabajo. Los deudores eran en su mayoría pequeños terratenientes que vivían del ganado, el cultivo de trigo y la producción de un aceite de excelente calidad. La tarea del recaudador era fácil: lo recibían con amabilidad y respeto, no

exento de cierto temor, aunque Miguel sabía que, para sus adentros, lo maldecían a él y a todo su linaje. Después de informarles del estado de su deuda, ellos argüían toda clase de excusas, de errores, de malentendidos... El recaudador escuchaba pacientemente sus razones, para acabar explicándoles que todo era ya inútil, no había más opción que pagar o ir a presidio. Pedían entonces un plazo para reunir el dinero, les concedía unos pocos días y ellos liquidaban la deuda a regañadientes. Así solía acontecer.

Cuando regresó Cervantes a la fonda para el almuerzo, Alonso estaba en el mismo lugar que el día anterior. Al verlo, el capitán le hizo una seña invitándolo a compartir su mesa. Miguel había quedado conmovido por el relato de la víspera y empezaba a sentir afecto por aquel hombre. Mientras comían, ambos continuaron hablando sobre sus atribuladas vidas. Casi de la misma edad —Alonso un año mayor—, los dos habían sido soldados y llevado una vida errática, sin más

rumbo que el que marcaban Fortuna y Necesidad. Miguel desveló que su verdadera pasión era la Literatura, que le daba muchas satisfacciones mas tan escasas rentas que se veía obligado a ejercer de recaudador, un empleo odioso pero que le permitía comer caliente todos los días. Por un duelo de juventud tuvo que abandonar la Universidad de Salamanca antes de concluir los estudios, y escapar a Italia, donde fue secretario de varios nobles y algún cardenal. Ello lo llevó a Lepanto, en mala hora, pues no sólo perdió allí una mano; también la libertad, durante un largo cautiverio en Argel, al ser apresado por los corsarios berberiscos el barco en que volvía a España, licenciado por sus heridas. Contó también sus intentos fallidos de escribir teatro y se confesó autor de alguna novela de escaso éxito, en especial de una titulada *La Galatea*, pendiente quizá de ser continuada.

—Así que sois escritor... ¡Magnífico! No hay oficio mejor ni más necesario —afirmó el antiguo capitán.

—Lo intento, amigo Alonso, lo intento. Para mí es lo más importante. Mi pluma es mi inseparable compañera y casi siempre la única.

—¡Qué gran cosa, los libros! —reflexionó Alonso en voz alta.

—¿Os gusta leer?

—Ahora apenas leo, me aburre. Pero cuando era muchacho, nada me agradaba más. Nunca he sido tan feliz como lo fui entonces, leyendo las aventuras de aquellos valientes caballeros cuyas únicas leyes eran el Honor y la Justicia. ¿Sabéis a qué me refiero? Yo vivía esas historias como si estuviese dentro de ellas y al acabar cada libro me sentía profundamente triste; de pronto todo un mundo desaparecía. Es asombroso tener el poder de crear esos mundos.

—No los creamos los escritores, esos mundos existen en alguna parte. Vos mismo sois un mundo sobre el que alguien podría escribir una historia. Se hace tarde, he de dejaros —anunció de pronto Miguel—, tengo algunas visitas pendientes. Continuaremos la conversación en otro momento,

si os place.

Cuando el recaudador hubo salido y se disponía a marchar, el mesonero, que había ido tras él, lo llamó en voz queda:

—¡Señoría!, psss, ¡excelencia, esperad! —pidió, mientras se le acercaba con toda la rapidez que le permitía su voluminosa panza—. Debí advertiros antes, pero no encontré ocasión. El caso es que... —El hombre titubeó—. Bueno, supongo que os habréis dado cuenta ya...

—Hablad de una vez, ¿de qué he debido darme cuenta? —Miguel se impacientaba, temiendo algún embrollo.

—Pues que don Alonso está... —E hizo un movimiento circular con el dedo índice alrededor de su sien.

—¿Qué queréis decir?

—¡Que es un lunático, vaya!

—Y eso ¿quién lo dice?

—¡Todo el pueblo! Lo llaman el guapo por lo pendenciero. Si os sorprende es porque apenas lo conocéis. ¿No os ha contado lo de la niña muerta?

¿O cuando soltó los mulos del molino? ¿Y lo de la ventana de Aldonza? ¡Está como una cabra! Si se le contraría se pone furioso, sólo por eso os lo cuento. Sed precavido.

—Quedad con Dios —se despidió Miguel, espoleando su montura sin más comentario.

Ni aquella noche, ni en todo el día siguiente, el recaudador volvió a encontrarse con su nuevo amigo. No dejaba de pensar en lo que le había dicho el mesonero. Él no había notado ningún rasgo de locura en Alonso, al contrario, le parecía un hombre bastante sensato.

Al tercer día, yendo Miguel por la Sendilla camino de una de las fincas que quedaban por ese lado del pueblo, vio a Alonso sentado en un poyo.

—¿Qué hacéis por aquí? —preguntó Cervantes en tono jovial, bajando del caballo.

—¿Veis aquella casa con tres ventanales? Allá arriba, la más alta... Allí vive mi amada. De un momento a otro se abrirá una de las ventanas y aparecerá la dama más bella que habita sobre la

tierra. Me mirará, la miraré y nos sonreiremos. Después irá adentro, dejando la ventana abierta. Es una señal.

Ambos quedaron en silencio, mirando a las ventanas. En efecto, al cabo de pocos minutos sucedió tal como Alonso había predicho. Miguel pensó que la muchacha tenía un aspecto bastante tosco, seguramente una criada, pero se abstuvo de comentarlo.

—Ya tenéis vuestra señal —bromeó con picardía—. Corred a su encuentro, no os preocupéis por mí, tengo que hacer.

Alonso movió la cabeza a uno y otro lado, sin moverse del sitio.

—Entonces, ¿eso es todo? —Cervantes no comprendía—. ¡Alonso!, que tenéis cincuenta años... Si es vuestra amada, ¿no sería mejor que fueseis tras ella?

—Me decepcionáis, Miguel. Sois escritor, tendríais que entenderlo. ¿Queréis decir que debería cambiar esta historia mágica por un vulgar encuentro? ¿Iniciar una relación en la que sólo

pueden crecer los problemas y mermar las ilusiones? No haré tal cosa. Ella es mi dama en su castillo y yo su enamorado caballero. Decid que hay mujer más dulce que mi Aldonza y os ensartaré como a una liebre.

Cervantes no estaba seguro, después de la advertencia del mesonero, de que su amigo hablara en broma o no, así que prefirió no abrir la boca.

Unos días después, Miguel y Alonso se encontraron por última vez. Fue en la fonda, la víspera de la partida del recaudador, que ya había terminado su cometido. Alonso estaba alegre y locuaz, contando una tras otra las historias más disparatadas que le habían sucedido en el largo camino de regreso a Santaella. Por el contrario Miguel se mostraba triste y preocupado.

—¿Qué sucede, amigo, que vuestra cara parece hoy más larga que un día sin pan? —preguntó el viejo soldado.

—He tenido un mal día. Dos de las familias del pueblo no alcanzan a pagar lo que adeudan. No

puedo hacer otra cosa que comunicarlo al corregidor. Los dos hombres irán a presidio.

—¿A galeras? —preguntó Alonso, dando un respingo.

—No, ¡por Dios!, nadie va a galeras sólo por deudas. —Miguel esbozó una sonrisa por la ocurrencia de su amigo—. Quedarán en la prisión de Écija.

—¿Y no podéis evitarlo? ¿Alguna componenda...?

—Nada puedo hacer y me entristece; es buena gente que está pasando por un mal momento. Al final todo se arreglará, pero el daño estará hecho. ¡Quién sabe el tiempo que estén allí!

—Decidme una cosa... Con sinceridad, sois mi amigo, ¿no? —preguntó de pronto Alonso, en tono franco.

—Bien sabéis que sí.

—¿Os han dicho en el pueblo que soy un lunático?

La pregunta tomó a Cervantes por sorpresa. Por un momento dudó qué contestar.

—Sí —admitió por fin.

—¿Y lo creéis así?

Se hizo un largo silencio. Después Miguel miró directamente a los ojos de Alonso y respondió.

—Sí. Pero la vuestra es una locura maravillosa. Quizá el loco no seáis vos, sino todos los demás.

—Entiendo —dijo el capitán, con semblante hosco.

—Alonso, de niño descubristeis un mundo de honor y de justicia que no es real. Más aún, que es imposible. Pero os refugiáis en él constantemente. Vivís en una fantasía que no existe y ello os lleva a hacer locuras. Los que nos creemos cuerdos también conocimos ese mundo en nuestra infancia, pero lo arrasamos en cuanto nuestros intereses y temores chocaron con él. Sois un idealista impenitente y no se me ocurre locura mayor, ni más sensata.

—Así que esos hombres irán a galeras... — Alonso volvió a cambiar de tema. Miguel desistió

de corregir su error, sospechando que sería inútil —. ¿Cuándo vendrán a por ellos?

—Dentro de cuatro o cinco días. Ahora están en la cárcel del pueblo, bajo la custodia del alguacil.

—¿Y cuántos guardias los acompañarán?

—Suelen venir dos, a veces tres... Pero ¿no estaréis pensando...?

—Quedad tranquilo, no estoy pensando nada que no se deba pensar —replicó Alonso con un guiño, otra vez animado.

Miguel se levantó de su asiento y se aproximó despacio a su acompañante.

—Quizá no nos veamos más, capitán, pero siempre os recordaré con afecto. Puede que escriba algo sobre vos...

—¿A quién podrían interesar mis fechorías? —Alonso rio a carcajadas—. Escribid historias galantes con final feliz, eso os dará fama y fortuna, no las andanzas de un lunático que sólo recuperará la razón cuando llegue el momento de pasar cuentas.

—Salgo mañana muy temprano, me despido ya. Hasta un nuevo encuentro, querido Alonso, que tengáis suerte y... sed cauto.

—Si alguna vez estáis en apuros, sabed que en Santaella contáis con un amigo que hará cualquier cosa por vos. Sólo tenéis que avisarme y yo acudiré allí donde estéis.

Los dos hombres se abrazaron y Miguel se retiró a su alcoba. Al día siguiente, el largo camino a Castro del Río lo esperaba.

### III - El árbol genealógico

Una tarde aburrida de domingo, después de ver una insulsa película en televisión, se me ocurrió pasar el tiempo reconstruyendo el árbol genealógico de la familia. Desde pequeño me fascinaba oír las antiguas historias familiares y todos, especialmente la abuela Rosario, estaban encantados de que alguien quisiera escuchar esos viejos relatos que una vez fueron el centro mismo de sus vidas. De eso hacía ya bastantes años pero yo conservaba aquellos datos bien grabados en mi memoria.

Uní dos folios con un poco de cinta adhesiva por la parte posterior, para disponer de un espacio más amplio, y me puse a la tarea. Anoté mi nombre, el de mis hermanos, encima, el de nuestros padres, y cuando empezaba a escribir el de algunos de mis tíos caí en la cuenta de que así no podría hacerlo. Se enmarañaría demasiado.

Tiré los folios a la papelera, uní otros dos del mismo modo y volví a empezar, esta vez para hacer exclusivamente mi árbol genealógico; nada de hermanos, tíos ni demás parientes. Pensé también que, siendo árbol, las raíces tendrían que estar abajo y los brotes arriba, de modo que escribí mi nombre en la parte superior de la gran hoja, dispuesto a reconstruir el tronco del que yo había brotado. Bajo mi nombre, el de mis padres, y bajo cada uno de ellos el de los abuelos correspondientes, para seguir con los bisabuelos. Dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos... Me había equivocado: la imagen de un árbol me hizo colocar el papel en posición vertical y en la cuarta línea ya no me cabían los datos por la anchura. ¡Qué barbaridad, dieciséis tatarabuelos! Es de Perogrullo, pero no lo había previsto y estaba bastante sorprendido.

El hallazgo me distrajo de mi idea inicial y me llevó a calcular el número de antepasados que tendría diez o quince generaciones atrás. El

cálculo era sencillo: dos, cuatro, ocho, dieciséis, treinta y dos, sesenta y cuatro, ciento veintiocho... ¡Ah!, era como la vieja historia de los granos de trigo sobre el tablero de ajedrez, pensé. Entonces fue cuando me di cuenta de la magnitud del problema: nunca ha habido tanta gente en el mundo, ni siquiera hoy día. En sólo veinte generaciones aparecía un millón de antepasados directos, y con eso apenas retrocedía seis siglos. ¿Es que en la Edad Media todos los habitantes del país eran abuelos míos? Y en la época de Cristo, calculando cuatro generaciones por siglo, y creo que me quedaba corto, eran más de un cuatrillón. ¡Cómo podía ser! Cada uno de mis antepasados tuvo padre y madre, eso era innegable. Había un error en alguna parte y no era precisamente pequeño.

No tardé en comprender el problema: todos tenemos dos padres, eso es cierto, pero no todos tenemos cuatro abuelos, ni ocho bisabuelos, etc. Si los padres fuesen hermanos sólo tendríamos dos abuelos; si fuesen primos, sólo cuatro bisabuelos.

Pero ¿tanta consanguinidad ha habido en la historia del mundo como para compactar un cuatrillón de antepasados en unos pocos miles, incluso cientos? La respuesta era obvia: no sería posible de otro modo. Y si nos remontásemos más atrás, a la época de los faraones, por ejemplo, cuando el cálculo daría una cantidad con más de ochenta ceros, aún serían menos los antepasados reales. La endogamia ha sido norma hasta hace muy poco.

Estas reflexiones me quitaron de la cabeza la idea de hacer el árbol genealógico. Guardé la hoja para continuarlo en otro momento y volví al sofá, frente al televisor. Una conocida cadena especializada en telebasura estaba emitiendo un *reality show*. Todos dicen que la consanguinidad es mala para la genética, se multiplican los problemas y degenera la especie. Ante mis ojos tenía la evidencia que confirmaba mis recientes conjeturas.

## IV - La profecía

Neferté dejó caer la fina túnica de lino que la cubría y se sumergió hasta los hombros en el río. Sintió como el limo envolvía sus pies y el contacto agradable del agua, refrescando su cuerpo y su mente. Cerró los ojos e inició una plegaria a Sobek.

Dos días antes, Neferté se había despertado agitada, llena de desasosiego por un ensueño extraño: en el atardecer, ella caminaba de regreso hacia su choza con dos cántaros llenos de agua que había recogido del pozo próximo al cañaveral; ya muy cerca de la casa vio a Khun, su esposo, que había regresado de las tareas del campo y la contemplaba desde el umbral. Neferté aceleró el paso, impaciente por reunirse con él. Entonces se partió la cinta de una de sus sandalias, ella tropezó y los cántaros cayeron al suelo, rompiéndose en

añicos. Pero en lugar de agua, un enorme charco de sangre quedó en el camino.

La angustia la acompañó durante todo el día, no lograba apartar de su cabeza el inquietante sueño de la noche anterior. Ocupada en cuidar de los animales, ordeñar las cabras, remendar algunos trapos y las demás tareas de la casa, la jornada transcurrió con aparente normalidad, sólo su cerebro escapaba de la rutina con una incesante pregunta: ¿qué podría significar ese sueño? Cerca del ocaso regresó Khun del pequeño huerto que cultivaba, cenaron unas tortitas de trigo con higos y ella se acostó pronto, esperando que un sueño reparador la alejase de sus preocupaciones.

A medianoche Neferté despertó dando un grito. El sueño se había repetido, idéntico, con la única salvedad de que en esta ocasión ella llevaba un solo cántaro, no dos. Khun despertó también al oír el grito pero, viendo que no se trataba más que de una pesadilla, volvió dormir, abrazado a su esposa.

Neferté ya no pudo pegar ojo en el resto de la noche. Estaba segura de que el ensueño tenía un significado que ella no podía descifrar. Los cántaros rotos, la sangre en el suelo cerca de su casa, Khun observando... ¿Qué querían decirle los dioses? Nada bueno, pensó. Observó a su esposo, dormido a su lado. Sus cabellos negros, brillantes; su cuerpo musculoso, su olor a hierbabuena y albahaca... Hacía un año de su boda, cuando ella tenía trece. Pronto cumpliría los quince y estaba ansiosa por darle su primer hijo... Acarició su espalda con delicadeza, para no despertarlo. Y así amaneció.

Apenas Khun hubo marchado, Neferté cogió la pequeña orza de aceite de oliva, uno de los presentes de su boda, y salió hacia el templo de Bastet. Caminaba ligera, a ratos corría, impaciente por llegar. El sol ya estaba sobre las palmeras cuando atravesó la imponente puerta y llegó al gran patio de columnas. Paseando entre ellas vio a quien buscaba. Corrió hacia él y se postró a sus

pies, elevando la orza de aceite en sus manos, a modo de ofrenda.

—Acepta este presente para tu señora Bastet y socorre a su sierva en su desdicha. Es aceite de Palestina, el mejor y más oloroso, un presente que recibí en mi boda y que yo te entrego para conocer el significado de un ensueño que he tenido por dos días consecutivos. Apiádate de esta campesina, te lo ruego.

Hami, guardián y sacerdote del templo, recogió la pequeña orza, la abrió y vertió unas gotas del contenido sobre su mano izquierda, que después olió y lamió con gesto de satisfacción.

—Álzate y habla, mujer —ordenó con voz solemne.

Neferté se sentó sobre sus talones, sin llegar a ponerse de pie al darse cuenta de que era mucho más alta que Hami. Le contó con detalle los dos sueños de las noches precedentes y la angustia que por ellos sentía. El sacerdote escuchaba con atención y, al terminar, quedó largo rato en silencio, con los ojos cerrados, como en trance.

— ¿Cuál es tu nombre? —preguntó por fin.

—Neferté, mi dueño.

—Sígueme.

La mujer siguió a Hami al interior de una construcción de piedra, atravesando un estrecho pasadizo hasta llegar a una sala más amplia en cuyo centro se encontraba la gran estatua de un gato en actitud vigilante, con un ancho collar. El sacerdote colocó la orza a los pies de la estatua y desapareció tras ella. Neferté se sintió intimidada, sola con la inquietante imagen del gato en la lúgubre estancia, únicamente iluminada por dos pequeñas lámparas alimentadas con aceite de ricino. Momentos después una nueva luz, más potente, surgió por detrás de la estatua y una voz con extraños ecos le llegó desde un sitio indeterminado:

*Neferté, el ensueño que has tenido es una profecía. Los cántaros son los días que faltan: ayer dos, hoy uno, el día señalado es mañana. La sangre es la muerte y a quien va a morir lo has*

*visto en el ensueño. Morirá por algo que tú harás, porque tú rompes los cántaros con tu descuido. Ahora, vete.*

El corazón de la muchacha se encogió al oír la profecía, sintió pánico de ella misma, ¿Khun iba a morir, al día siguiente, por algo que ella haría? Rompió a llorar, desbordada por su inmensa angustia.

Regresó a la choza como una autómatas, con la cabeza dando vueltas a las palabras de la diosa. No es posible —cavilaba—, los dioses pueden equivocarse, yo no haría nunca nada contra Khun. Es mi marido, mi dueño, mi amor, lo es todo para mí.... Sumida en su profunda preocupación pasó el resto del día y se esforzó en que Khun no notase nada al regresar. Se acostó con una gran ansiedad por temor a nuevas pesadillas, no quería dormir pero por fin el agotamiento la venció. Esa noche transcurrió sin ensueños extraños.

Despertó cuando Khun se había marchado. Un

instante después recordó la profecía y con terror pensó: Hoy sucederá lo que haya de suceder. No molió el trigo, ni arregló la casa, ni trajo agua del pozo, ni hizo nada más que esperar, sentada a la puerta, a que ese día aciago transcurriera. El sol recorrió su camino más lento que nunca. Vio menguar la sombra de las palmeras y más tarde volver a crecer, alargándose sobre la tierra reseca y arenosa en esas fechas. Pronto llegaría la crecida. Y pronto volvería Khun del trabajo en la huerta... ¿Que él iba a morir por algo que haría ella? ¡Imposible!, pensó. Pero entonces se iluminó una luz en su cerebro: ella no haría nada contra él, de eso estaba segura, pero ¿y si fuese algo involuntario? ¿Y si lo envenenara, sin saberlo, o por un accidente o por torpeza, como en el ensueño, ella hiciese algo que acabara con la vida del muchacho? La idea le resultó insoportable. ¿Sería eso lo que le habían profetizado? La posibilidad se abrió paso en su mente como un huracán hasta convertirse en certeza. ¡Sí, no podría ser de otro modo! Bastet no se equivoca nunca y

ella no debía tratar de engañarse a sí misma. ¿Qué hacer?, se preguntó con desesperación... Y entonces, al ver de nuevo la tierra reseca y arenosa, lo supo.

Neferté dejó caer la túnica de lino que la cubría y se sumergió hasta los hombros en el río. Sintió como el limo envolvía sus pies y el contacto agradable del agua, refrescando su cuerpo y su mente. Cerró los ojos e inició una plegaria a Sobek. Dobló las rodillas y se dejó llevar por la corriente. Una dulce sensación de ingravidez la inundó. Sería más fácil de lo que había imaginado y Khun quedaría a salvo, reharía su vida, sólo tenía diecisiete años... Volaba en el agua como un ave en el cielo, conteniendo aún la respiración. El lecho del río ya quedaba lejos de sus pies, no había vuelta atrás posible. Se le acababa el tiempo... De pronto un chapoteo cercano la hizo abrir los ojos. Horrorizada, vio la cara de Khun a través de las turbias aguas, junto a la de ella. Su esposo luchaba desesperadamente por sacarla a

flote. Intentó gritar con todas sus fuerzas: ¡¡Vete, Khun, vete, vuelve a la orilla, déjame...!!, pero al hacerlo el agua le inundó la boca y los pulmones.

A la mañana siguiente, en un recodo, el río devolvió los cuerpos de los dos jóvenes, abrazados. Un gran gato negro con un ancho collar los miraba, en actitud vigilante.





## V - El último amor

Cuando mi mujer cayó enferma, yo tenía setenta y seis años. Ella, unos pocos menos; no sabía yo exactamente cuántos porque, desde que nos conocimos, Elisa siguió la costumbre, propia de aquella época, de quitarse algunos y su edad siempre tuvo un halo de misterio para mí. Poco después de iniciarse su enfermedad, casualmente supe, por unos documentos que tuve que recoger en el hospital, que tiene dos años más que yo. A mí eso siempre me ha traído sin cuidado, pero admitir que era mayor que su esposo habría resultado humillante para ella, de modo que no comenté nada.

Digo que cayó enferma porque fue exactamente así. Íbamos paseando una tarde, camino de un cine, cuando ella se desplomó. Quise levantarla, pensando que habría tropezado, pero estaba inconsciente, babeando y su respiración era un estertor que nunca podré olvidar. Por fortuna, eso sucedió en una zona céntrica;

inmediatamente se produjo un alboroto en torno a nosotros, alguien llamó a una ambulancia y en pocos minutos entrábamos en urgencias.

Seis semanas después Elisa volvió a casa. Con medio cuerpo paralizado, sin control de esfínteres, perdida parte de la visión y dependiendo de los demás hasta para lo más simple, pero conservando intactas sus facultades mentales.

Lo pasamos mal los dos. Ella sufría por verse inútil; yo, por verla así. Y ambos, por tener que adaptarnos a un nuevo tipo de vida que nos costó asumir. Las primeras semanas fueron las peores; después pasaron los meses, los años, y la silla de ruedas, los pañales, la cuña, el elevador y otros veinte artefactos más se hicieron habituales. Nos acostumbramos a las nuevas rutinas hasta considerarlas parte de la vida normal.

Parecía que habíamos conseguido estabilizar la situación pero los dos sabíamos que no era así.

El tiempo jugaba en contra. Elisa se fue consumiendo lentamente, cada vez podía hacer menos cosas por sí misma y dependía más de mí. Yo también acusaba el paso de los años y, aunque siempre he sido fuerte y he tenido buena salud, llegó un momento en que no podía moverla ni ayudarla como ella necesitaba. La situación se fue deteriorando hasta que ambos comprendimos que habíamos llegado al límite.

La solución fue buscar una residencia para ancianos. Nos la encontró la asistente social del barrio, después de venir a casa y ver nuestro estado. El precio, subvencionado, era asequible y además contábamos con el valor de nuestra vivienda. La asistente dijo que era mejor conservarla, pues yo podría seguir ocupándola y había que pensar también en mis propias necesidades para más adelante. No tener hijos facilitó los trámites. Todo quedó arreglado para que al lunes siguiente, a las diez de la mañana, una ambulancia llevase a Elisa al que sería su nuevo hogar. Faltaban tres días; los tres días más tristes

de mi vida.

La noche del domingo no pude dormir. Sentía una tristeza tan honda que se me entrecortaba la respiración. Sin darme cuenta me encontré llorando sobre la almohada, en silencio, cuidando de que Elisa no me oyera desde su cama. De pronto oí su voz ronca:

—Juan, ¿duermes?

—No, ¿quieres algo, nena? —Así solía yo llamarla desde que éramos novios.

—Vendrás a verme, ¿verdad?

—Todos los días. No tendré otra cosa que hacer... —Intenté mostrarme jovial para darle ánimo.

—¡Cómo hemos acabado, Juan! —lamentó, dando un suspiro.

—Allí estarás muy bien, mujer, ya lo verás.

—Esta es nuestra última noche aquí juntos, después de tantos años...

Se hizo un largo silencio, roto por las cuatro campanadas que llegaron desde el viejo reloj de

pared del comedor. Cuando acallaron, ella siguió hablando.

—Ya faltan solo seis horas... Juan, dime una cosa. Pero júrame que me dirás la verdad, ya poco importa y quiero saberlo. ¿Lo prometes?

—Vale. ¿Qué quieres saber? —dije en tono condescendiente.

—Aquella compañera tuya, cuando estabas en la fábrica de motores... Manuela creo que se llamaba. ¿Tú y ella...? Siempre sospeché que tuvisteis un lío. ¿Tú te acostaste con ella? No me vayas a engañar, que lo has jurado.

—¡Pero bueno! ¡Por dónde me sales ahora...! —exclamé. No me esperaba esa pregunta—. Ni con ella ni con ninguna, puedes estar segura. No te engañó, a estas alturas no iría a mentirte.

—Bien —contestó escuetamente, y ya no dijo más.

Quedé pensativo. Mi memoria retrocedió en el tiempo. A nuestra boda, a los primeros años de casados, al hijo que no llegó a nacer, a la fábrica de motores... y a Manuela. Ya apenas me acordaba

de ella. ¿Cuánto haría?, ¿treinta y cinco, cuarenta años? Una mujer de temperamento, muy echada para delante. Tiempo después se casó con uno de los mecánicos. Menos mal que las puertas del taller eran altas, si no el pobre muchacho no habría podido pasar. Eso sí, ¡menuda hembra! ¡Qué pechos, qué piernas! Y en la cama era única. Mucha mujer para solo un hombre. Me alejé de ella en cuanto vi que iba a por todas. Después, lo de Milagros fue distinto; había menos fuegos artificiales pero ella respetaba los límites.

Otra campanada volvió a romper el silencio y me sacó de mis pensamientos. Elisa se agitó en su cama, debía de estar tan despierta como yo. Me levanté y me acerqué sin hacer ruido a su costado izquierdo, el que no estaba paralizado. Al verme, me tendió su mano y yo la estreché entre las mías. Bajo la escasa luz que se filtraba por los visillos desde las farolas de la calle, sus ojos brillaron, llenos de emociones.

—¿De verdad te importa tanto? —pregunté en un susurro.

—Me importas tú, Juan, me importas tú. Ahora te vas a quedar solo... —Su voz reflejaba una profunda tristeza.

—No creerás que hay muchas «manuelas» esperando a que te vayas... —bromeé.

—No seas bobo. Me preocupa que estés solo —insistió, con un mohín.

—Yo también quiero saber una cosa, Elisa. Y has de decirme la verdad, no te haré jurar pero no quiero que me engañes. —Noté tensión en sus facciones—. Dime de una vez los años que tienes.

Por unos momentos volvió a ser la Elisa de antes:

—¡Anda, la tontería con que vienes ahora! ¿Pues no lo sabes? A ver... Tú naciste en el veintisiete, o sea que tienes ochenta y... tres, y yo en el treinta, así que... ochenta he cumplido en marzo. ¿Es que no te acuerdas?

—No estaba seguro, lo había olvidado. Vamos a intentar dormir un poco, que mañana será un día de mucho ajetreo.

—Tráeme antes la cuña, anda, que no quiero

que se moje el pañal.

La besé en la frente, la miré a los ojos, intenté reconfortarla con lo que trataba de ser una sonrisa y me dirigí al cuarto de baño en busca de la cuña.





## VI - Zasir

Thork rugió como un león al levantar con orgullo la imponente cabeza del oso muerto. Los demás guerreros lanzaron gritos de júbilo, celebrando la hazaña de su jefe. Todos se apresuraron a descuartizar al animal para transportarlo a la guarida de la tribu. Debían salir cuanto antes de la zona rocosa en la que se encontraban; sólo el hambre los movía a entrar en aquel peligroso territorio cuando en los bosques, más abajo, las presas escaseaban. En poco rato el cuerpo del oso estuvo dividido en varios trozos y los cazadores descendieron rápidamente hacia la gran caverna donde aguardaba el resto de la tribu. Caminaban alegres, gritando su victoria a los cuatro vientos detrás de Thork, que abría la comitiva con la cabeza del animal sobre la suya y los cabellos empapados con la sangre que se derramaba del preciado trofeo.

Pero no toda la sangre que cubría a Thork provenía del oso. El caudillo había luchado duramente y había recibido una buena cantidad de heridas y magulladuras por todo el cuerpo; su propia sangre se mezclaba con la del animal, sin que fuese posible distinguir una de otra. A pesar de ello, Thork avanzaba feliz, el espíritu del enorme oso le pertenecía y la fuerza de su presa pasaría a formar parte de su propio poder. Un nuevo colmillo que añadir a su collar, el signo visible que lo distinguía como jefe del grupo, ¿qué otra cosa podría importar?

Las mujeres vieron de lejos a los guerreros y salieron a su encuentro, celebrando el regreso con unos alaridos característicos que extendieron la noticia. No existían vínculos sólidos que uniesen parejas, sólo Thork tenía derechos sobre todas las hembras. Cuando ya no eran jóvenes, Thork dejaba de visitarlas; entonces las mujeres elegían a dos o tres compañeros entre los que repartían su favor y

el resto de su fertilidad. Era raro que alguna de las favoritas se atreviese a desafiar a su dueño y más raro aún que encontrara al hombre que accediese a colaborar. El castigo era terrible: la mujer era abandonada sobre una roca después de quebrar sus piernas y el hombre era ensartado en vida en una de aquellas largas lanzas de madera que utilizaban para la caza. No era pues de extrañar que la mayoría de los niños fuesen hijos de Thork.

Zasir era un personaje peculiar. Más viejo, más flaco, más débil en suma que los demás hombres, su función en la tribu no era la caza. Él hablaba con el Sol, con el río, con las nubes y, en ocasiones, veía en sueños lo acontecido y lo que iba a acontecer. Y lo más importante, sólo él sabía cómo aplacar a los espíritus —los *numas*— cuando estos se enfurecían. Vivía como una mujer, pero apartado de ellas. En su rincón oscuro, al fondo de la caverna, nadie osaba aventurarse. La silueta de sus manos pintada innumerables veces sobre la pared rocosa parecía dar el alto a

cualquier intruso.

Cuando la hoguera se encendió al anochecer en la entrada de la caverna, el olor dulzón de la carne asada se extendió por todo el recinto. Las mujeres volteaban los grandes pedazos sobre el fuego, impidiendo que se quemasen, mientras los hombres danzaban alrededor de Thork. Pasada la excitación que produce la lucha, el jefe empezaba a sentirse de un modo extraño. No le dolían las profundas heridas, acostumbrado como estaba a recibirlas, pero todo su cuerpo le pesaba como una losa, le faltaba el aire y, lo peor, dentro de su cabeza sentía un dolor intenso, como si el espíritu del oso hubiese entrado en ella y la desgarrara con sus zarpas. Se llevó la mano a la nuca y notó un dolor punzante al presionarla. Cubierta de abundante sangre ya reseca, una buena brecha le hizo recordar el golpe recibido contra una roca cuando su adversario lo lanzó al suelo. Había sido una lucha terrible. Pero Thork sabía que no debía mostrar debilidad, él era el jefe y nadie se

atrevería a dudarle... mientras fuese el más fuerte. Así que bailó y gritó entre los guerreros agitando su collar de colmillos como siempre había hecho.

Aquella noche todos los hombres quedaron hartos y aún dejaron suficientes sobras para que las mujeres y los niños se diesen un festín como pocas veces habían podido darse. Zasir recibió su tributo: el corazón del animal. Cuando el hechicero se aproximó a la hoguera para recogerlo, por un instante su mirada se cruzó con la de Thork. Esa visión fugaz bastó para que Zasir comprendiera lo que estaba sucediendo. Llevando el corazón del oso ensartado en la punta de una afilada astilla, el brujo se aproximó al jefe y con un gesto le pidió permiso para sentarse a su lado. Thork asintió callando. Por un lado temía los poderes de Zasir, no quería compartir su secreto con nadie. Por otro, tal vez el hechicero podría ayudarlo, apaciguando al espíritu que lo estaba desgarrando por dentro. El brujo se sentó y comenzó a dar cuenta del trozo de carne que le correspondía.

Al contrario que los demás, Zasir comía despacio, masticando largamente cada bocado y en absoluto silencio. De pronto estiró el brazo, asió una pequeña rama casi consumida por el fuego y con ella tizó dos rayas negras sobre su frente y dos más, una bajo cada uno de los ojos. A la luz ya tenue de la hoguera, su delgado rostro se volvió fantasmal. Hecho esto, miró abiertamente a Thork, quien le devolvió la mirada con una mezcla de temor e interés. Zasir escrutó los ojos del jefe atentamente y comprobó lo que había intuido momentos antes: los dos puntos negros que ocupaban el centro de la zona oscura no eran de igual tamaño. El hechicero se puso en pie y con la mano invitó a Thork a seguirlo al interior de la cueva. El jefe fue tras él sin mediar palabra.

Los dos hombres se dirigieron al refugio de Zasir, que se encontraba casi a oscuras.

—¿Sabes por qué elegí este lugar y no otro? —preguntó el chamán. Sin esperar respuesta, prosiguió—: Porque lo que se habla aquí no se oye desde ningún otro sitio de la caverna. Lo he

comprobado bien. Puedes hablar, nadie nos escucha.

—Lo has visto, ¿verdad? Aquí tengo el mal, ¡el espíritu del oso me está matando...! —exclamó Thork como una súplica, llevándose una mano a la cabeza.

El hechicero la examinó, con gesto contrariado. Después preguntó:

—¿Puedes ver?

—Manchas borrosas, a un lado. Al otro lado todo está negro —explicó Thork.

Zasir permaneció en silencio unos instantes, con semblante preocupado.

—Una herida en la cabeza, se pierde la vista y esas manchas negras de diferente tamaño dentro de los ojos... No hay duda, ha llegado tu hora, Thork. Vas a morir.

—¿Cuándo? —preguntó el jefe, palideciendo.

—Pronto; esta noche, quizá mañana. Cuando te duermas ya no despertarás. Así suele ser...

—Estoy preparado para ese viaje. —Thork respiró profundamente.

—Lo sé —asintió Zasir— eres valiente. Pero la tribu no está preparada; mañana habrá diez hombres disputándose el collar de colmillos y eso será terrible para todos.

—¿Qué podría yo hacer? Las órdenes de un muerto no van a frenar la ambición de ninguno de ellos...

—Elige un sucesor y déjame hacer a mí —pidió el chamán.

Cuando los dos hombres regresaron, en torno a la hoguera se hizo un profundo silencio. Zasir se había ataviado con todos sus abalorios. Con la cabeza cubierta por una testuz de ciervo, ofrecía un aspecto sobrecogedor. Lanzó sobre las brasas algo que llevaba en su mano izquierda, lo que produjo un largo chisporroteo. Después alzó ambas manos y clamó:

—¡Oídmе! Un nuevo poder ha entrado en Thork y ha producido una transformación. Él ya no es un hombre. Se ha convertido en un *numa* y los otros *numas* lo reclaman a su lado. Ellos lo han

ordenado y nadie puede negarse. Esta noche partirá y ya no lo veréis más entre nosotros aunque él seguirá aquí, como los demás espíritus de los antepasados. Durante tres días nos observará. En la mañana del cuarto día, aquél que al despertar encuentre el collar de colmillos sobre su pecho será el nuevo jefe. Y ¡ay de quien ose desafiar la voluntad de los espíritus!

Dicho esto, los dos hombres volvieron a entrar en la caverna. Zasir acompañó a Thork a su lecho de pieles de oso y lo ayudó a recostarse en él. Una de las jóvenes se acercó a ellos, sonriendo.

—Hoy no. Vete —. El chamán la despidió bruscamente y la muchacha se apresuró a alejarse.

Thork respiraba con dificultad, su cara enrojecida había empezado a hincharse.

—¿Tienes dolor? —preguntó Zasir. El jefe asintió con una mueca de sufrimiento—. Te ayudaré —ofreció el chamán— pero antes debes decidir quién ha de ocupar tu puesto cuando mueras.

—Moor... El jefe será Moor —contestó con voz apagada.

—¿Moor? —El brujo dio un respingo, como si la idea lo sorprendiese—. Moor es cruel y vengativo, osado pero peligroso...

—¡Moor! —repitió Thork enérgicamente, mientras apretaba con fuerza el brazo de Zasir.

—Está bien, como órdenes —asintió el hechicero—. Traeré unas hierbas que te aliviarán. Ahora descansa.

Zasir permaneció cerca del lecho de Thork durante toda la noche, velando su agitado sueño. Los demás se mantuvieron respetuosamente apartados de ellos. La hoguera arrojaba sus últimas llamas, ya próximo el amanecer, cuando el jefe exhaló su último aliento.

La costumbre era colocar el cadáver dentro de un saco hecho con pieles, en el que se introducían también las armas del difunto y algunos amuletos para confortar su espíritu y asegurarse su favor, pero el chamán tenía planeado algo diferente. Si

Thork era ahora un *numa*, sus restos no debían ser tratados como un cadáver más. No sería enterrado bajo grandes rocas, sino purificado por el fuego, algo que nunca antes se había hecho. Durante todo el día los hombres prepararon con gruesos troncos una pira, a un lado del llano frente a la caverna, y al caer la tarde el cuerpo del jefe, lavado y ungido con abundante grasa, fue colocado sobre ella. Su escudo de piel bien curtida y su mejor lanza fueron puestos a los lados del cuerpo; y a sus pies, la cabeza y las garras del oso que había cazado el día anterior.

Caían los últimos rayos del sol cuando Zasir prendió la hoguera. El hechicero danzó largo rato alrededor, recitando palabras mágicas que nadie más que él comprendía, mientras agitaba sus abalorios y el collar de colmillos que Thork le había confiado antes de morir.

La pira ardió durante muchas horas, hasta que todo quedó reducido a cenizas. Zasir prohibió que nadie se acercara; el viento y la lluvia se

encargarían de dispersar todo.

Durante los dos días siguientes llovió con fuerza, cosa conveniente en esa época y que fue interpretada como un favor del jefe desaparecido. La tribu no se alejó de su refugio, tanto por la lluvia como por la ausencia de un líder que pudiese dirigirlos. Bajo la aparente normalidad se podía notar una inquietud creciente entre los guerreros, que especulaban sobre quién sería el nuevo caudillo, separados de las mujeres por decisión del chamán. En cierto modo Zasir se había erigido en jefe del grupo desde la muerte de Thork, parecía ser el único que sabía qué hacer, capaz de controlar la situación. Todos le obedecían sin saber bien por qué, presintiendo que no hacerlo sólo podría traer problemas.

Por fin llegó el alba del cuarto día, el día esperado. Un alboroto repentino despertó a todos antes del amanecer. En el centro de la gran caverna, lanzando gritos de júbilo, el joven Ollur

agitaba en su mano el collar de colmillos que había encontrado sobre su pecho momentos antes. ¡Los *numas* habían hablado y él era el elegido!

Zasir, aparentemente ajeno al revuelo, permanecía en la penumbra, en su morada. Se acarició la barbilla mientras la ambición brillaba en sus ojos. Ollur no sería lo bastante fuerte para mantenerse como líder sin su ayuda pero él conseguiría con su magia atemorizar a todo el que se le enfrentara. Y el joven Ollur era tan influenciable...



## VII - El muñeco

Cristina tenía un muñeco parecido en todo a un bebé. Lloraba, tomaba biberones, movía los ojos, hasta hacía pipí y moqueaba. A ratos dormía y, al despertar, agitaba brazos y piernas balbuceando «upa». Si lo cogía en brazos sonaba una risita y, si no, un berrinche. Todo el mundo estaba encantado con el muñeco cuyo tacto y aspecto tanto semejaba al de una criatura, hasta el punto de que quienes lo veían por primera vez lo confundían con un auténtico bebé. Se lo regalaron en su sexto cumpleaños, poco después de la pasada Navidad. La pequeña estaba fascinada con Tino, que así lo había bautizado, y le dedicaba toda su atención. En su mundo infantil era un miembro más de la familia, como mamá, papá y su hermano.

Andrés, cinco años mayor que Cristina, era buen estudiante y un muchacho inteligente, según

sus profesores. Las habilidades del muñeco despertaron en él una enorme curiosidad. No podía imaginar cómo era posible que un trozo de goma hiciera tantas cosas y tan oportunamente. Un día, aprovechando la ausencia de todos, quiso saber por qué el muñeco parecía vivo, qué extraña cosa hacía posible que comiese, llorase y se callara cuando lo mecían. Lo llevó a su habitación y con ayuda de una cuchilla y un pequeño destornillador fue abriendo y desmontando sus piezas. Al cabo de un rato el muñeco se había convertido en un montón de trozos de goma, de cable, de finos tubos de plástico, una caja de pilas, un pequeño altavoz, una especie de canicas que formaban los ojos... y, por supuesto, ya no hacía nada.

Es fácil imaginar el disgusto que tuvo la pequeña al volver a casa. Lloró sin consuelo durante mucho rato. Después se acercó a los restos del muñeco y los miró con frialdad. Cogió todo y lo lanzó a la basura. No volvió a llorar pero, triste y ensimismada, no era la misma de siempre.

Los padres, después de reñir y castigar al hijo mayor, creyeron que debían sustituir el muñeco estropeado por otro igual; o mejor, si era posible. Al día siguiente fueron a la tienda de juguetes y compraron un muñeco muy similar pero aún más sofisticado. Este era capaz de aprender a decir algunas palabras, de sonreír y de algunas otras monerías añadidas. A pesar de ello, cuando Cristina lo recibió no mostró apenas interés por su nuevo bebito, ni siquiera le puso nombre. Andrés fue advertido del grave problema que tendría si se acercara a menos de un metro del muñeco.

A los pocos días la madre sonrió satisfecha, al ver que Cristina parecía recuperada. Había cogido el muñeco y llevaba un buen rato jugando con él, a solas en su habitación. Cuando se acercó con sigilo para disfrutar de la escena, vio algo que la sobrecogió. La niña, con las toscas tijeras de uso escolar, estaba despanzurrando el muñeco nuevo. Los padres no se hubieran alterado más si

hubiese sido un bebé de carne y hueso. Inmediatamente concertaron una entrevista con el psicólogo infantil y al día siguiente llevaron a Cristina a la consulta. Hubo preguntas y entrevistas para todos, incluido Andrés.

Pasados unos días, volvieron para recoger los resultados y recibir el dictamen del especialista. El psicólogo, sentado en su escritorio frente a los padres, hojeó los informes antes de empezar a hablar.

—Cristina es una niña normal y todo lo que ha sucedido es normal. No tienen por qué preocuparse.

Percibió desconfianza en la mirada de ambos padres, y se apresuró a seguir.

—Cristina tomó al primer muñeco como a un hermanito. Los niños tienen gran imaginación y la viven con intensidad, pero el muñeco tenía una apariencia tan real que apenas tuvo que usarla. Para Andrés, sin embargo, Tino era sólo un muñeco con unas extraordinarias cualidades cuyo

funcionamiento lo asombraba y no comprendía. Andrés no tenía intención de hacer daño cuando destrozó el muñeco, sólo lo abrió para ver de qué modo funcionaba, como hubiese abierto cualquier otra cosa que despertase su curiosidad. ¿No había hecho antes alguna travesura de este tipo?

—Sí —respondió el padre—, varias veces. Siempre está desmontando aparatos que después ya no sirven.

—Lo ve... En realidad Andrés jugó también con el muñeco, pero a un juego distinto. Tino era un juguete y ambos hermanos jugaron con él, cada uno a su manera.

—Pero Cristina destrozó el segundo muñeco que compramos... —señaló la madre, poco convencida.

—Porque ahora Cristina ha visto lo que realmente son esos muñecos y ya no puede revivir la misma fantasía con la que envolvió al primero. No podía jugar con el muñeco nuevo como jugó con el otro, ya no podía imaginarlo como a un bebé real. Igual que antes su hermano, ella sintió

curiosidad y jugó a verle las tripas. Eso fue todo.

—¿Y no le ocasionará algún problema? ¿Nunca más querrá jugar como antes? —indagó el padre, alarmado.

—Cuando un muñeco es un trozo de trapo o de cartón, los niños de cualquier edad comprenden el juego y usan la imaginación sin problemas. Puedes arrancarle la cabeza, coserla al revés y seguirá siendo su querido muñeco. Pero cuando es tan perfecto como era Tino, los niños pequeños se desorientan. Déjenla usar la imaginación. Compren a Cristina un muñeco de trapo y verán como todo vuelve a la normalidad.

Satisfechos por la amplia explicación del psicólogo, los padres se despidieron de él y regresaron a casa con los niños. Era un corto paseo.

—¿Lo ves, mujer? Es normal, no pasa nada... —insistía el esposo, quitando importancia.

Ella asentía en silencio, aunque no podía librarse de la imagen de Cristina destripando al muñeco, con aquella extraña expresión en la cara...

Cenaron y acostaron a los pequeños antes de disfrutar de un ratito de televisión. Con el ruido de la película, ninguno de los dos oyó a la niña salir de su cuarto, dirigirse a la cocina y entrar después sigilosamente en el dormitorio de su hermano.

## VIII - El diablillo

La escuela a la que fui cuando era niño había sido mucho antes una casa de campo rodeada por huertos, cuadras y cobertizos. Cuando la ciudad se extendió hacia ese sector, solo quedó la vieja casona, tan perfectamente alineada con las calles y los otros edificios que cualquiera hubiese creído que formaba parte del mismo proyecto, si su vetusta apariencia no la delatase. El centro era un colegio privado que, bajo el pomposo nombre de Academia Soterías de Estudios Mercantiles, Idiomas y Bachillerato, acogía a los hijos de lo más selecto de la clase media del barrio.

Mi casa quedaba a unas diez manzanas de distancia y yo hacía a pie los cuatro trayectos diarios. Media hora era el tiempo estipulado para cada uno de ellos, aunque casi siempre al volver me entretenía jugando en la calle o en los

futbolines y después debía apresurarme para recorrerlo en apenas diez minutos. Con el tiempo, los entretenimientos se fueron alargando y, a pesar de que mis pasos se hicieron más veloces, yo regresaba cada día más tarde y mi madre me recibía con creciente disgusto.

Para esquivar regañinas y castigos empecé a inventar excusas: que había encontrado en el camino a una amiga de la familia con la que estuve hablando un rato, que habíamos tenido una clase especial de gimnasia, que nos habían llevado a la parroquia para la catequesis... Las mentiras eran cada vez más osadas, hasta que un día en el que el retraso fue más que notable no se me ocurrió otra cosa que decir que se había producido un incendio en el colegio. No calculé bien las consecuencias y cuando lo pensé, ya estaba dicho. Mi madre me cosió a preguntas que yo no sabía responder y se quedó muy alarmada. Tanto, que decidió ir al día siguiente conmigo a la academia para hablar con el director y enterarse de lo sucedido.

Cuando por la mañana me tomó de la mano

para llevarme al colegio, yo estaba aterrado. Callado como un muerto, caminé al lado de ella a lo largo de las diez manzanas, pensando en lo que sucedería cuando se descubriesen mis mentiras. Por fin giramos, enfilando el último tramo y, cuando estaba convencido de que solo unos pasos me separaban del más negro de los castigos, quedé tan sorprendido que mis piernas apenas pudieron sostenerme: frente a nosotros, la Academia Soteras, con las ventanas de la parte superior ennegrecidas por el humo, ofrecía el triste aspecto de un edificio que acabara de sufrir un incendio. Allí no había nadie más que unos pocos bomberos que habían quedado de retén y un policía municipal, así que volvimos por donde habíamos ido. Yo estaba eufórico por el increíble golpe de suerte. Pero los daños no fueron importantes, las reparaciones se realizaron con urgencia y las inesperadas vacaciones fueron cortas. Para mi decepción, el colegio volvió a abrir tras unos pocos días.

Semanas después, durante las fiestas del barrio vecino, una tarde falté a las clases para curiosear por las atracciones de la feria. Al día siguiente falsificaría la firma de mi madre en una de sus tarjetas para justificar la ausencia; no sería la primera vez. Estaba a punto de acercarme a la mayor de las tómbolas cuando, entre el gentío, apareció frente a mí la secretaria del director del colegio. Cruzamos una mirada fugaz antes de que yo me escabullera, y en la dureza de sus ojos vi el abismo que se estaba abriendo bajo mis pies. Pasé el resto de la tarde deambulando, solitario, pensando en el modo de salir del nuevo problema en el que estaba metido, hasta que llegó la hora de regresar a casa. Volví con el temor de que aquella aborrecible mujer ya me hubiese delatado, pero todo discurrió con normalidad y disimulé lo mejor que pude, comportándome como cualquier otro día.

Cuando, lleno de preocupación, a la mañana siguiente fui al colegio, recibí la más sorprendente de las noticias: la secretaria del director, a la que

todos llamábamos «señorita María», había muerto la tarde anterior, atropellada por un automóvil. Todo el mundo estaba consternado y nadie prestó atención a mi ausencia pendiente de justificar. Ese día no hubo clases, por el luto, así que regresé a casa, entre aliviado y aturdido.

Aquella noche no me fue fácil conciliar el sueño. Reconocía que la muerte de la mujer me había alegrado, por librarme del castigo, y eso me producía algo de remordimiento. Ya todos se habían acostado y yo aún seguía sin poder dormir. Entonces oí un ruido a los pies de la cama, creí sentir algo extraño y encendí la luz para ver de qué se trataba. Sentado en la orilla del colchón se encontraba un hombrecillo escuálido y peludo, de unos tres palmos de estatura, vestido con una túnica negra como una sotana. Cerré los ojos por un momento, pensando que la visión desaparecería, pero cuando volví a abrirlos el hombrecillo seguía allí.

—Hola, Ricardito —saludó con voz

aflautada.

—¿Quién eres?, ¿qué haces aquí? —  
Inexplicablemente, no sentí miedo.

—¡Ah!, hace mucho tiempo que estoy contigo,  
aunque no me hayas visto hasta ahora.

—No te creo. Con lo pequeño y feo que eres  
te recordaría —repliqué, burlón. El hombrecito rió  
la gracia.

—Sólo puedes verme si yo quiero que me  
veas —explicó, poniéndose serio.

—¿Qué eres, un mago?

—No, no. Yo soy... tu diablo de la guarda.  
¿No has oído hablar de mí?

—¿Diablo de la guarda? ¿No es un ángel  
quien se encarga de eso? —pregunté, extrañado.

—Depende —respondió con aire misterioso  
—. Hay quien tiene diablo y hay quien tiene  
ángel... Tú tienes diablo. Me tienes a mí.

—Y eso ¿por qué?

—No lo entenderías. Lo comprenderás cuando  
seas mayor. Me dedico a cuidar de ti. Soy bueno  
en mi trabajo, ya lo habrás notado.

—Yo no he notado nada. Es mi madre quien cuida de mí —puntualicé.

—¿Acaso crees que la escuela ardió sola, o que esa mujer que te vio en la feria desapareció por casualidad? —preguntó el diablillo con malicia.

Quedé boquiabierto de asombro ante lo que él estaba sugiriendo.

—Por hoy ya está bien. Ahora ¡a dormir! —ordenó.

Debí de quedarme dormido, porque no recuerdo más. Cuando desperté, pensé que todo había sido un sueño. Jamás he vuelto a ver al hombrecillo ni a soñar con él. Pero a veces, cuando estoy acostado, noto extraños ruidos al pie de mi cama y, desde aquella noche, siempre que estoy en algún apuro, algo extraordinario sucede y me libra del problema. Esta semana, sin ir más lejos, ha sufrido una embolia el auditor contratado por la empresa donde trabajo como contable.

## IX - El nudo de Nirkos

Acreonte bajó del trirreme blandiendo su espada y miró, sorprendido, la solitaria playa. ¿No habría lucha? Sus soldados desembarcaron tras él. Entonces distinguió a lo lejos la enjuta figura de un anciano. El caudillo envainó el bronce y aguardó, desafiante. El viejo se acercó hasta detenerse a pocos pasos de él.

—¿Qué buscas aquí, guerrero?

—Traigo a mi gente y, con ella, mi mundo. El vuestro terminó.

—Nuestro mundo sigue aquí, ¿no lo ves? — dijo el anciano, señalando alrededor.

—Y tú ¿no ves mi espada? ¿Acaso tus palabras cortan más que su filo?

—Ésta es la tierra más antigua de todas las que emergen de las aguas. Sus dioses, los más crueles. No te enfrentes a ellos, vuelve al mar y busca otro rumbo. Eres demasiado joven para

morir.

—Por el contrario, tú me pareces demasiado viejo y deslenguado para vivir. Si aprecias tu vida, aparta de mi camino —amenazó Acreonte.

—No es a mí a quien has de vencer, sino al nudo.

—¿Al nudo? ¿De qué nudo hablas?

—Sígueme y te lo mostraré.

El anciano anduvo largo rato, alejándose de la costa. Acreonte y los suyos caminaban tras él, conteniendo el deseo de poner fin a aquella farsa con la curiosidad que el nudo les había despertado. El sol estaba ya muy bajo cuando el viejo se detuvo.

—Aquí está —dijo, señalando al suelo.

Acreonte se acercó y pudo ver una gruesa sogas de esparto que, saliendo de la tierra, rodeaba una gran roca a la que estaba anudada.

—Es el nudo de Nirkos, el dios. Sujeta la isla al horizonte. Si se suelta, la isla se hundirá. Yo soy su guardián —explicó el anciano.

—¡Fantasías, supersticiones! —gritó

Acreonte, y soltó una carcajada. Los soldados que lo habían seguido rieron también—. Si el nudo es el problema, acabemos con él.

El guerrero desenvainó su espada y con ella cortó la soga de un solo tajo, por el centro del nudo. En ese momento tembló la tierra con ruido infernal y la isla se hundió, arrastrando en un instante al fondo del mar todo lo que en ella había.

Al día siguiente la isla volvió a emerger y Nirkos rehízo el nudo.

## X - El epitafio

Un relato de ficción

El pasado verano estuve unos días en Ribadeira, un pueblo del interior de Galicia donde se detuvo el tiempo mucho antes de que se inventase el reloj. En realidad es sólo un conjunto de siete casas. Que no son casas, son pallozas, unas construcciones circulares de piedra con tejado de escoba que ya estaban en pie cuando los romanos se asomaron a aquellas tierras por primera vez. Son bastante grandes, de unos diez metros de diámetro, y tienen dos plantas: abajo, el ganado; y encima, la vivienda. Así, en el largo y frío invierno, el calor, envuelto en toda clase de efluvios, sube desde el establo.

En aquellos días vivían allí exactamente trece personas; el benjamín rozaba los sesenta. Los

jóvenes se fueron hacía mucho tiempo, y no sólo ellos, también todo el que pudo y tenía adonde ir. Únicamente quedaron los que, en lugar de pies, tienen raíces; aquellos cuyo mundo empieza y termina allí, sin remisión posible. Y termina, ¡ya lo creo que termina! En Ribadeira no hay escuela, ni hace falta, pero es inexcusable el cementerio.

Dicen que hubo en tiempos una iglesia, a la que el camposanto estaba adosado. Pero de ella sólo queda algún muro ruinoso. Más nueva es la pequeña ermita que, a juzgar por las telarañas de los goznes, tiene poco tránsito. El cementerio, apenas retirado del centro del pueblo, es desproporcionado y realmente pintoresco, con aire de ruina romántica. Las tumbas más antiguas son del siglo XVI, algunas bastante señoriales. Hoy ya sólo se usan los nichos construidos en la parte más cercana a la puerta.

Este curioso lugar tiene el récord de exhibir el epitafio más largo que se ha documentado en España. Se encuentra en una tumba de 1936, poco

antes del inicio de la Guerra Civil, una de las últimas que se abrieron en el suelo. La lápida, enorme y de piedra, luce el nombre del finado, que aunque es público callaré por discreción, y sigue el texto que traduzco y copio, pues el original está en gallego:

*Nací con Isabel, crecí con Alfonso y con otro Alfonso me hice viejo. Me engañaron varias veces, yo mismo me engañé algunas más, pero mal que bien salí adelante. No me lo pusieron fácil mas con tesón superé los obstáculos y encontré el modo de sacar provecho hasta de los malos momentos. La vida me ha enseñado: los hombres, a trabajar; las bestias, a mandar; las mujeres, a obedecer; y los hijos, lo último que me enseñaron fue la espalda, cuando se fueron para no volver más. Yo he aprendido cada una de las lecciones; y ahora, justo ahora, es cuando estoy preparado para empezar a vivir. Viajero, a ver si aprendes tú un poco antes.*

## XI - Raluca lo sabe

Nunca me han gustado las ferias, especialmente las pequeñas ferias de barrio. Me parecen deprimentes, sin gracia y hasta peligrosas, de un falso esplendor trasnochado, como falsa es la alegría que pretenden contagiar. Las casetas de tiro, la noria, la montaña rusa, los caballitos... No sé si a los niños les hará ilusión ese espectáculo, ni comprendo cómo los padres montan a sus hijos en esas máquinas, armadas de la noche a la mañana sobre simples tacos de madera y que chirrían alarmantemente en cada giro. En las tómbolas, el valor del mejor premio no es mucho mayor que el precio de cada uno de los boletos y las voces de los charlatanes, amplificadas sin piedad por lo único que funciona bien —los altavoces—, se mezclan en un batiburrillo ininteligible que aturde al incauto que cede a la mala idea de acercarse por allí.

Jamás yo hubiese ido a uno de esos insufribles lugares, pero Elisa, la mujer por la que suspiraba y con la que soñaba desde hacía unos meses, se empeñó en llevarme. No la veía muy convencida de nuestra relación. Con frecuencia notaba su aburrimiento al estar conmigo y decía que me encontraba pesimista, celoso y posesivo. Había querido cortar en varias ocasiones, en las que yo logré disuadirla convenciéndola para que me diera algo más de tiempo y nos conociésemos mejor. Temía acabar perdiéndola. Sólo pensarlo me partía el corazón. Yo trataba de ser sumamente amable con ella, así que al siguiente viernes, al caer la tarde, caminábamos cogidos de la mano hacia la feria del barrio de Gracia.

Nada más llegar comprobé que me había equivocado de plano. Los olores a refrito, los gritos de los embaucadores, las sirenas de las atracciones y la algarabía de los que abarrotaban el recinto me provocaron náuseas. Elisa, sin embargo, parecía disfrutar el ambiente. Le apeteció una tirada en una de esas pequeñas

ruletas con premio directo, donde a cambio de cinco euros consiguió un llavero de plástico que en cualquier tienda hubiera costado menos de la mitad. Pero era un premio, ¿quién podría resistirse a conseguir nada menos que un premio? Guardó el llavero en su bolso y seguimos caminando en dirección al núcleo más denso del desbarajuste. Ví a Elisa ilusionada como una niña y yo procuré concentrarme en una idea: ella lo pasa bien, yo puedo resistirlo. Colgué ese pensamiento escrito con letras de neón en el centro de mi mente y seguimos avanzando.

Aún faltaba un trecho para fundirnos con aquella ruidosa marea humana cuando, en un corto pasillo a la izquierda, un viejo carromato llamó nuestra atención. En contraste con el derroche de luz del resto de las atracciones, sólo un par de bombillas de tinte amarillento iluminaban un discreto rótulo: «Raluca lo sabe». La sencillez y el anacronismo de esa solitaria atracción despertaron nuestra curiosidad. Nos miramos en un acuerdo silencioso y desviamos el rumbo de nuestros

pasos. ¡Una adivina que nos predijera el futuro a cambio de unas pocas monedas!, eso podría resultar interesante para mis planes.

Al acercarnos, un hombre ya mayor de aspecto romaní ocupó su lugar en la taquilla, al pie del carromato. Con barba encanecida, de varios días y un mondadientes entre los labios, antes de que dijésemos nada soltó de modo desabrido:

—Diez euros cada uno.

Saqué un billete de veinte, que el hombre agarró al vuelo.

—Suban —indicó, a la vez que con un leve movimiento de cabeza señalaba hacia la pequeña escalera que daba acceso a una puerta tapada con una cortina.

Subí delante, aparté la cortina con precaución y ambos entramos a una pequeña estancia en penumbra y llena de cachivaches. Sobre una mesa redonda cubierta por un mantel negro estampado con flores rojas descansaban una baraja de naipes y una bola de vidrio y, sentada tras la mesa, una anciana vestida al estilo zíngaro nos lanzó una

desdentada mueca de asombro.

—Sentaos, haced el favor —pidió la vieja—. Soy Raluca y conozco todo sobre el futuro.

La escena me pareció sumamente patética, tanto que estuve a punto de soltar una carcajada, pero me contuve. Raluca fumaba un purito oscuro, retorcido y muy pestilente, que sostenía en su mano izquierda. Las numerosas quemaduras del mantel delataban la costumbre. El lugar estaba saturado del acre olor del humo hasta hacerse casi insoportable.

—¿Cuál es tu nombre, cariño? —preguntó a Elisa.

Me apresuré a contestar por ella:

—Mercedes. Ella Mercedes y yo, Jacinto.

Elisa me miró, desconcertada, y yo le respondí con un guiño, para que me siguiera el juego. La vieja continuó mirándola, como esperando su respuesta.

—Mercedes —mintió, para no contradecirme.

—Así que Mercedes y Jacinto... —murmuró mientras tomaba la baraja y repartía algunos de los

naipes cara abajo sobre el mantel—. Ahora quiero que elijáis una carta cada uno. Tocadla pero no la mováis de su sitio.

Mi novia señaló una carta y yo señalé la misma.

—¿Qué queréis preguntar al oráculo? —inquirió la bruja, ahuecando la voz.

—Estamos empezando una relación... —explicó Elisa.

—¡Ah!, comprendo. Vamos a ver...

Puso boca arriba el naipe elegido y apareció el dibujo de un hombre colgado por un pie. Después frotó la bola con las manos, como dándole brillo, y miró a través de ella.

—Veo una casa con flores y dos niños en la puerta. Son dos pequeños varoncitos. —Miró a Elisa sonriendo, creo que esperaba que la infeliz mostrase alegría por la buena noticia. Pero, para mi decepción, mi chica parecía más atemorizada que contenta.

La vieja volvió a frotar la bola, esta vez por más tiempo. De pronto su expresión cambió, sus

facciones grises palidieron aún más y los ojos casi saltaron de las órbitas. La respiración se hizo superficial y angustiada. Maquinalmente seguía frotando la bola, una y otra vez.

—Creo que... Tendríais... —Un fuerte acceso de tos cortó el balbuceo.

Al principio pensé que el trance formaba parte del espectáculo, pero ya vi claro que aquello estaba fuera de control. La vieja se ahogaba realmente. Salí para avisar al encargado de lo que estaba sucediendo. El hombre pidió a gritos al muchacho del puesto más próximo que llamase a una ambulancia y entró conmigo al interior del carro. Raluca estaba lívida y su respiración sonaba como el fuelle de una fragua. Ayudamos a acostarla sobre el camastro, al fondo de la estancia. Después él lanzó a la calle los restos del purito y dijo en tono áspero:

—*Tutun vor ucide* [1]

—*Taci, vechi prost* [2]—replicó la anciana, con un jadeo.

Sin saber qué hacer, Elisa y yo nos apartamos

para no estorbar.

—Mejor váyanse —pidió el encargado, con un marcado acento extranjero—. La ambulancia llegará en seguida. El tabaco está matando a esta vieja bruja...

Ya salíamos cuando la cavernosa voz de Raluca sonó con una energía inesperada:

—Ven, Elisa.

Ambos nos miramos, desconcertados.

—¡Acércate, Elisa!, escucha... —insistió la anciana.

Lentamente, impresionada, mi novia caminó hacia la mujer, que yacía medio incorporada para respirar mejor. Raluca la tomó del brazo y la forzó a inclinarse para susurrarle al oído. Fue muy breve; después se relajó y dijo:

—Ahora, marchaos.

Tras el mal rato pasado ninguno de los dos tenía ganas de seguir visitando la feria. Acompañé a Elisa a su casa, dando un paseo. No me explicaba cómo pudo la anciana saber su verdadero nombre y me moría de ganas de conocer

qué le dijo al oído, pero ella no soltaba prenda. Por fin me decidí a preguntar:

—¿Le dijiste tu nombre cuando yo salí?

—No hablamos ni una palabra. Ella estaba ahogándose...

—Entonces no lo comprendo. ¿Y qué era lo que con tanto interés quería decirte al oído?

Elisa dudó antes de responder. Aflojó el paso y, como asustada por sus propias palabras, explicó:

—¡Esa mujer ve realmente lo oculto!, ¿entiendes? No sólo sabía mi nombre, me dijo algunas cosas más que ella no podía conocer.

—Pero, Elisa, ¿cómo puedes creer en esas patrañas! ¿No viste qué ridículo era todo...?— repliqué.

No respondió y seguimos caminando. Al llegar al portal, se detuvo y me miró con una extraña expresión de firmeza:

—Repito palabra por palabra lo que ella me dijo: «Elisa, nacida de la esperanza a medianoche en un miércoles de ceniza donde vuelan hasta las

piedras, si no te apartas de ese hombre, ¡él te matará!».

Quedé perplejo. ¿Matarla, yo?

—Pero ¡eso es absurdo...! —protesté.

—Mi madre se llama Esperanza, nací en un miércoles de ceniza, a medianoche, y fue en Tarifa, donde el viento es a menudo tan fuerte que mueve hasta las piedras. ¡Cómo quieres que no la crea! Más vale que te apartes de mí. Adiós, Enrique.

Y diciendo esto, entró al portal y la vi desaparecer tras la puerta del ascensor.

Intenté hablar con Elisa durante toda la mañana siguiente sin conseguir que ella respondiera al teléfono. Confiaba en que hubiera olvidado sus temores de la noche anterior y recobrado la razón, ofuscada por las palabras de aquella maldita bruja que se cruzó en nuestro camino. Como ella los sábados no trabajaba, supuse que estaría en su casa y me acerqué con intención de hablarle y recuperar su confianza. Cuando pulsé el timbre del portero automático oí

el ruido del micrófono al descolgar, pero nadie respondió. Abre, Elisa, ábreme, sólo quiero hablar un momento contigo, supliqué varias veces, sabiendo que me escuchaba, pero no hubo más respuesta que el ruido seco que se produjo al colgar.

Yo estaba desesperado, cada minuto se me hacía una eternidad. ¡Cómo podía ser tan estúpida, creyendo las sandeces que decía cualquier embaucadora! Durante varias horas monté guardia al lado del portal por si se le ocurría salir , pero no apareció. Decidí entonces volver al carromato de Raluca. ¡Cómo se atrevió a decir semejante barbaridad! Ella y su ayudante me debían una explicación.

Los sábados se animaba antes la feria y el gentío era más numeroso. A empujones me abrí paso hasta el callejón, en el que entré a grandes zancadas. A la luz del día todo me pareció distinto. Observé mejor. No, no era aquel pasillo, seguro que con toda aquella multitud por medio me había

equivocado. Recorrí varias de las callejas cercanas sin reconocer nada de lo que veía. Pregunté por fin a un muchacho, ocupado en reparar unos viejos autos de choque.

—Disculpa, chico, ¿sabes dónde está una vieja que adivina el futuro? Raluca la llaman.

El joven dejó su faena por un momento y miró a lo alto, como intentando recordar.

—Raluca —repitió—, me suena pero...  
Aguarde. ¡Miguel! ¡¡Migueel!!

Un hombre mayor se asomó entre unos tablones, al fondo del callejón.

—¿Sabes algo de una tal Raluca? —preguntó a gritos el muchacho.

Miguel se acercó a nosotros caminando tranquilo, mientras se limpiaba las manos en un trapo bastante mugriento.

—¿La adivina? —inquirió al llegar.

Sentí una oleada de alivio. Aquel hombre la conocía.

—Si es la que yo creo, esa mujer murió hace unos cuatro años —explicó Miguel con naturalidad

—. Lo siento pero, si quería algo de ella, llega usted tarde.

—Oiga, yo estuve ayer aquí, hablando con una anciana zíngara que decía llamarse Raluca — puntualicé, muy contrariado por la incoherencia de lo que él me decía.

—Mire, joven, Raluca murió. Eso se lo puedo asegurar porque yo mismo vi como sacaban su cadáver. ¡Menudo revuelo se armó! Y eso fue hace... cinco años, exactamente, estábamos aquí mismo, en la feria de Gracia, a punto de recoger para ir a la de Sants. Así que no me venga con monsergas.

Dejándome plantado, Miguel desanduvo sus pasos para volver a la tarea. El joven me miró y se encogió de hombros.

—Yo no sé nada, hace poco que estoy en esto —dijo a modo de disculpa.

—¿Hay alguna otra pitonisa en la feria? —se me ocurrió preguntarle.

—Hummm. —Meditó por un momento, volviendo a mirar a las alturas—. Ese negocio va

de capa caída. La televisión está llena de ellas. Pero creo que hay una, dos calles más allá, en la última línea de atracciones. —El chico apuntó a su derecha con la llave inglesa que tenía en la mano.

Corrí entre las partes traseras de las casetas hacia donde me había indicado, hasta llegar a una explanada. Cuatro o cinco callejas abrían allí y en una de ellas, casi en el extremo, vi el inconfundible carretón de Raluca. Al acercarme comprobé que, en efecto, se trataba del mismo carretón pero su aspecto era diferente. Estaba remozado, pintado con colores vivos, adornado con una bonita cortina y un rótulo perfectamente iluminado: «Zaida lo sabe». ¡Qué prisa se han dado en cambiarlo todo!, pensé.

No había nadie en la taquilla, así que subí la escalera y anuncié mi presencia antes de traspasar la cortina.

—¿Hay alguien ahí? —pregunté en voz alta.

Un hombre apartó el cortinaje y asomó la cabeza. No me sorprendió reconocer al encargado que nos había atendido el día anterior.

—¿Qué quiere? —preguntó de modo cortante —. ¡Aún está cerrado!

—Oiga, señor, estuve ayer aquí, con mi novia, ¿no me recuerda?

El hombre me miró con atención y cara de extrañeza por unos segundos.

—No recuerdo haberlo visto antes, y además ayer no abrimos. ¡Lárguese!, estamos ocupados.

Pero ¡qué cínico hijo de puta!, me dije. Con una furia incontrolable le di un empujón y entré a la estancia violentamente. Todo estaba igual, pero más aseado, más cuidado. La misma mesa, el mismo mantel negro con flores y, fumando un purito tras la mesa, una joven morena que al verme corrió a refugiarse en un rincón.

El hombre, que había caído al suelo por el ímpetu del empujón, se levantó con rapidez y agarró un atizador que se hallaba apoyado en la pared, tras la puerta. Lo alzó en un gesto amenazador. Me di cuenta de lo comprometido de mi situación; ya no podía más y me derrumbé de rodillas.

—Ayer estuve aquí, con mi novia, usted nos atendió y hablamos con la vieja Raluca. Ella se puso enferma, no lo he soñado... —expuse con toda la convicción que sentía.

—Sal un momento, Vasile —ordenó la joven.

El viejo bajó el hierro, me lanzó una torva mirada y obedeció. La joven, lentamente, volvió a su silla y con un gesto me invitó a sentarme frente a ella.

—Raluca era mi abuela. Ella murió hace cinco años, en este mismo carromato, muy cerca de aquí. Yo seguí su negocio, de eso hace tres años. Puedo demostrárselo; lo que usted dice no es posible...

Me cubrí la cabeza con las manos y repetí obsesivamente:

—Yo la vi ayer...

—Le contaré algo —anunció Zaida, con un tono misterioso que captó toda mi atención—. Mi abuela era una adivina extraordinaria. Yo suelo inventar mis vaticinios, digo lo que la gente quiere oír. Ya ve que le hablo con sinceridad. Pero ella

veía el futuro realmente, hay personas con ese don. Aunque no lo contaba. Decía que a nadie favorece saber lo que de ningún modo podrá evitar. El Destino está marcado y nadie puede torcerlo. Así que inventaba historias amables, callándose lo que realmente veía.

—Ayer... aquí... —insistí sin saber qué más decir.

—Cuénteme qué pasó ayer, aquí...

Relaté con todo detalle la visita del día anterior: los veinte euros, la baraja y la bola de cristal, idénticas a las que había sobre la mesa, la crisis de ahogo, el secreto que dijo a Elisa... Todo, punto por punto. Zaida me escuchaba con atención, barajando los naipes mecánicamente. Cuando terminé me quedé mirándola, con gesto interrogante. Dejó de mover la baraja y repartió los naipes cara abajo sobre la mesa, mientras iba hablando:

—Algunos espíritus quedan por un tiempo errando por el lugar donde murieron y en ocasiones pueden llegar a manifestarse. Pero hace

falta un poderoso motivo. Elija una carta —pidió inesperadamente.

Toqué una de las cuatro que había sobre el mantel, sin girarla. Ella la tomó en su mano y lentamente la mostró: era el mismo hombre colgado por el pie. Yo ya no sabía qué pensar.

—Zaida, escúcheme. Su abuela, o el espíritu de su abuela, no me importa aceptarlo por absurdo que sea, le dijo ayer a mi novia que yo iba a matarla y mi novia, que es supersticiosa, lo ha creído. Ella ahora no quiere verme nunca más, ¿comprende? Cualquiera que sea la explicación, es incomprensible. Intolerable.

—No lo tome a la ligera ni se confunda. Su novia obra bien y lo peor es que, hagan ustedes lo que hagan, no tendrá remedio. Pero, por si el Destino aún no hubiera fraguado y existiese alguna posibilidad, yo, de ser usted, me iría lo más lejos posible. A otra ciudad, a otro país...

—¡Están todos locos! —mascullé, escupiendo con rabia las palabras.

—Recuerde que ella le dio a Elisa datos muy

certeros. No tengo duda de que ayer estuvieron ustedes dos con el espíritu de Raluca. Debería hacer caso. No es la primera vez que sucede.

—¿Y Vasile?, ¿también es un espíritu? — pregunté con ironía.

—Ahí se equivoca; él vino conmigo desde Percosova y ayer no lo perdí de vista en todo el día. Ni siquiera llegó a conocer a la abuela. Todos estos viejos rumanos se parecen mucho...

Comprendí que allí yo no hacía más que perder el tiempo. No sé por qué motivo aquella mujer intentaba embaucarme con su increíble historia. No sacaría de ella nada más, así que me levanté bruscamente y salí corriendo del carronato, perseguido por la dura mirada de Vasile.

Sin parar de correr llegué al portal de Elisa en pocos minutos. No llamé al timbre, estaba seguro de que no me abriría y no quería asustarla. Esperé pacientemente a que alguien abriera. Pasado un buen rato, vi a través de la puerta

acristalada a una pareja que se disponía a salir. Me acerqué entonces, simulando buscar la llave en el bolsillo, y me colé en el edificio.

Subí por la escalera, quería llegar lo más discretamente posible. Lograría hablar con Elisa y la convencería de que todo era una patraña sin sentido, de que la amaba más que a nada en el mundo y sólo pensar que yo pudiera hacerle daño resultaba inconcebible. Alcancé el rellano y pulsé el timbre. Un leve roce al otro lado de la puerta me advirtió de su presencia. Deduje que estaría observando a través de la mirilla.

—Elisa —dije, esforzándome en que mi tono fuese en extremo tranquilo—, ábreme, por favor. Tenemos que hablar.

Sólo me respondió el silencio. Insistí:

—Por favor, cariño, será sólo un momento. Necesito explicarte algo.

—Vete, Enrique, te lo ruego. No me obligues a llamar a la policía.

—Pero, nena, cariño, ¿qué te pasa? ¿Cómo puedes hablarme así por las estúpidas palabras de

una vieja que ni siquiera existe?

—¿Ha muerto, entonces? —dedujo Elisa, con voz apenada.

—Murió hace cinco años —expliqué. Me arrepentí al momento.

De nuevo el silencio. Y de nuevo pulsé el timbre. Y otra vez.

—Enrique, no insistas, por favor. Estás mal, lo siento de veras, necesitas ayuda pero no de mí. Yo no puedo ayudarte —replicó con firmeza.

—Tú eres lo único que necesito, amor mío. Ábreme, sólo quiero explicarte algo y después me iré sin más, te lo prometo.

Tras un tenso silencio añadí, con un suplicante hilo de voz:

—Por favor...

Y la puerta se abrió.

\*\*\*

Ya de noche, Enrique salió del portal escondiéndose entre las sombras.

## XII - El estudiante de Leyes

Miguel sentía una gran vocación por las Leyes pero le costaba aprender y sólo a base de mucho esfuerzo logró ser admitido en la Universidad de Alcalá de Henares. A medida que pasaban los meses notaba que se iba quedando atrás y el temor a que el sacrificio de su familia resultara inútil lo preocupaba día y noche, lo que no hacía más que perjudicar los resultados.

Sentado en el claustro repasaba uno de sus libros cuando, en un momento de desesperación, clamó: «Daría mi alma al diablo por conseguir buenas calificaciones». Un compañero que estaba cerca lo miró con reproche.

—Cuida lo que dices, amigo, que ésta es tierra de inquisidores y por menos de eso he visto a algunos con el capirote.

Miguel bajó la cabeza y siguió con lo suyo.

Cuando salió, camino de la fonda donde se alojaba, un hombre alto y delgado, vestido con un largo gabán negro se acercó a él.

—He oído que deseas hacer un negocio... — dijo con voz melosa—. Yo podría estar interesado.

Miguel, que no recordaba su imprecación, quedó desorientado.

—Podría convertirte en el mejor estudiante — añadió el hombre del gabán.

—¿Entonces eres...?

—Mefistófeles, para servirte. —Acompañó el anuncio con una ligera venia.

—¿Y cuál sería el precio?

—Tú mismo lo has puesto. Es lo único que tiene interés para mí. Firmarás un documento por el que me entregarás tu alma y a partir de ese instante todo cuanto leas quedará en tu memoria, claro y sencillo. Te bastará una mirada para hacer el trabajo que para otros ocupa semanas.

Miguel era ambicioso y estaba muy apurado por el temido fracaso en la Universidad, así que

tomó interés en el asunto.

—¿Puedo ver el documento?

Mefistófeles sacó un viejo pergamino de entre los pliegues de su ropa. Escrito en letras góticas que parecían trazadas con carbón, decía:

M.C.S. vecino y estudiante de la Villa de Alcalá de Henares, recibirá el don de la sabiduría tras firmar este documento repitiendo por tres veces la fórmula correspondiente al pie de esta nota, de su puño y letra, con lo que su alma pasará a ser de Nuestra Propiedad desde ese instante.

Después de leerlo, Miguel preguntó:

—¿Cómo sé que, una vez tengas mi alma, no desharás el don concedido?

—Puedo darlos, mas no retirarlos, querido amigo. Del mismo modo, tú no podrás echarte atrás, una vez hayas suscrito el compromiso. Así funciona esto...

—Con sangre, supongo...

—Oh, no, eso son tonterías que inventan los curas. Tinta negra y una buena pluma de ganso serán bastante.

—¡Sea, pues!

Mefistófeles se frotó las manos al estilo de los usureros y se aprestó a buscar un sitio donde pudieran apoyarse.

—Allí, en el pretil del pozo. —Señaló.

Aparecieron pluma y tintero como por arte de magia. Miguel los tomó y se dispuso a escribir.

—¿Qué debo poner?

—Es muy sencillo, utilizaremos la fórmula breve para no entretenerte. Sólo «Toma mi alma». Has de repetirlo tres veces, tal como dice el contrato.

Miguel escribió tres veces lo indicado, debajo del texto diabólico. Mefistófeles se apresuró a recoger el documento en cuanto terminó.

—¿Y bien...? —preguntó Miguel.

El otro tocó la cabeza del muchacho con el extremo de la pluma.

—Ya está. —El diablo sonreía, encantado por tener un nuevo siervo—. Abre el libro y lee —ordenó.

Miguel lo abrió al azar y quedó asombrado. Todo era sencillo, claro, el conocimiento entraba en él con sólo pasar la vista por lo escrito. Leyó un buen rato, después alzó la mirada y exclamó:

—Es cierto, podría repetir todo lo que he leído, palabra por palabra; y no sólo repetirlo, sino comprenderlo y llegar hasta las últimas implicaciones de cada una de las ideas... Es magnífico.

—Ya te lo dije —presumió Mefistófeles—. Yo también ardo en deseos de estrenar mi nueva adquisición. Esta noche te quiero aquí, a las doce en punto. Tengo trabajo para ti.

—No estaré, señor Mefistófeles, porque nada te debo. Ese contrato no tiene valor —replicó Miguel.

—¡Cómo te atreves! Ni se te ocurra intentar engañarme, las consecuencias serían terribles para ti. Este contrato te obliga...

—Querido Mefistófeles —interrumpió Miguel con mucha calma—, el contrato no me obliga, puesto que no se cumplen las cláusulas. Ahí dice que yo debía repetir tres veces la fórmula que me dictaste, y sólo la repetí dos.

El diablo, incrédulo, rebuscó el papel ansiosamente en sus bolsillos. Tras encontrarlo, lo esgrimió ante los ojos de Miguel.

—Nada de eso, por tres veces lo has escrito, ¡tres! ¿Me tomas por necio?

Y, en efecto, tres eran las líneas de la firma.

—Yo lo escribí tres veces, mas sólo lo repetí dos, pues la primera no es repetición sino original, ¿no lo entiendes, querido Mefisto? Y el pacto lo dice claramente: repitiendo por tres veces. El contrato es papel mojado, así que lárgate ya al infierno con las manos vacías, porque nada conseguirás de mí.

Mefistófeles se desvaneció en una llamarada y un fuerte olor a cuerno quemado quedó en el aire. Miguel abrió el libro y, sin dejar de leer, siguió su camino. Aquel mismo año se graduó.



## XIII - Erika

Apoyado en la barra del chiringuito, tomaba unas cervezas con mi amigo Víctor. Nos divertíamos mirando el trote rápido al que los caminantes se veían obligados para no quemarse los pies en la arena, abrasada al sol del mediodía. Había muchos turistas del norte de Europa, se distinguían fácilmente, rojos como gambas tras unos días en la playa. Las mujeres —inglesas, alemanas, holandesas...— ya no solían provocar el interés de antaño, cuando su soltura y desinhibición fue una novedad en este país. La mayoría de ellas, algo entradas en años y en carnes, lanzaban más miradas de las que recibían.

—Mira a ésas —me avisó Víctor, socarrón, señalando con un gesto de la cabeza.

Tres mujeres de mediana edad avanzaban por la arena hacia donde nos encontrábamos. Unos pasos más adelante, el fuego en los pies las obligó

al conocido baile. La más gruesa —parecía también la más joven— se reía divertida mientras sus pechos se bamboleaban dentro y fuera del minúsculo bikini. Solté una carcajada y ella, ya bastante cerca, me miró con la picardía de una niña traviesa. Las tres corrieron hacia la sombra que ofrecía el toldo del chiringuito. Con alivio al pisar suelo fresco, recompusieron su ropa antes de pedir unas bebidas. Estaba seguro de que no fue casual que la gorda se pusiera a mi lado. Víctor parecía incómodo. De cerca, descubrí detalles que antes no había notado: algunas estrías en el vientre, las axilas sin depilar al estilo de los países nórdicos... Pero sus redondeces me tenían encandilado. Inesperadamente sentí una fuerte erección, imposible de disimular en el bañador. Ella se dio cuenta. Al estirarse para alcanzar una servilleta de papel rozó con la pierna mi pene, más erecto que nunca. Tuve que concentrarme para no perder el control.

Una hora después nos duchábamos juntos en el apartamento que las tres mujeres habían alquilado.

—Los *espanioles* mucho calientes...

Después de desfogar mi excitación, yo no sabía qué decir ni qué hacer. Pero no quería ser grosero, ella había sido amable y cariñosa.

—Eres muy dulce, Erika, fantástica.

Sonrió, con los párpados entornados, y me dio un beso en el pecho.

—He de marcharme ya, entro a trabajar dentro de media hora. —Me excusé.

—¿No vacaciones, tú?

—No, yo trabajo aquí, en el ayuntamiento —mentí.

—¿Nosotros vernos más tarde?, ¿*maniana*?  
Estaré dos semanas más en playa.

No me atreví a negarme y nos citamos para el día siguiente, en el mismo sitio y hora. Ella entendería que no me presentara y, si por casualidad coincidiésemos de nuevo más adelante, siempre podría aducir algún imprevisto y salvar la cara.

Por la tarde encontré a Víctor en el bar de

costumbre. Se mofó nada más verme.

—Si me invitas a un trago no se lo contaré a nadie. —Y rió a carcajadas. —Está bien, un calentón es un calentón —dijo, con ironía. Levantó su copa:— ¡Por las gordas cachondas!

—Vete a la mierda. —Empezaba a molestarme la guasa.

—Si hubieras esperado un poco, macho... Te perdiste lo mejor del verano, ¡qué tías! Antoñito, que no aprendes...

Nos miramos y nos echamos a reír.

—¡Por las gordas! —completé el brindis. — ¡Y he quedado con ella para mañana! —dije como un chiste. Víctor lloraba de risa.

Al día siguiente me mantuve lejos del lugar de la cita. El recuerdo de Erika me provocaba sentimientos contradictorios: en parte me excitaba y en parte hacía que me sintiera avergonzado. Entre una cosa y otra, aquella mujer estuvo en mi cabeza toda la mañana. Después de pasar por la piscina y de deambular por el barrio de

pescadores me encontré sin pensarlo caminando hacia el chiringuito. Era casi mediodía cuando llegué y pedí una cerveza. De Erika no había rastro pero pude distinguir cerca de la orilla a una de las acompañantes del día anterior tomando el sol junto a un hombre canoso.

Ya pasaba bastante de la hora convenida, yo había perdido la cuenta de las cañas tomadas y ella seguía sin aparecer. ¡Bah!, me decía a mí mismo, mejor que no venga, esa tía es un callo. Pero seguía inquieto y no dejaba de mirar a todos lados. Entonces la vi caminando con un muchacho de mi edad. Se acercó mientras su acompañante la esperaba.

—Lo siento, *carrño*, pero él es lo más... —Y volvió a lucir su sonrisa de niña traviesa.

Me lanzó un beso volado cuando se alejaban .

## XIV - Yaso

Decidí no volver a la petanca, ya estaba harto de tanta bandera y tanto politiquero. Además, me aburría muchísimo. No sólo por las estúpidas discusiones, también por el jueguito, insulso como él solo. Acabé, como tantos otros jubilados, mirando a los albañiles trabajar en las obras. Ahora hay pocas, por la crisis, pero alguna queda. Ya no se ven tantos moros como antes, diría que casi todos son del país. Y más bien jóvenes.

Cuando la mujer abría la ventana del comedor era la hora de salir a la calle. Ni yo sé estar en casa mientras ella hace sus cosas ni ella se siente a gusto si yo estoy allí. Los seis o siete euros que solía llevar en el bolsillo dan para poco, así que paseaba, que es gratis. Y miraba las obras. Ahora avanzan muy rápido, donde hace dos meses sólo había un solar vi días atrás una estructura que ya va por el cuarto piso. Me quedé un rato

observando la pericia del gruista y, al irme, me fijé en un perro que daba vueltas a mi alrededor. Parecía un perro vagabundo, de aspecto deslustrado, sin collar y más flaco que un galgo. Se me acercó con su cara de payaso triste, olfateó mis zapatos y se quedó mirándome, como si esperara algo de mí. Me conmovió y le rasqué entre las orejas.

De regreso a casa, el perro me siguió. Al principio, a distancia; después muy de cerca, incluso adelantándose. Iba y venía, hurgaba allí, olisqueaba allá, y parecía que volviera para contarme lo que iba descubriendo. Ya no tenía el aire tristón del principio. Como si el hambre y la falta de todo lo necesario no fueran importantes y le bastara la compañía de un ser humano. En uno de sus retornos volví a acariciarlo y le hablé: ¿Cómo te llamas, eh? ¿Cómo te llamas? ¿O es que nadie te ha puesto nombre todavía?. Le rascaba las orejas, le palmeaba el lomo y el perro se volvía loco de contento, revolcándose en el suelo y correteando para volver jadeante a mi lado.

Al pasar frente a un supermercado entré a comprarle un paquete de galletas y en el resto del camino se las fui dando una a una hasta que las terminó. Cuando llegamos a la puerta del edificio donde yo vivía me agaché y le dije sonriendo: Que tengas suerte, amigo, yo vivo aquí. Ha sido un placer conocerte. Y le estreché una de sus patas delanteras. Al traspasar el portal no hizo intención de seguirme. Se quedó mirándome con los ojos de nuevo tristes y brillantes mientras yo desaparecía escalera arriba.

«Ya estás manchando el piso» fue el saludo de la mujer. Y era verdad; a pesar de que había frotado las suelas en el felpudo, mis huellas iban quedando marcadas sobre las immaculadas baldosas. Me quedé inmóvil, sin saber por dónde tirar. Ella trajo la bayeta: «Anda, límpiate bien y pasa a la galería. Ahora te llevo las zapatillas». Obedecí y me dediqué a limpiar la jaula del jilguero hasta la hora de comer.

La televisión es igual que la petanca: un nido

de consignas, de broncas y una cosa insulsa. No todo, depende de la emisora, pero sí la mayoría. Yo prefiero ver documentales interesantes o buenas películas pero a la mujer le ha dado por esos programitas de cotilleo que se me hacen insufribles. Ella se acalora: «Será la tía asquerosa... ¡Pues no se acostó ella antes con el otro!». Yo desconectaba, me entraba modorra y solía echar una siesta, y a veces soñaba con fulanos y fulanas de mal vivir, supongo que por la influencia de lo que llegaba a mis oídos. Cuando me despertaba, ella dormía también y todo estaba en silencio. Así pasábamos la tarde.

Al día siguiente salí a dar mi acostumbrado paseo. ¿Qué habría sido del perro? Tenía la esperanza de encontrarlo frente al portal, pero no fue así. Era lo mejor; yo no podía hacerme cargo y sería cruel para el animal alimentar falsas expectativas. Cuando giré la esquina, mis remilgos se fueron al traste: el perro estaba allí, corrió a mi encuentro y apoyó sobre mi pecho sus patas

manchadas. Lo abracé, eufórico como si hubiera reencontrado a un viejo amigo. Pasamos juntos toda la mañana, fuimos hasta la playa, en esa época casi desierta. Me remangué el pantalón y entré en el agua hasta las rodillas. Cuando me parecía que el perro se alejaba demasiado, le gritaba: ¡Yaso! —así había empezado a llamarlo—, ven aquí; y venía inmediatamente, mordisqueando las olas. De camino a casa compré en una pollería un buen paquete de despojos que él engulló como si no hubiera comido en su vida. Después volvimos a despedirnos, igual que el día anterior.

«¡Vas lleno de arena!, ¿dónde has estado?», fue el saludo de la mujer. Se me ocurrió acercarme a la playa..., respondí. «Si hasta traes mojados los pantalones... Esto no me lo hagas más, que bastante tiene una...», y siguió abroncándome un buen rato hasta que fui a limpiar la jaula del jilguero. La comprendí. Para ella la casa lo es todo. Ni una mota de polvo, ni una brizna en el suelo, todo en

orden y en su sitio, cada tapete, cada figurita de ésas que venden los chinos, casa espejo, cada foto... Ella cree que eso es importante, que necesitamos que la casa esté así. No se da cuenta del modo en que todo eso me asfixia.

Pasaron varios días. Yaso me esperaba cada mañana, no junto al portal sino al volver la esquina, como si percibiera que no debía acercarse a la casa. Es un perro muy despabilado, como todo el que ha pasado hambre. Después de dos semanas, Yaso se volvió el centro de mi vida. Ya no hacía siesta sino que bajaba también por las tardes a dar paseos con él, que cada vez eran más largos. Y le contaba mis cosas.

Llegó un momento en que la mujer se mosqueó. Ayer, al regresar a la hora de la cena me dijo: «Oye, tú me escondes algo. Estás raro. ¿No tendrás algún asunto por ahí...?». Que ya no tengo edad para eso, mujer, ¡cómo se te ocurre! Ves demasiada televisión. Ella no dio su brazo a

torcer: «Ah, hay mucha zorra que sólo mira lo que puede sacar, y tú eres tan tonto... Aunque ya habría que tener ganas, ya, porque...», y me miraba de arriba abajo con cara de asco, como pensando: pero ¿a quién le vas a gustar tú?

Esa mirada fue para mí un aguijón. De pronto me vi frente a una mujer a la que apenas reconocía y para quien yo no era más que un huésped molesto. Y tuve la certeza de que no era así como quería terminar mis días. No me importó nada más. Fui al dormitorio, metí lo indispensable en una bolsa y bajé corriendola escalera en busca de Yaso .

## XV - El aguador

Vivió en la Qurtuba[3] de los califas un hombre llamado Halim que siendo joven se unió a las tropas de Almanzor el Victorioso en sus campañas contra los reinos cristianos del norte. Pero de eso hacía ya muchos años; el *hayib*[4] que fuera azote de Dios descansaba bajo tierra en Medinaceli y la guerra que siguió entre sus sucesores y los del califa le pareció a Halim demasiado penosa para un hombre de su edad, de modo que se retiró a la villa de Shantyala[5], donde esperaba pasar una vejez tranquila y bien acomodada con la pequeña fortuna que acumuló a lo largo de sus correrías.

Llegó al pueblo montado en una mula marchadora, más cómoda que un caballo, seguido por sus dos mujeres, los criados y algunos

carrromatos cargados con sus pertenencias. Se instaló en la casa que había comprado poco antes, cercana a la mezquita, y dedicó los primeros días a conocer a sus nuevos vecinos y a tantear el precio de las tierras que pensaba adquirir. Todos sintieron curiosidad por la llegada del forastero, mas, pasada la novedad, la rutina volvió a la vida del pueblo.

Halim compró algunas fanegas de secano y cada mañana iba a cuidarlas a lomos de un asno. Diariamente se encontraba en el camino con Ahmed, un joven aguador tan poco afortunado que sólo contaba con un gran perro para arrastrar el carrito en el que a duras penas cabían tres cántaros de mediano tamaño. Ahmed se apartaba del paso del anciano mientras cruzaban los saludos de rigor: *Assalamu alaikum, Walaikum as salam*[6].

Un día el aguador se atrevió a hablarle:

—Mi señor, soy Ahmed, el aguador más pobre de Shantyala y el más dispuesto a servirte.

¿No necesitas agua limpia y fresca en tu casa? Pronto llegará el verano, que aquí es muy caliente, y los aljibes quedarán secos.

Halim detuvo el asno y se giró para mirar a quien le hablaba. El joven aguardaba la respuesta.

—Tengo criados que hacen lo necesario, pero no me parece mal lo que propones. ¿Cuánto pides por tu trabajo, Ahmed?

—He pensado que, en lugar de darme unas monedas, me cedieses uno de tus burros mientras dure la labor. Así podría cargar más agua de la que puede acarrear este viejo perro y obtener más beneficio. Si gano lo suficiente quizá pueda comprarte el animal al final del estío.

—Está bien, ve y di a mis criados que te presten una de las best... el asno más chico —rectificó— y un carro pequeño. A partir de mañana, en cuanto amanezca quiero llenas las cinco tinajas que están junto a la puerta de mi casa. Y cuida bien del burro. ¿Estamos?

—Así se hará, y que Alá te bendiga.

A partir de ese día, Ahmed cumplió puntualmente el encargo. Cada mañana, justo al amanecer, llenaba las tinajas de Halim. Dedicaba el resto de la jornada a sacar provecho de su nuevo asno.

Uno de esos días, al entrar el aguador en el patio vio a una muchacha recogiendo flores. Ahmed se asombró como si hubiera visto a una hurí[7] y quedó petrificado pero la joven, lejos de asustarse, le explicó con naturalidad:

—Debo recoger estas flores antes de la salida del sol o pierden su fragancia. Es mejor que no digas a nadie que me has visto, aguador. —Le sonrió, y entró corriendo a la casa.

Desde aquel día no pudo apartar de su mente aquella sonrisa, la más bella que había visto en su vida.

En ocasiones los dos hombres hacían juntos parte del camino, cuando Ahmed regresaba a la fuente y Halim iba a sus tierras, aunque raras veces conversaban. Un día el joven se decidió a

preguntar:

—¿No tienes hijos, mi señor? —Sospechaba que el ángel de sus sueños fuera una hija de Halim.

—Cientos, cientos de ellos... seguramente. Así es la vida del soldado, como la del labrador que lanzara la simiente en tierra a la que no ha de volver.

Ahmed rió la ocurrencia. E insistió:

—Me refiero a hijos que estén contigo.

—No ha querido Alá darme esa bendición, todavía. He pasado largos años en la guerra, lejos de mi casa. Mi primera esposa, Nadima, se hizo mayor. Además, creo que ella no... —Halim torció el gesto—. Debí repudiarla, pero siempre la he amado. Ahora tengo una nueva esposa muy joven y lozana con la que espero procrear el vástago que continúe mi linaje. Más de uno, con la ayuda del Profeta —auguró, mostrando una desdentada sonrisa.

El aguador dedujo que la muchacha que había visto en el patio no era otra que la esposa lozana a la que se refería Halim. Éste continuó:

—Ya hace más de un año que vamos tras ello pero hasta ahora no ha habido suerte. Es una maldición, no podría creer que Yasmina fuese también estéril. ¡Alá no lo permita! —Hablaban con resentimiento—. Si antes del invierno no queda preñada, la apartaré y tomaré nueva esposa.

Se separaron los dos hombres y Ahmed caminó pensativo al lado del burro. ¿Qué sería de ella, si la repudiara Halim? Dos esposas y... ¿nada?, cavilaba.

—Sí va a necesitar ayuda, sí. Y no sólo del Profeta —le dijo al animal, sabiendo que éste no podría contarle.

El joven aguador era apuesto. Su llegada a las casas siempre coincidía con curiosos movimientos de sombras tras las celosías. Y algo más que agua le requerían en ocasiones. Pero desde su encuentro con Yasmina, Hamed sólo pensaba en ella. Por fin conocía el nombre de su amor. Le pareció muy apropiado, era delicada y perfecta como la flor del jazmín. Debía hablar con ella cuanto antes, lo que

no sería fácil.

Empezó a merodear la casa cada atardecer, evitando ser visto. Así pudo averiguar cuál de las ventanas correspondía al aposento de la joven. Una mañana, antes de entregar el agua, esperó oculto a que Halim saliera. Llegó luego hasta el patio, llenó las tinajas y fue bajo la ventana de Yasmina, imaginando que ella aún dormía. Lanzó unas piedrecillas a la celosía a la vez que imitaba el canto de la tórtola. Al poco rato, oyó un susurro:

—Eres muy atrevido, aguador, y muy imprudente.

—He de hablar contigo, mi señora. Es por tu bien...

Se hizo un largo silencio.

—Di, pues —pidió Yasmina, sin dejarse ver.

—Las paredes tienen ojos y oídos. Esta noche, bajo el olivo al lado del pozo. No faltes.

Yasmina acudió con sigilo, pasada la medianoche. Reprochó en voz muy baja:

—¿Qué es lo que has de decirme por mi bien, aguador? ¿No sabes que Halim nos mataría si nos

encontraran aquí, juntos a esta hora?

—Tu esposo te repudiará si antes del invierno no quedas encinta, eso me dijo. Quería advertirte.

La joven, tras un momento de vacilación, respondió:

—Bien quisiera yo darle el hijo que él desea, pero...

—Su primera mujer tampoco engendró. ¿No lo entiendes? —interrumpió el aguador—. Las alforjas de Halim están vacías. Si Alá no lo remedia, tu desgracia es inevitable.

Al comprender, Yasmina se tapó la cara con las manos y comenzó a sollozar.

Ahmed se asomó al pozo, que estaba seco.

—¿Qué haces cuando un pozo se seca? —preguntó inesperadamente.

—Hay que buscar agua en otro sitio —respondió ella con voz entrecortada, sin entender el motivo de la extraña pregunta.

—Pues eso mismo has de hacer. Tú quedarás embarazada, Halim tendrá el hijo que desea y la vida continuará sin sobresaltos.

Siguió un largo silencio en el que Ahmed esperaba ansiosamente la reacción de la muchacha. Por fin ella secó las lágrimas que aún corrían por sus mejillas.

—¿Y tú...? —preguntó.

—Yo daría mi vida por ti. Nada has de temer.

Con voz firme, Yasmina tomó la decisión:

—Está bien, aguador. Pero debes prometerme que cuando yo quede encinta te apartarás de mí y nunca, ¡nunca!, lo contarás a nadie; ni a tu familia, ni a tu mejor amigo... ¡Nadie debe saberlo jamás!

—¡Sea como dices! —respondió Ahmed. Y allí mismo trataron por primera vez de dar a Halim lo que él quería.

El otoño trajo la felicidad a la casa de Halim. ¡Yasmina estaba por fin embarazada! El anciano no cabía en sí de gozo. Como un loco corrió por la aljama vociferando la buena nueva a todo el que encontraba.

Con las primeras lluvias, Ahmed fue a casa de Halim para hablar del burro prestado.

—Vengo a devolverte el asno, según lo convenido. Si lo recuerdas, te dije que quizá podría comprarlo, y deseo saber cuánto pides por él, pues me ayuda mucho en el trabajo. He ahorrado algo.

—¿De cuánto dispones?

—Seis dírham de plata y algunos feluses. Es poco pero...

—Dame tres dírham y estamos en paz. La suerte me ha favorecido y debo ser generoso, según las enseñanzas del Profeta.

El aguador se retiró arrastrando los pasos; había cerrado un buen negocio pero se sentía triste. Ya no podría volver a encontrarse con Yasmina, respetando lo prometido. Estaba muy enamorado pero debía distanciarse y tratar de olvidarla, por lo que decidió ir a Montiya[8] e instalarse allí.

Nació el pequeño Zafir entre bendiciones y festejos. Hasta la edad de dos años, como era costumbre, el niño apenas salía de entre las

mujeres pero cuando comenzó a andar y a chapurrear lo suficiente, Halim le dedicaba mucho tiempo. Mas a medida que Zafir crecía, una gran inquietud crecía también en el anciano. Por insondables designios del destino, el pequeño se estaba convirtiendo en el vivo retrato de Ahmed. Halim miraba sus ojos ambarinos, el modo en que el cabello se rizaba sobre la frente, las facciones angulosas, y cada detalle le recordaba al que fuera su aguador. Una terrible sospecha anidó en él. De ser cierto lo que imaginaba, ¿qué sería del niño? ¿Debería arrancarlo de su lado y condenarlo a la ignominia? No sería capaz, pero ¿cómo ignorar lo que la naturaleza pregonaba a voces?

Nadima lo encontró una tarde cabizbajo en el rincón más umbrío del patio. Ella sabía por qué; lo supo antes que nadie. Se acercó a su esposo y trató de consolarlo:

—Alá te ha dado un hijo, no le des más vueltas. No sabes lo sensible que es una mujer preñada. Ve una fresa, ¡y el niño nace con una fresa en la nalga!, ¿no has oído hablar de ello? Ese

hombre anduvo por aquí todo aquel verano, seguro que tu joven mujer lo vio y de ahí el parecido. No has de dudar de que el hijo es tuyo. Tú lo engendraste. Es un don de Alá...

Halim alzó la cara, miró a Nadima e hizo un intento de sonreír que quedó en una mueca triste.

—¿Cómo puedes dudarlo? —insistió Nadima—. ¿Acaso quieres traer la desgracia a esta casa por una idea tan absurda y que a nadie beneficia? Agradece tu suerte y no seas egoísta...

El hombre asintió con la cabeza repetidamente, se arrodilló y elevó ambas manos hacia el cielo:

—¡Oh, Alá, el más grande!, cubre mis debilidades y sosiega mis temores. Te doy las gracias, Señor, por infundir en Nadima la sabiduría para hacerme entender tus designios. Afirmo que Zafir es carne de mi carne y sangre de mi sangre, y con estas manos aniquilaré a cualquiera que diga lo contrario. Ante ti lo prometo, y que no vea yo la luz del día si falto a mi palabra.

Pocos años después a Halim le llegó la hora de reunirse con sus antepasados. Todo el pueblo lamentó la pérdida, pues había llegado a ser muy querido, sobre todo desde el nacimiento de su hijo, que lo convirtió en un hombre más afable y generoso.

Pasadas unas semanas, Nadima buscó a Yasmina para decirle:

—Ahora que nuestro amado esposo, que Alá tenga en el Paraíso, nos ha dejado, deberías buscar a alguien que cuide de la casa y nos traiga agua de la fuente, ¿no crees, Yasmina? Dicen que en Montiya hay buenos aguadores. ..

## XVI- La llave

Lo último que me dijo mi marido por teléfono fue: «María, ¡somos ricos! Ahora te cuento, voy para casa». Y colgó sin dejarme abrir la boca. Pero nunca llegó; un autobús le pasó por encima al cruzar la calle.

Julián no era hombre dado a aspavientos y me dejó muy intrigada. Pasaron los minutos, las horas y él no regresaba. Maldije su costumbre de no llevar nunca el móvil. Cuando el teléfono sonó de nuevo, era la policía. Me dieron la mala noticia de sopetón. Yo me derrumbé.

Todo en aquellos días me parecía irreal: el tanatorio, el cementerio, la soledad que siguió... Y dentro del dolor que yo sentía, una idea no dejaba de taladrarme la mente: ¿qué quiso decirme Julián el día en que murió? «Somos ricos...». Repasé sus ropas una y otra vez. No sabía qué buscar, ¿un

billete de lotería?, ¿un cheque?... Él no era aficionado a los juegos de azar y no tenía más trabajo que el del taller. ¿Estaría metido en algo que yo no supiera? Yo no encontraba explicación, y por más que hurgaba en sus cosas nada encontré que me sirviera al menos de pista.

Desistí, hasta que un día reparé en su llavero. Entre las llaves del portal, del piso, del coche y del garaje, una más pequeña llamó mi atención. Era especial, complicada, yo nunca había visto nada igual. Tuve la intuición de que era la clave del asunto. ¿Sería de una de esas cajas de seguridad que tienen los bancos? ¿De alguna consigna? Separé la llave y la guardé como oro en paño.

No sabía a quién podría preguntar. Me asustaba ir a un banco y levantar sospechas consultando a desconocidos. Miré la llave detenidamente y examiné con lupa una pequeñísima inscripción que descubrí en la tija: CRK 1021. Busqué el dato en Internet y hallé algunas coincidencias pero nada que ver con

bancos ni cajas. Estaba como al principio.

Una noche de insomnio, ya de madrugada, vi un programa de televisión dedicado al esoterismo. Una médium se ofrecía para consultas a través de un teléfono de pago. La mujer, vestida de modo extravagante, decía: «Usted puede comunicar con los seres queridos que se fueron porque ellos siguen al lado de aquellos a los que amaron. Hoy es día de difuntos y ellos están muy cerca. Llámenos...». El corazón me dio un vuelco. ¡Sí!, ¿por qué no intentarlo?

Llamé precipitadamente. El teléfono comunicaba una y otra vez, y yo insistí e insistí hasta que alguien respondió. Quiero hablar con la médium, pero en privado, no en televisión, dije. Me dejaron en espera. Los minutos se hicieron interminables. Por fin la misma voz volvió a hablar: «Ahora ella está en directo, pero puede usted llamar después del programa a este otro número y la atenderá con gusto». Más tarde le conté el caso a Irina, ése era su nombre. Me

aseguró que sería fácil, pero tendría que ir a su casa para una sesión espiritista. También, que ella no cobraba nada por sus servicios pero los elementos necesarios eran caros y correrían por mi cuenta. No puse objeción.

En una mesa redonda ardían velas de distintos colores. Sobre ella, un tablero ouija y unos montones de algo que parecía ceniza. Me invitó a sentarme.

—¿Ha traído la llave, querida?

La dejé sobre la mesa.

—Bien, póngala en el centro del tablero y mantenga un dedo sobre ella. Yo no debo tocarla; la contaminaría. Eso es. Ahora dejaremos la sala a oscuras, no tenga miedo...

La mujer sopló las velas una a una y el olor a cera se acentuó hasta marearme. Sólo quedó una muy tenue claridad que parecía provenir de un lugar indeterminado.

—Ahora pondré mi mano sobre la suya y usted debe formular la pregunta que desea que él

conteste. En voz bien alta.

—Julián, ¿qué es esta llave? ¿Por qué me dijiste que éramos ricos?

No pasó nada. Irina me animó a repetir la pregunta. Y otra vez.

De pronto, la luz se hizo más intensa y la llave empezó a vibrar y a moverse. Recorría el tablero con velocidad, de una letra a otra: B... B... V... 3.... 1... 3... 7... 3... 2.... 0.... 9. Volvió al centro y se paró.

—Bien, ahí tiene la respuesta, querida. Le dije que él contestaría —presumió la mujer.

—Espere, ¿cómo puedo saber que es mi marido?

—Ya tiene sus datos, ¿no es suficiente? — Irina hizo un mohín de disgusto.

—¿Eres tú, Julián? —me atreví a preguntar.

Entonces sentí una mano subir por mi muslo y hacer a un lado la braguita. Reconocí los dedos de Julián, acariciándome como sólo él sabía.

Lo demás fue fácil, localicé el banco, la oficina y el número de la caja. Dentro encontré una

buena cantidad de dinero.

Ser rica me permite algunos lujos. Por ejemplo, cada miércoles voy a ver a Irina. Nunca le pregunto a Julián de dónde sacó el dinero; la verdad, no quiero saberlo ni me importa. Simplemente pregunto: «¿Eres tú, Julián?» .

## XVII - El cohete

El pequeño Shutso había cumplido diez años. Era momento de emprender camino a Beijing para conocer a sus abuelos paternos; un viaje de casi dos mil *lis*[\[9\]](#), que su padre Yiu esperaba recorrer en no más de una luna, pues debía estar de vuelta para la próxima siembra, al final del invierno. Con las bendiciones de sus suegros y dejando con ellos a su esposa, Yiu partió con su hijo en el amanecer del cuarto día del Año Nuevo.

Abandonaron la aldea por la vereda que, tras atravesar las terrazas de cultivo, termina en el valle, en uno de los caminos imperiales. Una vez allí no les fue difícil encontrar quien se ofreciera a llevarlos en carreta o a lomos de algún animal, a veces pagando una pequeña cantidad y otras como simple favor.

Shutso nunca había salido de la aldea por lo

que todo cuanto veía lo llenaba de asombro, especialmente los deslumbrantes uniformes de los soldados que patrullaban los caminos, con los que se cruzaban de vez en cuando. Y la pareja de elefantes que encontraron trabajando en un aserradero, ya cerca de la capital.

Los suburbios de la gran ciudad se extendían mucho más allá de sus propios límites y el camino se iba llenando de gente. Llegado el último día del viaje, padre e hijo recorrieron a pie el trecho final.

—Padre, ¿qué debo hacer cuando vea al abuelo? —preguntó el niño.

—Él es para mí como yo soy para ti, ¿comprendes? —Shutso asintió con un movimiento de cabeza—. Eres hijo de su hijo, sangre de su sangre...

—¿Y cómo es que ellos viven en Beijing y nosotros en la aldea?

—Yo nací aquí, Shutso. Es una vieja historia, ahora no la entenderías. Hice algo que ellos no querían, por eso tuve que irme lejos. Pero tú eres su nieto y quieren conocerte. No tienes de qué

preocuparte —concluyó Yiu.

Los abuelos vivían en una casa modesta, aunque bastante confortable y con dos criados a su servicio. El viejo Tian se dedicaba al comercio de grano, y no le iba nada mal. Pero su máxima era: «El indiscreto siembra a voces su desgracia», así que, siguiendo su propia enseñanza, evitaba dar la apariencia de un hombre rico. Shutso disfrutaba las comodidades que les ofrecían los abuelos y aprovechaba cualquier oportunidad para conocer lo que sucedía en Beijing. Poco tardó en descubrir que el abuelo, bajo su aparente severidad, era un anciano bonachón. Asistió al teatro cómico, a las carreras de atletas, a espectáculos de magia, al desfile militar y a torneos de *weiqi*[\[10\]](#), pero Tian esperaba deslumbrar a su nieto en la última noche: con motivo del cumpleaños del Emperador habría un extraordinario espectáculo de fuegos artificiales.

El niño nunca había oído hablar de ese tipo de fuegos; imaginaba que se trataría de hogueras, o

antorchas, o cualesquiera otras cosas ardiendo. Al llegar la noche señalada y ver el cielo cubierto por miles de puntos luminosos quedó profundamente impresionado. Cuando Tian vio el reflejo de los cohetes en los brillantes ojos de su nieto tuvo la certeza de que el niño nunca olvidaría aquel viaje. Y aún le tenía preparada otra sorpresa.

Atrapados por las rígidas costumbres de su entorno, los abuelos no podían mostrarse cariñosos con el hijo que les había desobedecido ni con su descendencia. Por ello, a pesar de la cálida relación mantenida durante la visita, la despedida fue fría; poco menos que echarlos de la casa. De otro modo habría parecido deshonroso. Pero Tian sabía cómo conseguir que su nieto no se lo tuviera en cuenta. Al despedirse, le entregó una caja de madera, larga y estrecha como el brazo de un hombre, bien claveteada.

—Dentro encontrarás un cohete como los que viste anoche. Lánzalo en el mejor día de tu vida. Por ahora, guárdalo tal como está; sólo has de evitar que esté cerca del fuego y del agua.

Como suele suceder, el regreso se hizo más rápido que el camino de ida. Shutso, como obsesionado, no se separaba de la caja y no hablaba más que de los fuegos artificiales, haciendo mil preguntas que su padre no sabía responder. Llegaron a su casa algunos días antes de lo previsto y la vida para ellos continuó como si el viaje nunca hubiera existido. Sólo la caja de madera con el cohete, cuidadosamente guardada por Shutso, era la prueba de que los días en Beijing no fueron una fantasía.

Pasaron algunos años y Shutso se hizo mayor. Cuando se señaló el día de su boda, Yiu pensó que sería una buena ocasión para lanzar el cohete que le regaló el abuelo Tian.

—Será un gran día para mí, padre, mas no el mejor ni el más grande en mi vida. Cuando tenga mi primer hijo...

Pasó la boda y al cabo de un tiempo la mujer quedó encinta. Al acercarse el parto, Yiu recordó

las palabras de Shutso.

—¿Lanzarás esta vez el cohete del abuelo? Ése sí será un día muy grande para ti y para toda la familia...

—Lo será, pero creo que aún será más grande el día que, estando mi hijo más crecido, pueda compartirlo con nosotros.

Y llegó el parto, y creció el hijo, y se casó, y nació el primer nieto y murió Yiu, sin que a Shutso le pareciera ninguna ocasión bastante grande para lanzar el cohete que le dio el abuelo.

Shutso ya es viejo y se pone triste al recordar que su hijo —hijo único, es una maldición de la familia— se marchó hace tiempo. Su mujer está enferma, él mismo apenas puede caminar. En un lugar preferente del dormitorio guarda todavía la caja, intacta. De vez en cuando se acerca y pasa sus dedos sobre la madera, acariciándola. Pero hoy se da cuenta de que su espera no tiene sentido, de que ya no hay más. No permitirá que el cohete que tanto significó para él, el que debió señalar el

mejor día de su vida, termine en el vertedero. Con manos temblorosas y la ayuda de un punzón consigue abrir la caja. Dentro, por primera vez puede ver el artefacto. Es impresionante, parece recién fabricado. Shutso llora mientras lo contempla y se maldice mil veces por no haber hecho caso a su padre. ¡Hubo tantas ocasiones...! Las lágrimas van cayendo sobre la caja abierta. Cuando esta noche el anciano salga al patio y encienda la mecha, la pólvora, vieja y húmeda, sólo producirá un fognazo, un poco de humo y algo semejante a un silbido burlón .

## XVIII - Génesis apócrifo

En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra, todo era confusión y no había nada en la tierra. Las tinieblas cubrían los abismos mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. Llamó a la luz día y a las tinieblas, noche. Atardeció y amaneció: fue el día primero.

Dijo Dios: «Haya una bóveda en medio de las aguas, para que separe unas aguas de las otras». Hizo Dios entonces como una bóveda y separó unas aguas de las otras: las que estaban por encima del firmamento, de las que estaban por debajo de él. Y así sucedió. Dios llamó a esta bóveda cielo. Y atardeció y amaneció: fue el día segundo.

Dijo Dios: «Júntense las aguas de debajo de los cielos en un solo depósito, y aparezca el suelo seco». Y así fue. Dios llamó al suelo seco «tierra» y al depósito de las aguas «mares». Y vio Dios que esto era bueno. Dijo Dios: «Produzca la tierra hortalizas, plantas que den semilla y árboles frutales que por toda la tierra den fruto con su semilla dentro, cada uno según su especie». Y así fue. La tierra produjo hortalizas, plantas que dan semillas y árboles frutales que dan fruto con su semilla dentro, cada uno según su especie. Dios vio que esto era bueno. Y atardeció y amaneció: fue el día tercero.

Dijo Dios: «Haya lámparas en el cielo que separen el día de la noche, que sirvan para señalar las fiestas, los días y los años y que brillen en el firmamento para iluminar la tierra». Y así sucedió. Hizo, pues, Dios dos grandes lámparas: la más grande para presidir el día y la más chica para presidir la noche, e hizo también las estrellas. Dios las colocó en lo alto de los cielos para

iluminar la tierra, para presidir el día y la noche y separar la luz de las tinieblas; y vio Dios que esto era bueno. Y atardeció y amaneció: fue el día cuarto. Y entonces Dios se fue a descansar, pues arduo trabajo había realizado.

Y llegó Satanás. Dijo Satán: «Llénense las aguas de seres vivientes y revoloteen aves sobre la tierra y bajo el firmamento». Satanás creó entonces los grandes monstruos marinos y todos los seres que viven en el agua según su especie, y todas las aves, según su especie. Y vio Satán que todo ello era malo. Los maldijo Satán, diciendo: «Que crezcan, multiplíquense, luchen y se devoren unos a otros sin piedad, y llenen las aguas del mar de sangre y muerte, y multiplíquense asimismo las aves sobre la tierra de igual modo». Y atardeció y amaneció: fue el día quinto. Y Dios seguía descansando.

Dijo Satanás: «Produzca la tierra animales

vivientes de diferentes especies, animales del campo, reptiles y animales salvajes. Con garras, colmillos, agujones, venenos, cuernos y toda clase de elementos para matarse y devorarse unos a otros y que no puedan vivir de otra manera». Y así fue. Satán hizo las distintas clases de animales salvajes según su especie, los animales del campo según su especie, y todos los reptiles de la tierra según su especie. Y vio Satán que todo esto era terrible, se exaltó su natural perverso y alcanzó el éxtasis. Entonces Satanás gritó, y su voz de extendió hasta el último confín del Mundo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que tenga poder sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, sobre los animales del campo, las fieras salvajes y los reptiles que se arrastran por el suelo». Y creó Satán al hombre a su imagen. A imagen de Satanás lo creó. Macho y hembra los creó. Y Él los maldijo, diciéndoles: «Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Y luchen, torturen, esclavicen, roben y asesinen unos a otros, el fuerte al débil, el astuto al

inocente, el poderoso al desgraciado, hasta el fin del los tiempos y no pueda ser de otra manera». Y así fue. Y Satanás vio que todo cuanto había hecho era muy malo. Y atardeció y amaneció: fue el día Sexto. Satán, exhausto y satisfecho, fue a descansar.

Pero los gritos de Satanás habían despertado a Dios, que descansaba en el más ignoto rincón de otro Universo. Cuando regresó, vio con tristeza que su Creación había sido continuada de un modo perverso. Nada pudo hacer para remediarlo mas, antes de abandonar ese mundo corrupto para siempre, lanzó sobre la tierra un pequeño puñado de semillas del que inmediatamente brotaron algunas mieses. Y dijo Dios: «Aquel que coma mi pan estará a salvo». Esas mieses y esas semillas, y las semillas de las nuevas espigas que germinaron una y otra vez, siguen dispersas por el mundo. En ocasiones alguien come de ese pan, y encuentra la paz.

## **XIX - Cuentos conocidos**

Ricardito era un niño tímido, retraído, inteligente... Su cara redonda de grandes ojos grises y suaves facciones le daba un aire angelical. Laura, su única hermana, era tres años mayor; poco, pero la distancia se acentúa en edades tan cortas. Ella empezaba a ser mujer a sus doce años mientras Ricardo aún jugaba con soldaditos de goma.

El padre había muerto dos años atrás, en un accidente de moto que dejó a Juana viuda, coja y con una pesada carga por delante. Juana sintió más la carga y la cojera que la viudez, pues el matrimonio tenía desavenencias y frecuentes discusiones desde que el marido hizo algo — Ricardo no sabía qué— por lo que la mujer se puso como loca y se enfadó mucho. Nunca se hablaba de eso en casa, aunque a veces los niños

oían a sus padres discutiendo en el dormitorio.

Costaba ver en Juana a la jovencita cargada de ilusiones que fue en su juventud. Su vida había sido muy distinta de la que soñó. El muchacho con quien imaginó que sería feliz pronto se convirtió en un hombre zafio y desatento. Ella había jurado acompañarlo hasta la muerte, y así fue, aunque todo acabó mucho antes de lo pensado. Siguió una soledad en compañía, de la que era imposible escapar. No con su cojera, su treintena larga y dos hijos pequeños. Si al menos ella fuera como Sara..., pensaba.

Sara era la menor de los seis hermanos de Juana. Aún muy joven y ya huérfana cuando ésta se casó, fue a vivir con el matrimonio. Era una mujer llamativa, alegre, preciosa... Tenía enamorados a todos los hombres del barrio; algunos esperaban en el balcón la hora de verla pasar con sus enormes tacones y la sonrisa en los labios, camino de la oficina todas las mañanas. Congeniaba muy bien con sus sobrinos, sobre todo con Ricardito que, a su modo, también estaba enamorado de su

tía.

Juana sentía a Sara como una humillación constante. Cada domingo la joven llevaba a los pequeños de paseo, les compraba tebeos y golosinas, hacían visitas interesantes... A la madre se le hacía insoportable ver a su hermana usurpando su papel. Pero el sueldo que traía a casa era una ayuda imprescindible de modo que callaba, rumiando maldiciones. Por su parte, Sara sabía que era necesaria y no se le hacía difícil renunciar a tener una vida independiente. Siempre creyó que no estaba hecha para el matrimonio; además, la experiencia de su hermana le daba la razón. De vez en cuando salía a cenar o al cine con algún amigo. Entonces Juana refunfuñaba palabras muy groseras.

Algunas noches Sara se quedaba un rato con los niños, contándoles cuentos. Así fue como Ricardo oyó por primera vez la historia de dos hermanas muy distintas: una, cenicienta y fregona;

la otra, distinguida y señorita. Tuvo la impresión de que era algo conocido. Ya en la cama pensó: mamá es la cenicienta y la tía, la señorita. Sí, eso es. Pero después el cuento seguía de modo diferente, pues la cenicienta era agradable y la otra no, lo contrario que en su casa.

Juana apenas salía. Su ropa de calle se apolillaba, inútil en el armario. No era mucha pero sí elegante, de la que a toda mujer le gusta ponerse. Algunas tardes, en vacaciones o cuando no había colegio por algún motivo, llamaba a Ricardo antes de la merienda. Ven, hijo, le decía llevándolo a la habitación, siéntate en el taburete. Abría el armario y pasaba un buen rato tras la puerta, utilizándola como si fuera un biombo. Después desfilaba ante el pequeño, vestida de domingo. Dime, ¿estoy guapa? Sí, mamá, muy guapa, respondía él sin entusiasmo. Regresaba al armario y al rato volvía a aparecer con otro vestido. ¿Y ahora?, ¿cuál te gusta más? Muy guapa, mamá, los dos son muy bonitos. Pero su voz no

resultaba convincente y Juana no conseguía lo que buscaba. El niño ya sabía lo que venía a continuación:

—¿Me ves delgada?, ¿crees que estoy gorda, Ricardito?

Juana era una mujer gruesa, eso saltaba a la vista. Pero Ricardo sabía muy bien lo que tenía que decir.

—No, mamá, estás delgada. Estás muy guapa.

Y entonces, la escena final:

—Dime, hijo mío, ¿quién es más guapa, tu tía o yo?

¡Ah, no!, por ahí no podía pasar. Podía decirle que estaba delgada, que el vestido era precioso, pero ¿que era más guapa que la tía? ¡Eso nunca! Su tía era la mujer más guapa del mundo y él no diría lo contrario.

—La tía, mamá, la tía... —decía el niño, temeroso por lo que se le venía encima.

—¡Mal hijo, descastado! Este sinvergüenza prefiere a esa fulana en lugar de a su madre... ¡Ya

te casarás, ya! Y vete a saber con quién, y qué te hará... —Todo dicho a voz en grito.

Por eso, cuando una noche le contó su tía la historia de Blancanieves, Ricardito volvió a tener la sensación de que ya conocía el cuento .

## XX - Tabaco

Leía yo la prensa, sentado en un banco del parque, cuando se acercó un hombre a pedirme fuego. Por no ponerme a buscar el encendedor en los bolsillos le di mi cigarro, para que encendiera el suyo con la brasa. El sujeto la arrimó, aspiró un par de veces y, al devolverme el purito, me dijo: «No deberías fumar, amigo». En respuesta di una profunda calada, con gesto de satisfacción. «No, en serio —insistió el tipo— ¿tú te has visto en el espejo?».

Sospeché que el hombre no estaba en sus cabales y, desentendiéndome, volví a la lectura. Pero él siguió insistiendo: «Has conocido a fumadores que hayan muerto del pulmón, ¿verdad? ¡Cáncer! Terrible...».

Quedamos en silencio. Él seguía de pie, mirándome como si esperara una respuesta.

Incómodo, por fin repliqué: Sí, conozco casos. Pero tú también fumas. ¿A qué viene esa preocupación?. «Ahora, dime —continuó—, ¿alguno era calvo?». Me vino el recuerdo de algunos conocidos que habían muerto por esa enfermedad: Javier, mi querido Andrés, el viejo Lucas... Y de pronto caí en la cuenta: ¡ninguno de ellos era calvo! Todos lucían una magnífica cabellera antes de enfermar. Miré al desconocido con curiosidad, sorprendido por el hallazgo. Él me sonrió, se dio unas palmaditas en la calva y se alejó, fumando tranquilamente .

## XXI - Noche de Reyes

Dito había resuelto que pediría la nueva Play a los Reyes Magos. Su padre pensaba que aún era muy pequeño para ese juego tan caro y que no estaban los tiempos para tirar el dinero, pero la madre argumentaba que algunos amiguitos de su edad también la tendrían y que su hijo no iba a ser menos. Cuando la hubiera visto todo el mundo ya la guardarían, si fuera cierto que Dito no tuviese aún edad para manejarla. Al niño le hacía mucha ilusión, tanta que desde finales del verano no pensaba en otra cosa y a medida que se acercaba la Navidad, y con ella la visita de los Magos, no encontraba otro tema del que hablar.

El primer domingo de diciembre la familia fue a ver a Teresa, la abuela paterna, que vivía sola desde que quedó viuda tres años atrás. No eran frecuentes las visitas y Dito no tenía con ella

mucha confianza pero aquella tarde la encontró especialmente cariñosa e interesada por sus pequeñas cosas de modo que el niño se sintió a gusto en su compañía. Vivía en una segunda planta sin ascensor, en un barrio modesto donde la mayoría de los vecinos eran obreros ya jubilados, igual que fue el abuelo; era un pisito muy sencillo, calentado por una sola estufa de butano, con dos reducidas habitaciones y un minúsculo comedor. Las paredes algo desconchadas y el aspecto lóbrego de la casa daban cierta repugnancia al pequeño, acostumbrado a las comodidades del apartamento en que vivía, reparo que sus padres trataban de vencer incitándolo a aceptar la merienda que la abuela le ofrecía.

—Cómete los dulces, que después tendrás hambre y aún tardaremos en volver a casa —decía la madre con un cierto deje de superioridad. El padre prestaba más atención al auricular de la radio de su iPhone que a otra cosa.

Dito se sentó frente al televisor para merendar con intención de ver los dibujos mientras los

mayores hablaban.

—¡Ay, cariño!, que lo siento, pero se ha estropeado —lamentó la abuela, apenada de veras—. Hace dos semanas que no funciona, he de avisar para que lo arreglen pero... —Sonrió, levantó las cejas y extendió las manos—. Te traeré unos tebeos que fueron de tu padre, verás que divertidos son. Y después te contaré un cuento.

Ya era de noche cuando se despidieron de Teresa y bien abrigados regresaron a su casa. El niño llevaba bajo el brazo un pequeño manojito de antiguas revistas infantiles que la abuela le dio al despedirse con dos sonoros besos. Tomaron el metro y después caminaron unas cuantas travesías por la amplia avenida del barrio donde residían. Dito caminaba cabizbajo, inusualmente taciturno y ensimismado.

—¿Teresa es tu mamá? —preguntó a su madre cuando ésta, más tarde, le ponía el pijama.

—No, es la madre de papá. Los otros abuelos

están en Segovia, ¿no te acuerdas?

—¿Y vive sola?

—Ahora sí, antes vivía con el abuelo.

—¿Y por qué no vive con nosotros? —insistió el niño.

—Ella está mejor en su casa, es mayor y está acostumbrada a sus cosas...

—Pero aquí estaría mejor... ¿Quieres que yo se lo pida?

—No, Dito, no molestes a la abuela con tus tonterías. Venga, haz pipí y vete a la cama —ordenó la madre, dando por terminada la conversación.

El niño captó el desagrado de la madre por el asunto y temeroso de provocar uno de sus enfados se acostó sin rechistar. Pero esa misma noche tomó una determinación: ya no quería la nueva Play; pediría a los Reyes Magos que la abuela fuera a vivir con él.

Transcurrieron los días previos a la Pascua con normalidad. En la última semana antes de las vacaciones se presentó en el colegio nada menos que el paje del Rey Baltasar, para recoger las cartas de los pequeños y comprobar si se habían portado bien durante el año. El profesor lo anunció con solemnidad y les pidió que escribieran la carta a los Reyes con su mejor caligrafía, no fuera que estos no pudieran entenderla y no les trajeran más que carbón. Dito escribió con esmero: *Queridos Reies Magos mi deseo este año no es la plei es que la abuela teresa benga a bibir conmigo.* Debajo puso su nombre junto a algo parecido a una rúbrica, cerró el sobre y se lo entregó al paje cuando llegó su turno.

Sólo unas pocas de aquellas cartas eran recogidas por los padres. La mayoría quedaban guardadas durante un tiempo en secretaría hasta que, pasadas las fiestas, eran desechadas. Los padres solían saber lo que sus hijos querían sin necesidad de leerlas. Pero no así esta vez en el caso de Dito; el niño no había dicho nada en su

casa porque deseaba que fuera una sorpresa.

Llegó el día de Navidad y bajo el árbol apareció la nueva Play. El pequeño abrió el regalo, confuso, hasta que alguien dijo: «Qué bien te habrás portado este año cuando Papá Noel te ha traído ese juguete tan lindo...». Entonces comprendió: Claro, esto me lo da Papá Noel, que sigue pensando que quiero la Play, a él no le dije nada. Será el día seis cuando los Reyes me concedan mi deseo. Encantado con el equívoco pasó el día intentando jugar con el artefacto, pero en realidad viendo cómo su padre lo utilizaba con sus amigos, entusiasmado. Por la noche le dijo: «Eres muy pequeño aún, lo guardaremos para cuando puedas utilizarlo», y la Play desapareció.

La víspera de Reyes es conocida como la noche de los casados en algunos lugares, porque los matrimonios suelen salir a divertirse aprovechando la calma chicha que se produce en

las travesuras de los pequeños, expectantes y obedientes por la llegada de los Magos. Dito estaba muy excitado pensando que al día siguiente la abuela estaría en la casa, contándole aquellas maravillosas historias que ella sabía y dándole más tebeos de los que tanto le gustaban. Y cariño; mucho cariño. Cenó pronto y lo conminaron a dejar uno de sus zapatos junto al balcón, acostarse y no salir de su dormitorio por ningún motivo hasta que amaneciera pues si sorprendía a los Reyes en su quehacer nada habría para él. No le agradaba ver a sus padres así vestidos, especialmente a su madre, no parecía ella.

—Acuéstate de una vez y no salgas de tu habitación o los Reyes no te dejarán nada. Entraré a verte cuando vuelva y espero encontrarte bien dormido —ordenó la madre antes de despedirse, dejándole en los labios un sabor extraño y algo picante. Y salió a reunirse con su marido que la aguardaba en el coche frente al portal.

Dito obedeció. Por nada del mundo quería que su deseo se fuera al traste. La inquietud no le

dejaba dormir. Las piernas se agitaban solas, un cosquilleo en las rodillas las flexionaba continuamente. No sabía el tiempo transcurrido cuando el teléfono empezó a sonar con insistencia. ¿Serán los Reyes para preguntar algo?, pensó. No, ellos lo saben todo. Quizá era una llamada para los Reyes, de alguien que sabía que pasarían por allí esa noche. Cerró los ojos y procuró pensar en otra cosa. ¿Qué hora sería? Le parecía raro que aún no hubiera vuelto mamá, nunca lo había dejado solo tanto tiempo. Y el teléfono sonaba una y otra vez. Debió de quedarse dormido porque lo despertó el ruido de la puerta al abrirse. ¡Era la abuela, qué alegría! Los Reyes habían atendido su carta, por fin la tendría con él para siempre. Pero ¿por qué lloraba? Teresa y su nieto se fundieron en un abrazo. La emoción hizo llorar también al niño, sin reparar todavía en los dos guardias municipales que con gesto sombrío aguardaban en el pasillo .

## XXII - Noche de Difuntos

Me contó esta historia un orco agonizante. Yo mismo le clavé la lanza que lo estaba matando. Un ser infernal, pero un guerrero al cabo. Cuando me disponía a rematarlo, me ordenó:

—¡Siéntate!, te contaré una historia.

Me sorprendió tanto y había tal energía en su voz que obedecí como un autómeta. Y él empezó su relato:

*Sucedio hace muchos años, no muy lejos de aquí. El infame Áreon había sido coronado rey por el cardenal Lotar; a cambio, éste debía recibir una villa en pago de su servicio. Pero Áeron aún no tenía la villa en su poder, debía conquistarla, y recurrió para ello a uno de sus vasallos.*

*Don Diego de Osma, conde de Osuna, hincó*

*en tierra su rodilla izquierda al presentarse ante su rey.*

*—Alzaos, don Diego —ordenó el monarca— no hay tiempo que perder. Saldréis inmediatamente con una tropa de cien caballeros hacia la fortaleza de Campillo. La infantería ha batido sus murallas y diezmado las defensas durante los últimos días. Necesito que toméis la villa antes del domingo; no he de hacer esperar a su eminencia...*

*—Así se hará, mi señor —prometió el conde, inclinando la cabeza. El rey hizo un gesto con la mano, despidiéndolo.*

*Don Diego y sus cien caballeros cabalgaron las seis leguas que los separaban de Campillo. La villa ofrecía un aspecto dantesco, rodeada por murallas semiderruidas, salpicadas de incendios y de cadáveres. Extramuros, las tropas atacantes se acuartelaban en un campamento formado por hileras de tiendas multicolores. Alertado por los centinelas, el capitán al mando salió al encuentro del conde, poniéndose a sus órdenes.*

—¿Queda alguna resistencia, capitán? — preguntó el de Osuna sin bajar de su montura.

—En la torre se ha refugiado el alcaide con algunos soldados. Son pocos y apenas tienen armas, pero su posición es privilegiada; podrían causarnos bastantes bajas antes de que consigamos forzar las puertas.

—¿Habéis pactado la rendición?

—Os esperábamos. No me he atrevido a negociar sin contar con la aprobación de Vuestra Excelencia...

Don Diego observó la elevada torre del castillo, que destacaba sólidamente en aquel mar de destrucción. Sólo disponía de veinticuatro horas, no quedaba tiempo para un asedio.

—Hacedlo —ordenó al capitán—. Rendición inmediata y sin condiciones, si quieren conservar la vida. Daos prisa.

Una hora después, la última resistencia de Campillo se había rendido ante el invasor y el conde de Osuna tomó posesión de la villa en

*nombre del rey. Desde las almenas, don Diego observó de nuevo la destrucción causada. Había sido una batalla muy sangrienta. El rey y el cardenal llegarían en cualquier momento, era necesario apartar los restos de la contienda, y sobre todo retirar los cientos de cadáveres que ocupaban las calles y, especialmente, las murallas.*

*Hizo descargar algunos carros de intendencia y dispuso que durante toda la tarde algunos de los hombres transportasen en ellos a los muertos hasta una distancia prudencial. La costumbre piadosa era enterrar los cuerpos, tanto de los enemigos como propios, pero don Diego tenía prisa y temía que el rey se adelantase, por lo que ordenó que los cadáveres fueran simplemente arrojados a algún barranco, sin entretenerse en cavar fosas. ¡Quién lo iba a notar! Aun así, había tantos que no se terminó la macabra tarea hasta bien entrada la noche. Los hombres estaban inquietos. «Los muertos deben ser enterrados», murmuraban.*

*Mientras tanto, los soldados celebraban la victoria del único modo en que sabían hacerlo: comiendo y bebiendo hasta no poder más, alrededor de las hogueras. Después, algunos de los más jóvenes persiguieron a unas cuentas mujeres que se habían acercado al olor de la carne asada, mientras los de más edad contaban historias a quienes quisieran oírlas. Era Noche de Difuntos, en la que según los relatos habían sucedido cosas tan horribles que habrían puesto los vellos de punta a quienes escuchaban, si no hubiesen estado tan borrachos.*

*Después de comprobar que todo estaba en orden, el conde de Osuna se retiró a descansar a la alcoba que había sido del alcaide hasta la víspera. No esperaba encontrar lujo, pero la austeridad del aposento lo sorprendió: un colchón de paja sobre un viejo camastro y una manta hecha con algún tipo de pelo áspero era todo cuanto allí había. Cuando su vista se acomodó a la escasa luz de la única vela que alumbraba, descubrió algo más; algo que*

sobrecogió su espíritu: en la pared, donde hubiese esperado encontrar un crucifijo, colgaba una máscara de facciones espeluznantes. Acercó la llama para examinarla mejor. Con las fauces abiertas bajo unos ojos pequeños y hundidos, mostrando unos colmillos enormes, la máscara representaba una cabeza semihumana con una expresión de maldad como nunca antes había visto. Un escalofrío recorrió su espalda. Intentó arrancarla de la pared pero sus esfuerzos fueron inútiles. Golpeó la figura con su espada hasta hacer saltar chispas sin conseguir moverla ni un punto.

Don Diego intentó serenarse. «No es más que un trozo de metal al que algún artesano ha conseguido dar esa forma horrible. ¿Qué daño podría hacerme?», razonó. Colgó su cota de malla de los pequeños cuernos de la máscara y se dispuso a dormir las pocas horas que faltaban hasta el alba.

*Aún no había amanecido cuando un ruido lo*

despertó. La vela se había consumido y la oscuridad era completa. Oyó claramente un graznido que provenía de la única ventana del aposento, abierta pues no había nada con que poder cerrarla. Dos pequeños ojos rojizos brillaron en la noche. El conde se levantó y tomando su espada avanzó hacia la ventana. Al acercarse, lo que quiera que fuese que había provocado el ruido alzó el vuelo y desapareció en la oscuridad. Don Diego hubiese jurado que era un cuervo, nada raro en aquellas tierras por demás inhóspitas. Ya en el horizonte un muy ligero resplandor anunciaba el amanecer. Atisbó afuera y lo que vio heló la sangre en sus venas: hasta donde alcanzaba la vista, tejados, árboles, vallas, tiendas, absolutamente todo estaba cubierto por grandes pájaros de negras plumas. Cuervos y buitres le parecieron. Inmóviles, amenazadores, en silencio, como si esperasen alguna señal, cientos, miles de pájaros se habían adueñado de Campillo. Entonces oyó un alarido que parecía provenir del mismo infierno.

*Cuando, cerca de mediodía, Áreon y el cardenal Lotar se acercaron al lugar nadie salió a su encuentro. Extrañado por la soledad del paraje, el rey envió exploradores para que se adelantaran. Al poco rato regresaron al galope, como si los persiguiera el diablo. Contaron que no habían visto rastro de las tropas, ni del conde de Osuna ni de ningún otro ser vivo; sin embargo todos habían sentido la presencia de algo maligno y terrorífico, algo que cortaba la respiración y helaba la sangre. Fuera lo que fuere lo que les había ocurrido, aquellos hombres habían quedado al borde de la locura. No obstante, y contrariando al chambelán que estaba verdaderamente impresionado, el rey decidió entrar en el pueblo con diez de sus caballeros de más confianza, además del cardenal que, por conocer al diablo mejor que ninguno de los presentes, sería de utilidad si el Maligno anduviese realmente por allí.*

*Así que los doce jinetes hubieron entrado en*

*Campillo franqueando una de las brechas la muralla, el cielo se oscureció por el vuelo de miles de pájaros que aparecieron de pronto sin que nadie viese desde dónde llegaban. Parecían surgir de la nada, del mismo aire, y se lanzaron hacia donde el grupo de caballeros debía de estar. El fragor de sus graznidos se hizo insoportable. Viendo lo que sucedía, el grueso de las tropas reales fue tras los pasos de su jefe para socorrerlo. Unos a pie y otros al galope llegaron en pocos minutos a la plaza de armas frente a la entrada de la fortaleza, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Allí encontraron a once de los caballos, cubiertos de sangre. Sólo el del cardenal conservaba a su jinete, maltrecho, aferrado a la cruz que colgaba de su cuello. El hombre no cesaba de mascullar exorcismos en latín, que intercalaba con gritos incoherentes. Sin duda había perdido la razón. Cuando los soldados lo desmontaron con intención de socorrerlo vieron que tenía la cara ensangrentada y que ambos ojos le habían sido*

*arrancados. El terror se apoderó definitivamente de la tropa que huyó aún más veloz de lo que había llegado.*

*El cardenal nunca recuperó la razón. Pasó el resto de sus días recluido en el convento de San Damián, recitando sin fin sus exorcismos y letanías. De vez en cuando, de día o de noche, rompiendo el silencio místico del monasterio, podían oírse sus gritos: «¡¡¡Los pájaros, los pájaros!!! Enterrad a los muertos...». Entonces era presa de gran agitación y alguno de los monjes se apresuraba a darle a beber unas gotas de láudano que lo adormecían. Del conde de Osuna y de su ejército, del rey y de sus caballeros, jamás se volvió a saber. Hay quien dice haber visto por los alrededores de Campillo, en las noches de difuntos, tropas formadas por soldados ciegos luchando encarnizadamente unos con otros, sin que nadie cayese por graves que fueran sus heridas. Pero son muy pocos los que lo afirman, porque casi nadie se atreve a*

*acercarse por allí desde que sucedieron estos hechos, y menos aún en esa noche. Hoy Campillo es sólo un punto gris en el mapa, cuyo simple recuerdo hace que la gente se persigne y corra a refugiarse en sus casas.*

Yo estaba tan absorto escuchando que di un respingo cuando el orco, al dar por terminada la historia, me preguntó:

—¿Estás seguro de que tu rey es mejor que Áreon? —Y prorrumpió en una risa siniestra—. Los humanos sois estúpidos, nunca aprendéis. Cuando lucha el mal contra el mal siempre gana el peor de los males. Al mal sólo puede vencerlo el bien, contra la bondad nosotros no podemos hacer nada. ¿Crees que eres lo bastante bondadoso para vencerme? —insistió el orco.

Sus palabras me hicieron reflexionar. Lo miré y ya no vi al ser infrahumano que sólo merecía odio y muerte, sino a un ser desvalido y agonizante. Creo que, por primera vez en mi vida de soldado, sentí compasión. Me levanté y me

dirigí a mi caballo, que aguardaba a pocos metros del lugar, para coger la cantimplora y ofrecérsela al herido. Pero, increíblemente, cuando volví la cabeza el orco ya no estaba.

En el suelo quedó mi lanza, partida. En el aire, un cuervo se alejaba, graznando con fuerza. ¿Podría ser...? Estúpidamente, alcé la mano en un gesto de despedida.

## XXIII - La sentencia

Como todas las mañanas, si el tiempo era bueno, fui al parque a eso de las once. A principios de marzo me gustaba tomar el sol de invierno y leer un rato, o simplemente contemplar la gente alrededor. Sentado en un banco, abrí el libro que estaba leyendo: una novela sobre el Imperio Inca que me tenía absorto. Me encontraba en un extremo del paseo, cerca de la avenida que lo bordea, la zona más transitada del pequeño recinto. Era mi banco preferido.

Llevaba un rato allí cuando se me acercó una niña que no tendría más de cuatro o cinco años. No la vi llegar, enfrascado como estaba en la lectura. Debió de haber estado antes jugando con la tierra pues tenía las manitas bien sucias, y lo primero que hizo fue plantarlas en mi pantalón blanco.

—¡Ey!, pequeña, no has de tocar nada con las

manitas tan sucias... —aleccioné con el tono más cariñoso que pude, dentro de mi contrariedad.

Dejé el libro a un lado y me puse en pie para sacudir las manchas. La niña aprovechó para agarrarlo.

—¡Pero bueno! ¿No ves que estás ensuciando todo? —recriminé, sin perder la compostura. No era cuestión de enojarse con una nena de esa edad... ¡Qué sabía ella!

—¿Qué lees? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Un libro muy bonito que no has de manchar. ¿Cómo no estás con tu mamá? Anda, dámelo antes de que se estropee... —pedí con forzada dulzura.

La niña se encogió de hombros y, lejos de hacerme caso, escondió el libro a su espalda.

Yo estaba bastante irritado por la situación; no con la niña, pero ella era el problema. Con gusto la hubiera cogido por el brazo y obligado a darme el libro, pero pensé que no estaría bien.

—Venga, devuélveme el libro y ve con tu mamá —ordené, ensayando un tono de abuelo

autoritario.

—¡Eres malo! —fue su respuesta, y echó a correr con su botín.

La seguí con la mirada y mi enojo se volvió preocupación cuando vi que iba directamente hacia la calle, en ese momento con abundante tráfico.

—¡No corras, para! —grité, y fui tras ella todo lo rápido que me permitieron mis ya cansadas piernas—. ¡No cruces! —insistí, pero ella estaba cada vez más lejos, por mucho que yo me esforzaba.

Entonces vi a dos mujeres hablando en la acera y les señalé a la pequeña, confiando en que la interceptaran. No hizo falta, la niña fue derecho hacia ellas. Una de las mujeres le dijo algo que por la distancia no pude oír. Pensé que debía de ser su madre.

Cuando me acerqué, la niña gritó:

—¡Eres malo, muy malo! —Y se echó a llorar. Las dos mujeres me miraban con severidad, como pidiendo una explicación. Parecían preguntar:

¿Qué hacía usted corriendo detrás de la niña?

Me sentía ridículo cuando saludé y conté lo que había pasado.

—¿Así que mi hija lo ha tocado a usted «ahí»? —preguntó la madre, señalando la mancha del pantalón con un gesto de la barbilla. Entonces reparé en que una de las manchas estaba en un lugar algo comprometido—. ¿No será que le ha pedido que lo toque? Julita, ¿te ha hecho algo este señor?

—¡Señora! —protesté—, yo estaba leyendo tranquilamente cuando su hija, a la que debería tener mejor educada y más controlada, empezó a molestarme.

Mientras tanto la nena no paraba de gritar: «¡Es malo, es muy malo! ¡El hombre es malo!...».

—Que leía, dice, si no lleva nada que leer... ¡Qué corta es la mentira...!

—Leía un libro que ha robado su hija. Debe de llevarlo en alguna parte.

—¿Me toma por idiota? ¡Espere a que pase un guardia y veremos qué estaba haciendo usted!

Yo estaba más que indignado a esas alturas de la conversación. Dispuesto a ofrecer la prueba de que no mentía, con un rápido movimiento así a la niña del brazo con intención de rescatar el libro. La pequeña dio un grito como si estuvieran degollándola y me lanzó un puntapié, al que se unieron los golpes que la madre propinaba en mi espalda con el puño.

—¡Deje a la niña! —gritaba, sin parar de golpear.

Dos hombres que pasaban por allí se acercaron al ver el alboroto. La otra mujer, hasta entonces callada, les informó:

—Éste, que estaba tocando a la niña...

El más joven me sujetó por el brazo mientras el otro usaba su teléfono móvil.

—Así que tenemos a un viejo verde... —digo el energúmeno de modo amenazador. Me zarandeó agarrándome por la ropa, lo que hizo saltar un par de botones de mi camisa.

—No te compliques, Antonio, que ya viene la policía —aconsejó el otro.

—¡Oigan, yo...! —intenté explicarme.

—Calladito y quieto —ordenó mi captor con chulería.

La mención de la policía me inquietó pero, viendo el cariz que tomaba el asunto, sólo deseaba que llegara cuanto antes. Unos minutos después, dos vehículos se detuvieron junto a la acera y bajaron de ellos cuatro hombres uniformados.

—Este viejo, que estaba abusando de la nena... Menos mal que la tengo bien enseñada y echó a correr, ¡y aún tuvo la desfachatez de perseguirla! —explicó la madre.

Yo lo negué, volviendo a explicar lo que había sucedido. La amiga corroboró lo dicho por la madre.

—¿Han visto algo ustedes? —preguntó uno de los agentes a los tipos que me habían sujetado.

—Cuando llegamos, este hombre tenía agarrada a la nena y la madre forcejeaba con él, no hemos visto más —respondió el que los había llamado.

Era suficiente; me esposaron las manos a la

espalda, me metieron en uno de los coches y me llevaron a la comisaría. Yo estaba avergonzado, asustado e indignado por igual. Tras un buen rato de espera, a solas en una especie de calabozo, me llevaron ante un inspector. Sentí alivio cuando retiraron las esposas.

Conté una vez más con detalle lo sucedido aquella mañana. El oficial anotaba todo cuidadosamente en el ordenador. Con frecuencia me interrumpía para puntualizar algo:

—¿Qué leía?

—Una novela, «El cóndor de la pluma dorada». Es una edición de bolsillo, un libro no muy grande.

—En sus pertenencias no consta ningún libro...

—Ya le dije, lo robó la nena y salió corriendo. ¿Es que no lo han encontrado?

Sin responder, el hombre escribía a toda velocidad. Tuve la impresión de que él escribía mucho más de lo que yo decía, y eso no me gustaba nada. Terminada la historia, imprimió unas hojas y

las puso frente a mí.

—Lea su declaración y, si está de acuerdo, firmela.

Leí con atención. Era el relato de todo lo que le había explicado, en jerga judicial. Lo firmé.

—Y ahora ¿qué pasará? —pregunté.

El hombre me miró con sus ojos tristes y adoptó un aire menos rígido.

—Lo tiene usted mal. Cuatro testigos afirman que estaba acosando a la nena, y la misma pequeña dice que es «el hombre malo». El libro del que habla no aparece... El examen de la niña ha dado negativo pero eso no excluye tocamientos y otras prácticas habituales.

—Pero yo sólo he dicho la verdad. No tengo antecedentes de ningún tipo, mi familia y el barrio me conocen... ¡Es absurdo!

—Le creo, pero eso no sirve para nada. Las pruebas son las que mandan y no le favorecen. Hay tres testigos que confirman la versión de la madre y nadie que confirme lo que dice usted. Además, las huellas de las manos de la niña sobre su

pantalón...

—Y ¿entonces...?

—Hemos avisado a su familia. Su esposa está en camino, con algo de ropa para usted porque todo lo que lleva ha de quedar aquí, como prueba. Pasará al Juzgado de Guardia y el juez decidirá. Normalmente en los casos de abusos a menores el detenido entra en prisión, pero confío en que, dadas las circunstancias, sea benévolo. Con suerte, fijará un día para el juicio y lo dejará marchar.

—Hágame un favor —pedí antes de salir—. Busquen el libro. Le aseguro que ese libro existe.

—Nos estamos encargando ya de ello. Aunque la existencia del libro no cambiará mucho el asunto, sería muy bueno para usted que apareciera.

Custodiado por un guardia, yo esperaba sentado en el pasillo mi turno ante el juez. Di un respingo cuando se abrió una de las puertas y salieron las dos mujeres que me habían metido en aquel lío. Al pasar me lanzaron una despectiva mirada. Mientras se alejaban oí que una de ellas decía: «¿Te has fijado cómo se parece a tu

suegro?».

Yo estaba preocupado por lo que pensara mi mujer. Cuando volvimos a casa le pedí que me dijera la verdad de lo que pensaba, cualquiera que fuese. Me abrazó y con lágrimas en los ojos me aseguró que me creía, que confiaba en mí. Que me conocía muy bien, ¡ya tantos años!, que yo era un buen hombre, normal en todo. Sentí un enorme alivio. El resto de mi familia no sabe nada. El juicio será el mes próximo.

Ha pasado una semana. El inspector me llamó al día siguiente por teléfono para decirme que el libro había aparecido en una de las papeleras del parque, sucio de tierra y medio destrozado. Tuve que ir a identificarlo. El abogado cree que todo va a quedar en una multa y una amonestación, pues hay pocos hechos probados. Y un antecedente en mi ficha policial. Pero hasta que decida el juez, nada es seguro.

Por fortuna, el incidente no ha llegado a

saberse en el barrio aunque, no sé si serán manías mías, noto que algunos vecinos me miran de otro modo, como si me rehuyeran.

Este fin de semana tenemos con nosotros a nuestra nieta Clara. Carlos, el hijo mayor, celebra los diez años de matrimonio con un pequeño viaje, como una breve luna de miel. Mi esposa está contenta; disfruta mucho la presencia de la pequeña.

Esta mañana, ella debía ir a hacer unas compras:

—Ahora la abuelita va a salir y te quedarás con el abuelo, ¿vale? Pórtate bien... —La expresión de su cara cambió de pronto—. O mejor ven conmigo, verás cómo te gusta ir de compras. Vamos a pasarlo muy bien. Ponte la chaquetita y dale un beso a tu abuelo.

Cuando se han cruzado nuestras miradas, esquiva la suya, no han hecho falta palabras. El juicio será el mes próximo pero la sentencia se ha dado hoy.

## XXIV - La última cena

En la celda de paredes blancas destacaba la silueta de un hombre vestido con un mono de color naranja chillón, sentado sobre un somier sin colchoneta. Al fondo, muy arriba, una cámara de vigilancia y, a media altura, una imagen modestamente enmarcada: Jesús, sentado a la mesa y rodeado por los doce apóstoles. Se abrió la reja y entraron dos guardias con un carrito y un taburete. En silencio, los pusieron en el centro de la habitación y el hombre naranja ocupó el asiento junto al carro. Al retirar el mantel que lo cubría, aparecieron una langosta abierta por la mitad, un buen pedazo de filete de buey y una botella de vino de California. Entonces empezó un bloque de anuncios y Elisa me acercó uno de sus redondos pechos.

—Toca aquí —pidió, señalando un punto

cerca de la axila.

Lo hice y noté un bulto del tamaño de un guisante. Al día siguiente la acompañé al ginecólogo.

—No se asuste, parece que sólo es un quiste de grasa o un ganglio inflamado. Haremos una punción para examinarlo. En el peor de los casos podría ser necesario quitarlo y hacer un tratamiento que a veces es molesto, pero suele dar muy buen resultado. Ya no es como antes. —El doctor intentó tranquilizarnos con una sonrisa.

A los tres días fuimos a recoger el resultado de la biopsia. El ginecólogo se había equivocado: el cáncer de mama al que veladamente aludió no era el peor de los casos. El peor de los casos consistió en que aquel bultito era metástasis de un melanoma que habían extirpado a Elisa unos ocho años antes, algo que ya apenas recordaba. Una forma de cáncer aparentemente inofensiva, como una verruga, pero terrible cuando se extiende porque no hay tratamiento eficaz.

Por lo demás, Elisa se encontraba tan bien como siempre. Sólo aquel pequeño bulto... Pero se derrumbó. Primero, la cirugía en la axila. El cirujano trajo buenas noticias, se había podido limpiar todo, era la única metástasis. Nos dio esperanzas. Después, al oncólogo. Y la quimio. Durante varias semanas le administraron en vena no sé qué, que la dejaba descompuesta. Ya no era la mujer saludable con sólo un bultito. Perdió el apetito y gran parte del cabello. Y su vitalidad.

Terminada la quimio, el oncólogo anunció que Elisa estaba limpia, libre de enfermedad, pero existía el riesgo, poco probable, de una recaída. Yo, que no dejaba de informarme en Internet, sabía que mentía, creo que Elisa también estaba al tanto, e imagino que él se daba cuenta de ello, pero los tres fingíamos que todo iba bien. Propuso un tratamiento con interferón durante un año, algo molesto pero mucho más llevadero que la quimio.

Transcurrieron los meses con relativa

normalidad. Las pruebas de cada trimestre eran satisfactorias y empezamos a acariciar la idea de que Elisa pudiera formar parte del escaso tanto por ciento que, sin saber por qué, se salva. Terminado el año, el oncólogo pidió una revisión más completa. Y entonces reapareció. "Una diseminación de decenas de pequeñas formaciones de 1 a 2 milímetros de diámetro que se extiende por ambos hemisferios cerebrales", decía el informe. Cuando lo leyó, al salir de la clínica después de recogerlo, Elisa tuvo que sentarse en la escalera para no caer al suelo.

Pero la esperanza había prendido en nosotros, después de un año en el que todo parecía ir bien. Eligió tener fe, y estaba decidida a intentar lo que fuera necesario. Lo consideraba una obligación. La enviaron a radioterapia. Habiendo tantos pequeños tumores no se podía apuntar a ninguno. Decidieron dar una dosis global, con la intención de que fuera bastante para eliminar las pequeñas metástasis pero no tanto que dañara al tejido sano. El tratamiento no era molesto ni complicado, poco

más que hacerse una radiografía. Al cabo de dos angustiosas semanas, un nuevo TAC. Todos los tumorcillos del tamaño de un grano de arroz habían desaparecido. Salvo cuatro, que ya eran del volumen de un garbanzo. "Ahora es más fácil, son sólo unos pocos, podemos ir a por ellos con precisión", anunció el oncólogo con un optimismo incombustible. Curiosamente, entonces le creímos.

La nueva radioterapia —radiocirugía la llaman— es una técnica muy precisa. Requirió el ingreso en clínica por un día. Elisa pensaba que después le harían nuevas pruebas, pero no fue así. "Ya es mucha radiación, esté segura de que todo irá bien". Y de nuevo la quimio, ahora más fuerte. Y mucha cortisona.

Durante unos días Elisa quiso estar sola; no soportaba la presencia de nadie, ni siquiera la mía. Después reapareció una mujer diferente. Pasaba horas removiendo sus viejos papeles, fotografías y otros recuerdos... Salvo unos pocos bien seleccionados, lo demás fue a parar a grandes

bolsas de basura que se amontonaban en el garaje. También hizo testamento. No era ni la sombra de lo que había sido hasta año y medio antes. Las fuerzas la abandonaban poco a poco hasta que un día no se pudo levantar. Yo la cuidaba del modo más solícito pero ella no soportaba verse inútil y fue incapaz de aguantarlo. Acudió de urgencia a la clínica y quedó ingresada.

Todos los días, al salir del trabajo, pasaba las horas con ella hasta que las enfermeras me echaban. Casi todas eran muy amables, sin embargo alguna no dejaba de mostrar su mal carácter. Me preguntaba cómo podía ser desatenta con personas que pasábamos por ese tipo de trance. Cada noche traían una pequeña carta para elegir el menú del día siguiente. De primero tienes consomé, verdura al vapor o fideos a la cazuela, le leía. Los fideos, decía ella. De segundo, tortilla francesa, pechuga a la plancha o cordero al horno. El cordero, elegía. Invariablemente, durante los dos meses que permaneció allí, escogió siempre los platos más consistentes, abundantes y sabrosos.

Al principio estaba sorprendido, no la reconocía; Elisa siempre había comido como un pajarito y tenía a gala usar la misma talla que a los dieciocho años. Pero entonces comprendí que, en esos días, ella no comía para recuperar unas fuerzas que sabía perdidas sino por el mero placer de darse un gusto tantos años reprimido. El último placer.

## XXV - Don Cándido

No sé cómo se le ocurrió a Diego, el menor de mis tres hijos, la estupidez de pintarse los labios con la barra de carmín de su madre y ponerse unos zarcillos muy vistosos, que ella usaba en los días de feria. Estaba solo en la casa, andaría buscando algo en el tocador y la curiosidad hizo el resto. Después se distrajo con cualquier cosa y tuvo la mala suerte de que en ese momento lo llamaran a voces sus amigos desde la calle para que saliera a jugar, lo que Diego hizo sin acordarse de que iba medio disfrazado. De esta guisa recorrió los pocos metros hasta la plazoleta donde lo aguardaba un corro de chiquillos, que nada más verlo soltaron una enorme carcajada. Si Dieguito hubiera seguido la broma nada habría pasado, pero se avergonzó tanto que se encendió como un tomate y corrió a la casa llorando,

mientras las burlas crecían. Se lavó bien la boca, dejó los pendientes en su sitio y con el corazón encogido se puso a hacer los deberes, o a simular que los hacía. Diego contaba entonces once años.

El rumor corrió por el pueblo y, como suele suceder en estos casos, la familia fue la última en enterarse. Dos días después, Elisa volvió a casa con un gran disgusto por algo tan grave —según ella— que si me lo contara habría una desgracia.

—Habla, mujer, que será peor si me entero de otro modo —apremié.

Entre sollozos, explicó:

—Me ha contado la Tomasa que se dice por ahí que Dieguito es maricón. ¡Nada menos! Que lo han visto en la calle con los labios pintados, zarcillos y un collar. No me lo explico. Parece que es la comidilla del pueblo.

Elisa no se atrevía a mirarme a la cara. De sobra sabía que no me agradaba el modo blando en que estaba criando al muchacho, el benjamín, el que con tanto anhelo había esperado que fuese una

niña. Temía que la culpara. Y no digo que no se me pasara por la cabeza, pero el problema no era ése en aquel momento.

Primero debía enterarme de lo sucedido. Llamé a Diego y se lo pregunté. Nunca lo había visto con tanto miedo en el cuerpo. Temblando, se echó a llorar, incapaz de articular palabra. Suavicé el tono, lo abracé y le recordé que yo era su padre y mi deber era ayudarlo. Y para eso era necesario que dijera qué había pasado. Con voz entrecortada explicó lo que he contado antes. Y que en el colegio, desde que eso sucedió, todos se burlaban de él y le decían palabras muy feas. Por fin rompió a llorar otra vez, abrazado a mí como una lapa.

Yo nunca había hablado de sexo con mis hijos, ni siquiera con el mayor, que rondaba ya los dieciocho. Se suponía que la naturaleza se encargaba de todo, siempre había sido así. Estaba seguro de que Dieguito no era maricón, o comoquiera que lo llamen ahora, sencillamente porque aún no era nada, un niño de once años no sabe de eso. Pero es verdad, y yo había conocido

alguno en mi juventud, que ciertos muchachos tienen inclinaciones desde muy pequeños, que después acaban por florecer. ¿Sería así Dieguito? Estuve a punto de preguntarle: cuando te la tocas, ¿en qué piensas?, pero no me atreví. El chaval se tranquilizó un poco, parecía que se hubiera quitado un peso de encima, y se acostó tras tomar un vaso de leche. Con la esperanza de que el asunto se olvidara pronto y quedara sólo en cosa de chiquillos, Elisa y yo nos fuimos dormir, también antes de lo habitual.

Al día siguiente, cuando volví del trabajo en la viña, encontré a Diego en casa, en horas de escuela, con un ojo amoratado y el pantalón roto. Elisa estaba hundida y a mí se me llevaron los demonios:

—¡Me cago en diez!, que eres un hombre, Diego, ¡despabila! ¿Quién te ha hecho eso?

El chico siguió en su eterno silencio; quien respondió fue Elisa:

—Dice que ha sido en el patio, Miguelín y

Julito le han pegado y le querían bajar los pantalones. Si no es por el maestro ve a saber cómo acaba...

Lo zarandeeé:

—Si te pegan, aprieta los dientes y devuélvela, aunque te duela, ¡joder! Si no te defiendes serás el hazmerreír de todos, ¿no lo entiendes? El maestro no puede protegerte siempre...

Por la expresión de su cara, estaba muy lejos de entender. Empecé a enojarme de veras. Mi mujer de pronto recordó:

—¿No es Miguelín el monaguillo de don Cándido? Parece mentira, con el perillán que está hecho. ¿Y si habláramos con el cura?

Dudé de que sirviera de algo, pero ella insistió y consentí. De modo que al día siguiente fue con Diego a la parroquia y cuando por la noche volví del trabajo me contó el resultado.

El cura no sabía nada del asunto y se interesó mucho por el relato de Elisa. Le dijo que, antes que nada, el niño debía confesarse con él y, según

lo que Dieguito le contara, vería qué hacer. Pero siendo secreto de confesión, ni ella ni yo debíamos preguntar; tampoco al niño. Elisa se quedó rezando en la capilla mientras don Cándido cuchicheaba con Diego arrodillado en un rincón, fuera del confesionario. Pasó un buen rato y los dos se pusieron de pie. Mi mujer fue hacia ellos, esperanzada. Déjelo en mis manos, no se preocupen; les aseguro que ni Miguelín ni ningún otro niño volverá a meterse con su hijo, fueron las palabras del cura. Y los despidió.

Aunque no confié mucho en la promesa de don Cándido, tampoco podía hacer otra cosa de modo que decidí dejar pasar unos días sin pensar en ello. Pero, en efecto, ya no hubo más altercados en la escuela ni en ninguna otra parte y Dieguito volvió poco a poco a la normalidad. Sin el acicate de las habladurías y burlas de los niños, el rumor se olvidó como si el percance nunca hubiera ocurrido.

A medida que Diego crecía se hacía más varonil, aunque mantenía un cierto amaneramiento

que me preocupaba. Él no es tan zafio como sois todos aquí, explicaba Elisa, es más listo y hace las cosas a su manera. Pero la duda en ocasiones me quitaba el sueño. ¡Que no!, decía ella. Y, además, ¿qué tendría de malo? Hoy eso se ve normal, añadía. Yo callaba. Normal, sí, pero de dientes afuera. El que tiene una hija puta o un hijo maricón siempre anda señalado por el dedo.

Al cumplir los dieciocho Diego fue a la universidad, cerca de la capital, y no sabía de él más que lo que nos contaba por teléfono o en sus cortas visitas por vacaciones. Cuando le preguntaba si tenía novia respondía con bromas y evasivas.

Él se hizo un hombre y yo me hice mayor. Terminó la carrera y entró a cursar la especialidad en el más importante hospital de Madrid. Me sentía orgulloso de él. Un día, cuando menos lo esperaba, llegó al pueblo con una muchacha. Mi novia, nos dijo. Era una chica deliciosa. Mi alegría fue enorme, aunque no tanta como el día en

que, seis meses después, se celebró la boda en el pueblo. Don Cándido, anciano pero todavía en activo, fue quien los casó. Con los brindis y la euforia, me achispé un poco más de la cuenta y, con la imprudencia del vino, no pude resistir la curiosidad que había aguantado tantos años. Sabía que a don Cándido no le sacaría prenda, pero a Diego esperaba soltarle la lengua. Así que me senté a su lado, apartados del bullicio, y le sonsaqué:

—¿Qué pasó aquel día con don Cándido?

Él, que también había tomado un par de copas, me miró con fingida severidad, escondiendo una sonrisa.

—Así que aún tienes dudas...

—No, hijo, no, ninguna duda, ¡cómo podría tenerla! Simple curiosidad, fue tan inesperado... ¿Qué pasó? —insistí.

—Has de prometer que no se lo contarás a nadie. Ni a mamá ni a mis hermanos; a nadie.

—Hecho.

—Pues muy sencillo. Me dio un encendedor

plateado y dijo: «Mañana, antes de ir a la escuela, pásate por el bar del padre de Miguelín y dale discretamente esto, dile que se lo olvidó, él sabe dónde. Y saludos de mi parte». Y eso fue exactamente lo que hice.

Me quedé de piedra. De pronto reparé en don Cándido que, desde el otro extremo de la mesa, estaba atento a nuestra conversación. Cuando lo miré, alzó su copa en un brindis y me guiñó un ojo.

## XXVI - La ofensa

Cuando Ramón nos la presentó, pensé que sería otra aventura pasajera. Quizá estuviera tan enamorada como parecía, pero por la forma de aceptar el trato que él le daba creo que Matilde era, sobre todo, una mujer sumisa por naturaleza. Tenía escaso atractivo, así que, conociendo a Ramón, me extrañó que la pareja siguiese adelante.

Él era un viejo amigo del instituto con el que manteníamos una relación estrecha. Mi mujer y yo aceptamos a Matilde de inmediato pero, pasadas las primeras semanas, él se ponía furioso con facilidad y empezó a ser corriente que las cenas en una u otra casa terminaran con discusiones, en las que era muy grosero. Nosotros procurábamos calmar los ánimos sin implicarnos en sus asuntos.

Poco después a mi amigo le tocó un pequeño premio en la lotería. Nos llamó, eufórico,

insistiendo en que nos invitaba a cenar esa misma noche en uno de los restaurantes de su barrio. No aceptó excusas y, a pesar de lo inoportuno, por no desairarlo acudimos a la cita.

Cuando llegamos, él estaba en la barra, con los ojos vidriosos y una verborrea que no le conocía, rodeado por ocho o diez personas. Me arrepentí de haber ido pero, ya que estábamos allí, lo que quería era cenar cuanto antes y desaparecer, aunque Ramón parecía no tener prisa. De pronto empezó a insultar a Matilde de un modo muy despectivo, delante de todos. Ella, callada a su lado, soportaba el chaparrón con su cara de ardilla, mirando al suelo sin pestañear. Me acerqué a Ramón y le pedí que se controlara, que cenáramos de una vez y la fiesta terminara en paz. Lejos de hacerme caso, alzó más la voz y siguió atacándola con saña. Después, dirigiéndose a mí en tono chulesco, sacó unos cuantos billetes del bolsillo y me apuntó con ellos: «¡Cuando se tiene dinero hay que divertirse, desgraciao! ¡Que eres un mierda!». Tomé a mi esposa del brazo y nos

largamos inmediatamente.

Ramón solía beber pero yo no lo había visto antes así. Me sentí defraudado. ¿Era la nuestra una amistad sincera? Quizá Ramón se había convertido a lo largo de los años en alguien muy diferente del muchacho que yo había conocido tiempo atrás.

Unos días después, Matilde telefoneó a Clara, mi mujer. Le explicó que Ramón siguió bebiendo y la fiesta terminó de mala manera. Por la mañana, ella recogió sus cuatro cosas y se fue a casa de una amiga. Cuando más tarde me lo contó, pensé que era lo mejor para ambos.

Pasó algún tiempo sin que supiéramos de ellos. Una tarde en la que acudí con unos amigos al pub de costumbre vi a Ramón en la barra, solo, y fui a saludarlo. Él había tomado un poco más de la cuenta, pero estaba sereno. Se disculpó y le quité importancia. Después me habló de Matilde.

—La eché de casa, ¿sabes? Era una zorra que se iba con cualquiera... Se metió en mi casa apenas nos conocimos. Sólo busca a alguien que la

mantenga. Encima, ¡celosa hasta aburrir! Y en la cama era tan vulgar...

Por cortar la sarta de improperios, al fijarme en su chaqueta de cuero marrón pregunté:

—¿No es ésa la chaqueta que te robaron del coche? ¿Apareció?

Ramón se rió con malicia.

—La olvidé en casa de una tía que conocí en un putiferio. Dije que me la robaron para que Matilde no se mosqueara... Después la recuperé, pero la dejé en el taller para no dar explicaciones. —Y volvió a reír, haciéndome un guiño.

Nos despedimos y me fui a casa mientras él se quedaba cociéndose en la barra.

Clara y Matilde seguían telefoneándose de vez en cuando. Así me enteré de que la mujer había empezado a trabajar en una frutería. Un día Clara me dijo que la había invitado a cenar y vendría con su nuevo novio. Quería que lo conociéramos y conservar nuestra amistad, aunque ya no estuviera con Ramón. Yo hubiera preferido mantenerme

alejado de sus asuntos, pero Clara no veía motivo; a fin de cuentas, fue Ramón quien la metió en nuestra vida, dijo.

Lucas era un hombre tosco, sin conversación, guapete, eso sí. Y Matilde se veía encantada con él. Se habían conocido poco antes y ella se fue en seguida a vivir con él. Él parecía una buena persona. Noté ilusión en sus miradas y me alegré por ellos. Fue una velada corta, de trámite, y dejamos en el aire una nueva reunión.

Dos o tres días más tarde, Clara me pasó el teléfono; Matilde quería consultarme algo. Después de los saludos me contó:

—Ramón fue a buscarme anoche a la frutería. Dice que no puede vivir sin mí, que se está matando poco a poco... Creo que voy a darle otra oportunidad.

Se hizo una larga pausa. No sabía qué decir; Matilde había sufrido maltrato y yo estaba seguro de que volverían a las andadas, ahora que parecía que todo le iba mejor... Yo conocía bien a Ramón,

o eso creí hasta la noche en que se emborrachó. Por un momento lo recordé, apuntándome con su pequeño fajo de billetes: «¡Eres un mierda!».

—Habéis tenido muchos problemas, yo creo que no va a funcionar. Y Lucas, ¿qué?

—Estoy hecha un lío. Ramón me quiere, él es así pero me quiere. Está loco por mí. Yo no me perdonaría que le pasara algo por mi culpa. Sólo quería que lo supieras. Lucas comprenderá, llevamos poco tiempo juntos.

—La cuestión no es que Ramón te quiera o no, sino si sois compatibles. Yo creo que él no está hecho para vivir en pareja, es muy independiente, va de flor en flor...

—Mientras estuvo conmigo, no —aseguró ella.

Y entonces expliqué el asunto de la chaqueta. Clara estaba en la cocina; me alegré de que no lo escuchara. Aunque pedí a Matilde que no dijera nada a Ramón, le faltó tiempo.

Un día, mucho después, me lo encontré en la

calle. Por un momento pensé que armaría un escándalo, pero no se alteró. Tras un frío saludo me miró con aire severo.

—Así que contaste la confidencia que te hice... ¿Eso hace un amigo? Eres un canalla —dijo en tono amargo.

Me sentí avergonzado, había roto una regla no escrita. Me justifiqué:

—Hubiera sido un error volver con ella y tú lo sabes...

Ramón dejó correr el tema, como si no le interesara.

—¿Puedes prestarme sesenta euros? Te los devuelvo la semana que viene. He olvidado la cartera en casa. —Lo pidió con arrogancia.

Le di tres billetes de veinte. Cuando se alejaba tuve la premonición de que era la última vez que lo veía. Se me hizo un nudo en la garganta.

Unos años más tarde me enteré de que Ramón había muerto. De cáncer, dijeron. Fue mucho el tiempo de amistad y buenos recuerdos, pero el

único que me persigue implacable es el de tenerlo frente a mí con la mirada turbia y el brazo extendido señalándome con los billetes, mientras pronuncia la frase que jamás podré olvidar.

## XVII - Como los ángeles

Una historia de amor

*"Su joven sirviente Silvestre Petroni, teniendo una voz lo bastante buena para el canto y deseando retenerla, suplica a Su Alteza Serena que lo haga posible, por no disponer él mismo de los instrumentos necesarios".*

***Solicitud al Duque de Módena - 1687***

Fray Alfredo subió jadeando la estrecha escalera y trotó por el pasillo hasta tocar una de las puertas, que abrió sin esperar respuesta. Fray Martín levantó la vista del libro que estaba leyendo. El otro, sofocado aún por el esfuerzo, soltó como si fuera su último aliento:

—Acaba de llegar un enviado de Roma. Espera en el refectorio...

Fray Martín alzó las cejas, sorprendido por el inesperado aviso. ¿Un enviado de Roma, allí? Si

por la abadía no pasaba ni el obispo... Se apresuró a calzarse y siguió a fray Alfredo a la planta baja.

La abadía de Lucedio era un edificio sobrio y medio ruinoso donde se refugiaba una pequeña congregación de frailes benedictinos. Lejos habían quedado los días en los que fue un importante centro de cultura y arte, con decenas de amanuenses y miniaturistas. Hasta la techumbre de la antigua biblioteca se había derrumbado después de que esa parte del edificio quedara en desuso por el traslado de los libros a la pujante abadía de Montecasino. La imprenta lo había cambiado todo. Fray Martín había sido nombrado abad poco antes, por la muerte de su predecesor tras más de treinta años en el cargo. Bastante joven todavía, era el único de los frailes que había recibido instrucción suficiente para ejercer esa función. Ya no quedaban allí más que artesanos y labradores. Y fray Lázaro, un hombre ilustrado pero ciego después de una extraña enfermedad, dos inviernos atrás.

La visita de un enviado de Roma era algo sin precedente y fray Martín se preguntaba el motivo con cierta inquietud. Por experiencia sabía que las noticias inesperadas solían ser malas noticias.

—¿De Roma lo envían? —Quiso asegurarse.

—Eso dice. Y parece una persona distinguida, de buenos ropajes y que se hace acompañar por dos sirvientes...

—¿Dijo qué lo trae por aquí?

—No, pero mostró un salvoconducto de los Estados Pontificios. Y el tercero de los hombres que lo acompañan es un oficial de la Guardia Suiza.

A paso rápido, los dos frailes llegaron al refectorio donde el personaje esperaba. Fray Martín había imaginado que sería un clérigo y titubeó al encontrar a un caballero con lujosa indumentaria sentado a la mesa. El hombre no se levantó. Parecía sentirse en su propia casa.

—Sentaos, fray Martín, no os entretendré más

de lo necesario.

El abad obedeció.

—Vuestra merced dirá... ¿O se os debe otro tratamiento?

—Es cierto, disculpadme, no me he presentado. Soy Guillermo Gonzaga, duque de Mantua. Cuando estuve con Su Santidad hace unos días le prometí un pequeño favor; por eso estoy aquí.

Fray Martín no pudo contener su inquietud.

—¡Hablad de una vez! —Y tratando de suavizar la insolencia se apresuró a añadir—: Os lo ruego, por favor.

El duque se acarició la perilla y bajó la mirada, como quien trata de concentrarse para explicar algo complejo.

—Ha llegado a oídos de nuestro bienamado Paulo IV que en esta abadía vive un niño que fue encontrado, recién nacido, a la puerta del convento. ¿Es cierto?

—Así es. Lo bautizamos Vittorio. Tiene ya once años.

—Y también ha oído decir Su Santidad, que Dios guarde largos años, que ese niño canta. Y canta muy bien. Excepcionalmente bien. —El duque movió la mano en el aire, como quien dirige un coro.

—Como los ángeles, señoría. Es cierto.

—Entonces he de transmitir un mensaje del Santo Padre: debo conducir a ese niño a Roma, para el coro de falsetistas que Su Santidad desea reformar.

—¿Falsetistas?

—No exactamente... Dejad que os explique. El canto es, como sabéis, difícil y trabajoso de aprender. Lleva tiempo y necesita práctica. Y la naturaleza parece gastarnos una broma pesada: da a los niños bellas voces cuando no saben usarlas y al tiempo que por fin aprenden, entonces se las quita.

—Os referís al cambio de voz en la mocedad, supongo. No se pierde la voz, sólo cambia.

—¿Cambia...? —El duque parecía irritarse con el tema—. ¡Se destruye! Una voz hermosa,

capaz de alcanzar la pureza de los más altos registros... —Se mostró más calmado—. Una voz de ángel, ¡paff! —Chasqueó los dedos.

—Afortunadamente las muchachas no la cambian. Nuestras hermanas de San Juan Bautista tienen un coro delicioso.

—*Corintios, 14:34.*

—¿Cómo decís? —Fray Martín no era un gran conocedor de los Evangelios.

—*Mulieres in ecclesiis taceant.* Ya no hay mujeres en el coro del Vaticano, ni hombres casados. Su Santidad es un devoto de la pureza... lo ha prohibido. ¿Es que no estáis al tanto de los dictámenes de Roma?

—No siempre llegan a tiempo, señoría. Así que el Santo Padre requiere a nuestro pequeño Vittorio... Un gran honor para él pero ¿qué sucederá cuando en pocos años cambie la voz? Vos mismo acabáis de explicar el problema que eso supone.

—No la cambiará —aseguró Guillermo, eliminando una brizna de algo que se le había

metido bajo la uña.

—¿No? —preguntó el abad, intrigado.

—¿Nunca habéis oído hablar de los *castrati*? *Cantoretti francesi* los llaman en algunos lugares del norte. ¿No os suena?

Fray Martín nada sabía de *cantoretti*, pero sí conocía el significado de *castrato*. Así que esa era la pretensión del Papa, se dijo. Vittorio nunca había salido de los muros del convento más que para ir al mercado del pueblo y, en alguna boda o festividad, para cantar en la ceremonia con su bella voz. Fray Lázaro, en otro tiempo maestro de música, le dio clases de canto cuando descubrió las cualidades del pequeño. "¡Ah! —pensaba el abad—, en mala hora salió, pues sólo así han podido saber en Roma de sus méritos. Ahora quieren castrarlo, a requerimiento del mismo Paulo IV, y yo no puedo hacer nada". El gesto de fray Martín mostraba tal contrariedad que el duque creyó oportuno comentar los aspectos más positivos.

—El interés del Papa es una buena noticia, un

gran honor, como habéis dicho antes. La operación dura un segundo, y no molesta, pues una buena dosis de opio elimina cualquier dolor. Cuando el joven es de constitución delicada y no soporta el opio, un pequeño golpe en el cuello, aquí —señaló la carótida—, hace perder el sentido por unos momentos, es suficiente... La mayoría lo supera bien, no debéis preocuparos por eso. Sólo muere uno de cada diez, apenas nada.

—Comprendo. —Fray Martín se mordía los labios, sabiendo que cualquier cosa que dijera sólo podría perjudicar al muchacho y a él mismo.

—Por otra parte, ¿de qué le sirven las glándulas? Al dejarlo a la puerta del convento, Vittorio ha sido entregado a la Iglesia. El celibato es su destino. No necesita su virilidad para servir a Dios, sino su voz. Como vos mismo tampoco la necesitáis, sino vuestra fe y obediencia. —Guillermo miró a fray Martín con aire de superioridad—. De seguir aquí no podría aspirar más que a aprender a leer y a escribir. Sin embargo, en Roma estos niños reciben una

educación exquisita. En la escuela de canto, cada mañana practican durante cuatro horas, una de ellas en presencia del maestro. Otra, ante el espejo para aprender a cuidar la compostura. Y aún antes del almuerzo dedican otra hora al estudio literario. Por la tarde, teoría musical, escritura de contrapunto, dictado, y de nuevo estudio literario. Y todavía encuentran tiempo para componer música vocal. ¿No estáis admirado?

La indignación de fray Martín le impedía articular palabra. Guillermo, viendo que sus argumentos caían en saco roto y sin tener necesidad de convencer a nadie, se levantó y puso una mano sobre el hombro del abad.

—Mi querido abate, me hospedaré en el pueblo, que me ofrece mejor acomodo. Mañana tras el almuerzo volveré a por el niño. Tenedlo a punto. Y quedad con Dios.

Poco después, los tres frailes estaban reunidos en la estancia del abad. Este acababa de

explicar el contenido de su entrevista con el extraño visitante. Fray Lázaro lloraba.

—Es mi culpa, jamás debí enseñarle canto. — Su voz se entrecortaba—. Mi pequeño Vittorio, mi pequeño ángel cantor...

—¡Quién podría haber previsto tal barbaridad! No te atormentes, Lázaro, no eres tú el culpable —señaló fray Martín—. Si fuera un capricho del duque, o incluso del obispo... Pero es el mismo Paulo IV quien lo ordena; no podemos hacer nada. ¡Oh, Dios! —Golpeó enérgicamente la mesa con el puño.

—Para él es algo nimio, sin ningún valor, pero no tolerará desobediencia. La voluntad de Roma es implacable. Pero ¡por Cristo juro que de no estar ciego no permitiría que esto sucediera! — clamó fray Lázaro.

—Hermanos, cuidado, las paredes oyen... — Fray Alfredo se santiguó. Después llevó el dedo índice a los labios, pidiendo prudencia.

—¿Qué harías, Lázaro, de no estar ciego? — susurró Martín con curiosidad.

—Sé de un lugar donde Vittorio podría esconderse por un tiempo. En el Vaticano olvidarán pronto el asunto.

—No estoy tan seguro de eso. De encontraros, ya sabes de qué te acusarían... Y se castiga con la hoguera. Hasta Vittorio correría un gran riesgo.

—Vittorio ya corre el peor riesgo. ¡Maldita ceguera!

—¿Queda lejos ese lugar?

Lázaro hizo señas para que el otro se acercara. Lo palpó para reconocerlo y, llevando los labios al oído, le estuvo susurrando durante un buen rato. Al terminar, el abad ordenó a fray Alfredo:

—Trae a Vittorio en seguida.

Al quedar solos, Lázaro preguntó:

—¿Qué piensas hacer?

—No puedo entregar al chico. Yo llevaré a cabo tu plan.

Cuando llegaron Alfredo y Vittorio, el abad explicó al muchacho que debían abandonar

Lucedio por un asunto grave, aunque sin entrar en detalles. Y debían hacerlo ya. Después se dirigió a fray Alfredo:

—Atiende bien. Toma el mulo, carga en él dos mantas y un bolso con una camisa, un calzón, comida para varios días y una calabaza con agua. Procura que nadie vea lo que haces. Cuando todo esté listo, avísame.

El fraile fue a hacer el encargo. El pequeño estaba impresionado por la idea de tener que abandonar la abadía. No conocía nada más y lo asustaba lo que pudiera encontrar fuera de aquellos altos muros que, más que encerrarlo, sentía que lo protegían.

—Cántame algo de Cipriano da Rore, Vittorio —pidió fray Lázaro—. El Kirie, Gloria... lo que quieras.

El niño se aclaró la voz y comenzó a cantar:

*Glória in excélsis Deo  
et in terra pax homínibus bonae voluntátis.*

*Laudámus te,  
benedícimus te,  
adorámus te,  
glorificámus te,  
grátias ágimus tibi propter magnam glóriam tuam,  
Dómine Deus, Rex cæléstis,  
Deus Pater omnípotens.*

Ni los ángeles habrían podido igualarlo. Una sola voz que cubría todos los matices, resonaba en todas las notas, alcanzaba los registros más altos... El timbre y cadencia perfectos. Los dos hombres estaban emocionados. De pronto el canto de Vittorio se quebró:

—No quiero irme, maestro, por favor... —  
Corrió hasta Lázaro y lo abrazó con fuerza.

El fraile lo tomó de los hombros y lo separó dulcemente. Con dedos temblorosos le palpó la cara, los ojos, los labios, y un estremecimiento lo sacudió de pies a cabeza. Se esforzó en que su voz sonara enérgica:

—Quiero que lo prometas, que lo jures por lo

más sagrado: no volverás a cantar una sola nota hasta el día en que cumplas quince años. ¡Dilo! Juro que...

—Juro que no volveré a cantar hasta que tenga quince años — terminó Vittorio—. ¿Por qué, maestro? Tú siempre querías que yo cantara...

—Eso no importa. —Lázaro se sintió aliviado—. Sabes que un juramento no se puede romper. Ahora te irás con fray Martín. Haz todo lo que él te diga, sin rechistar.

Cuando Alfredo avisó de que todo estaba preparado, el abad y el chiquillo fueron a la cuadra. Vittorio se ocultó entre las mantas enrolladas sobre el mulo para salir sin ser visto. Los dos monjes se dirigieron a pie a un lugar apartado, no lejos del monasterio. Allí Martín se despojó del hábito, se puso el calzón y la camisa, tomó la bolsa y, llevando una manta cada uno, él y Vittorio se alejaron a toda prisa en la dirección indicada por Lázaro. Mientras tanto, Alfredo buscó algo de leña y la cargó en el animal antes de

volver a la abadía. Regresó al oscurecer, con naturalidad.

—¿Es que no confías en los hermanos? — había preguntado a Martín antes de despedirse.

—Sólo cuido de su alma. Mejor será que, cuando digan que no saben nada, digan la verdad.

Al día siguiente Guillermo Gonzaga acudió a recoger a Vittorio. Fray Lázaro fue el encargado de darle la noticia:

—El pequeño se ha escapado. O quizá se ha escondido donde nadie lo encuentra.

El duque se puso furioso, amenazó con todo el peso de la autoridad del Papa y se fue muy airado, no sin antes advertir de que volvería al cabo de un mes para recoger al niño cantor, y no valdrían excusas.

Por su parte, fray Martín llevó a Vittorio hasta el caserío del cuñado de Lázaro, un lugar perdido en las estribaciones de los Apeninos donde a nadie se le ocurriría buscarlo. Un viaje que duró una

semana. Allí se hicieron cargo del pequeño, a quien Martín presentó como Enrico, un huérfano sin familia, y el abad partió de regreso. Lázaro había dicho a los monjes que fray Martín había ido a visitar otro convento, así que nadie sospechó durante el tiempo que duró su ausencia. Fueron unos días extrañamente tensos, parecía que todos esperasen que sucediera algo sin saber qué. Lázaro y Alfredo participaban junto a los demás frailes en la farsa de buscar a Vittorio hasta en el último rincón.

Cuando regresó Martín, le contaron lo sucedido.

—El duque volverá, dalo por seguro. De ser tú, yo no me quedaría aquí —aconsejó Lázaro.

—¿Dónde podría ir? ¿Con tu cuñado también? —dijo el abad con ironía.

—Debes alejarte de la influencia de Roma. Podrías ir a Alemania, o a Inglaterra... La Reforma y la excomuniación del rey inglés le han cerrado esos territorios. Múnich podría ser buen sitio...

—¡Bah!, creo que no volveremos a ver a ese duque petulante. Ya se habrá olvidado de nosotros.

Lázaro agarró con fuerza el brazo de Martín.

—Es un riesgo que no debes correr. Tú eres el único que podría guiarles hasta el muchacho. No confíes en tu suerte, es mejor que te vayas.

Mientras tanto el duque había vuelto a Roma, donde se reunió con monseñor D'Este, mecenas del Coro Sixtino, que era quien tenía verdadero interés en conseguir *castrati*. D'Este ejercía una gran influencia sobre Paulo IV, ascendente que utilizó para persuadirlo de que el caso Lucedio, como él lo llamaba, era la manifestación de algo satánico. Y, lo que era aún más grave según las obsesiones del Pontífice, incluía aberraciones sexuales. Así que, con el beneplácito de Su Santidad, D'Este envió de nuevo al duque a Lucedio, en esta ocasión acompañado por dos dominicos del Santo Oficio con instrucciones muy precisas.

Cuando Guillermo comprobó que el muchacho seguía sin aparecer y que el abad tampoco había regresado —"Ha tenido que ir a visitar a un familiar gravemente enfermo", fue la excusa que recibió— se retiró para que los inquisidores hicieran su trabajo. No le cabía duda de que los monjes mentían.

Los dominicos se instalaron en la cuadra, sobre jergones, tanto por hacer ostentación de su austeridad como por mantenerse apartados de los demás monjes, no fuera que el trato cotidiano debilitase su determinación. Durante unos días husmearon por todas partes, sin hacer preguntas. Revisaron los pocos libros que allí quedaban, las celdas de los frailes, la capilla... También se acercaron al pueblo y allí sí preguntaron. Todo el mundo conocía y admiraba a Vittorio, el niño cantor, y a fray Lázaro, su maestro y constante compañero. No les costó conseguir quien cazara al vuelo sus insinuaciones y afirmase que entre

ambos parecía haber algo más que la relación de un joven alumno con su maestro. Insistiendo con unos y con otros, al final del día ya había quien juraba haberlos visto en actitudes obscenas y en varios lugares a la vez. Y una muchacha aseguraba haber sido poseída tres noches consecutivas por el espíritu del abad en diversas posturas.

Los inquisidores interrogaron por fin a fray Lázaro. En realidad no era un interrogatorio; sólo se trataba de que Lázaro confesara que era cierto todo lo que les habían contado en el pueblo. No cabía otra posibilidad.

—¿Cuántas veces abusaste del niño?

—No abusé.

—¿Qué le hacías?

—Le enseñaba a cantar...

—¡¡Mientes!! —Y vuelta a empezar.

Lázaro sabía que aquello no tendría fin, hasta que consiguieran lo que querían.

—¿Dónde está el abad?

—Con un familiar.

—¿Dónde vive ese familiar?

—No lo dijo.

—¿Dónde está el niño?

—No lo sé, se escapó.

—¿Cuántas veces abusaste de él?...

Al tercer día de interrogatorio, Giuglio, el más joven de los dos dominicos, intentó negociar.

—Hermano Lázaro, estás ciego y eso mueve a compasión. Acepta tus errores, reconoce tus mentiras y salvarás lo más importante, que es el alma. Y puede que también salves la vida, si rectificas a tiempo. Tienes en tu celda algunos libros prohibidos...

—¿Libros prohibidos? No sabía que existiera tal cosa. Además, tú mismo lo has dicho: estoy ciego, ¿de qué me sirve un libro?

—¿Podría ser para que alguien te lo lea? —sugirió Giuglio con irónica ingenuidad—. En Roma se está elaborando un Índice de Libros Prohibidos, ¿no lo sabías? Pero, dime: ¿cuántas veces gozaste del niño? —preguntó con una

suavidad desacostumbrada.

—No lo recuerdo. Muchas... —contestó

Lázaro, abatido. Ya quería acabar con aquel juego.

—¿Qué le hacías?

—Caricias, besos... Nos bañábamos juntos.

—¿En qué lugar lo escondes?

—Se escapó. No sé dónde está. —La voz de Lázaro se hizo firme.

—Si mientes, no te librarás —amenazó Giuglio.

—No sé dónde está.

Lázaro Orsatti fue entregado a la justicia civil al día siguiente y ejecutado en la hoguera dos meses después, sin desvelar el paradero de Vittorio.

# 1 - Fábula de la serpiente y las gallinas

En un claro cerca del recodo, en la ribera, pasaba sus días un grupo de gallinas con sus gallos y polluelos. Lejano ya el tiempo en que sus antepasados compartieron el Edén con los nuestros, también las aves aprendieron a esforzarse para ganar su sustento y conocieron el dolor y la desgracia. Picoteando aquí y allá, desgranando las espigas silvestres, tragando insectos y aprovechando cuanto la Naturaleza les regateaba, el grupo sobrevivía sin demasiadas dificultades.

Al contrario que sus esposas, los gallos tenían mal carácter. No se soportaban unos a otros y eran frecuentes las trifulcas en las que alguien salía malparado. Eso no preocupaba mucho a los demás; en realidad los gallos no servían para gran cosa,

en opinión de sus gregarias y laboriosas hembras. Pero había que tener polluelos...

Todos miraban la linde del bosque con recelo. Les parecía un lugar terrible, habitado por criaturas ominosas cuyo simple recuerdo los espantaba. Seres con todo el cuerpo cubierto por extraños filamentos, de cabeza casi triangular, mirada penetrante y —un escalofrío estremecía sus crestas al pensarlo— enormes dientes en sus fauces. Cuando aparecía el zorro se producía un enorme revuelo. Después todo volvía a la normalidad, excepto por un pequeño charco de sangre y plumas que quedaba en alguna parte. Del bosque nunca salía nada bueno.

Del río, sí. Les proporcionaba toda el agua que necesitaban, además de mantener frondosa la ribera. Las aves no eran muy listas pero sentían que el fluir de su corriente les era tan vital como el de su propia sangre. También el cielo era generoso. El sol y la lluvia eran para ellas una bendición. Pero a veces el río se enojaba. Sus

aguas bajaban turbias y encrespadas, arrasándolo todo. Debía de haber un poderoso motivo, porque en estas ocasiones el cielo solía unirse a esa furia enviando agua a raudales y, lo peor de todo, unas luces cegadoras que se acompañaban de un terrible estruendo. Hasta el sol se ocultaba en esos casos; eran momentos terribles en los que las azoradas gallinas enloquecían de pavor. Pero, como dijo alguien una vez, después de la tempestad siempre viene la calma: volvía a salir el sol, el viento amainaba y las aguas tornaban a su cauce. Todo alrededor quedaba arrasado y maltrecho, aunque la Naturaleza no tardaría en hacer las reparaciones necesarias. Las gallinas entendían muy bien que, pasara lo que pasase, nunca pasaba nada. Al final la vida siempre seguía como antes. Para algunos no, pero... esos ya no contaban.

Un día de primavera, entre los destrozos que dejó la tempestad apareció algo nuevo. Las gallinas lo miraron, sorprendidas. Se trataba de un

ser cubierto de escamas parecidas a las de sus propias patas, largo y estrecho como un palo, que yacía en el suelo sin que aparentemente tuviese nada con qué moverse. Había en él algo siniestro, tal vez sus ojos astutos, su cabeza más triangular aún que la del zorro... pero sin garras ni terribles dientes, sin patas siquiera, les pareció inofensivo. La serpiente irguió su cabeza al sentirse acosada y los demás, cautos ante lo desconocido, se dispersaron.

Aunque no volvieron a verla en varios días, presentían que el reptil seguía por allí. No tardó en suceder el primer incidente. El cacareo desconsolado de una joven clueca alarmó al grupo: había desaparecido un huevo. El misterio no se resolvió y el robo de huevos siguió sucediendo con regularidad. Cada tres días desaparecía uno. Todos pensaron que el ladrón no era otro que la serpiente y después de ponerse de acuerdo, decidieron dar una batida por los alrededores, escrutando la zona hasta encontrarla y

dejarla a merced de los gallos.

La serpiente reptó veloz, se escondió en las grietas y quedó más quieta que un muerto, pero no sirvió de nada. El grupo era numeroso y las gallinas conocían muy bien la zona. Cuando la descubrieron, el gallo más lanzado le propinó un terrible picotazo en la cola. El reptil se irguió, siseó, blandió su bífida lengua y mostró todo su repertorio de amenazas, pero los gallos no se echaron atrás. A toda velocidad, el pequeño cerebro de la serpiente trataba de encontrar una salida a aquella situación desesperada. Su veneno podría acabar con uno de ellos, pero los demás la destrozarían. Había que evitar una lucha que con seguridad iba a perder.

—¡Un momento, señores gallos! ¿Por qué os enojáis conmigo? ¿Qué he hecho yo para que me atacéis con tanta furia? —gritó con aire inocente.

—Bien lo sabes, reptil inmundo. Desde que llegaste has estado robando los huevos de nuestras gallinas y eso se va a acabar —sentenció el gallo del picotazo.

—¡Eres injusto! Yo no tengo elección, he de comer o moriré de hambre. Pero tenéis razón, robar no está bien, pagaré por los huevos el precio que pidáis... —ofreció la astuta serpiente—. Es más de lo que vosotros mismos hacéis, ¿o acaso pagáis por el grano y los insectos que os lleváis al pico?

Los gallos quedaron sorprendidos por el ofrecimiento de la serpiente. Quizá el negocio fuese interesante. Se reunieron y hablaron en voz baja durante un rato, antes de acercarse de nuevo al reptil.

—Creo que podremos llegar a un acuerdo —anunció por fin el que se había erigido en líder—. Verás, hay un zorro en el bosque, quizá dos o tres. Es frecuente que salgan y nos ataquen. Si nos libras del zorro tendrás un huevo cada tres días. Pero te advierto que si el zorro vuelve a perseguirnos será tu fin.

—Caro me hacéis pagar el alimento, pero acepto el pacto. En tres días volveré a por mi

huevo. Os aseguro que el zorro no volverá a molestaros.

La serpiente se arrastró lentamente hacia el bosque mientras las aves regresaban a su base. El alboroto había tenido un desenlace imprevisto y todos, aunque desconfiaban, estaban esperanzados por poder librarse de la terrible amenaza del zorro de modo tan sencillo. Un huevo cada tres días... con tantas gallinas eso no era nada.

Pasaron los tres días y la serpiente volvió.

—El zorro ya no es problema, he venido a por mi huevo —anunció al jefe del grupo.

—Pronto se verá. No descuides el asunto, si el zorro vuelve eres reptil muerto —contestó el gallo, amenazador—. Ahora toma tu huevo y procura apartarte de nosotros.

—Hasta dentro de tres días —se despidió la serpiente, con fingida sumisión.

A partir de entonces las aves se vieron libres

de los ataques de su pérfido enemigo. Ya no veían al bosque tan terrible, hasta se atrevían a buscar alimento en zonas cada vez más próximas a él. Poco a poco olvidaron la amenaza. Pero a finales del otoño, un nuevo charco de sangre y plumas acabó con su tranquilidad. Cuando la serpiente acudió a buscar su huevo el gallo montó en cólera.

—Te lo advertí, si esto volvía a pasar lo pagarías con tu vida —amenazó, exhibiendo sus temibles espolones.

—Gallo —adujo con tono tranquilo la serpiente—, ¿no comprendes que estos son otros zorros? Yo cumplí el pacto; hace meses que no os molesta ninguno de ellos. ¿Qué puedo yo hacer, si han llegado más? Ahora tenéis otro problema y si me matas no podréis resolverlo. ¿No sería mejor para tu grupo de gallinas que llegásemos a un nuevo acuerdo?

—Hummm —meditó el gallo, sopesando las razones de la serpiente. Si mataba al reptil nadie podría librarlos de los zorros, eso era cierto. Y habían estado tan tranquilos todo el verano...—.

¿Qué propones?, habla claro.

—Cuando yo necesité algo que me era indispensable, os ofrecí pagar un precio. Ahora ya tengo lo que necesito y, si vosotros precisáis algo de mí, lo justo será que me hagáis una oferta... Quizá me interese. Ya se sabe, quien algo quiere, algo le cuesta —expuso la serpiente con astucia.

La furia del gallo se había desvanecido por completo, ahora estaba en un brete. Volver a vérselas con los zorros después de tantos meses de bonanza era una mala solución. El grupo no se lo perdonaría. Necesitaba llegar a un acuerdo.

—¿Un huevo cada dos días? —sugirió con cautela.

—No es una buena idea, señor gallo. ¿No ves que cada cierto tiempo volverán los zorros? ¿Por qué no hacemos un pacto que os libre para siempre de ellos? Yo me comprometo a que sea así. Pero necesito un huevo cada día, gastaré muchas energías con tanto trabajo.

—Está bien —concedió el gallo de mala gana,

viendo que no tenía opción.

Los zorros desaparecieron de nuevo de los alrededores y las gallinas recuperaron la tranquilidad perdida. La serpiente no se dejaba ver mucho, aunque cada día se presentaba puntualmente a recoger su sueldo, que las gallinas le entregaban sin discusión, pues todos apreciaban la dicha de sentirse seguros.

Pasó el invierno y llegó el deshielo en las nevadas cumbres que, junto con las lluvias propias de la época, desbordó el río una vez más. En esa ocasión fue terrible, muchas aves fueron arrastradas río abajo hasta desaparecer y todo quedó desolado como nunca. Cuando las gallinas, libres del problema del zorro, se sentían más seguras, la Naturaleza vino a recordarles una vez más la fragilidad de su existencia. Se lamentaban en corros de su suerte y su aspecto escuálido y desmochado hubiese resultado cómico de no corresponder con tal desgracia. Un mal trance para

pagar deudas, pero nadie quería que volviese el zorro, de manera que el huevo siguió apareciendo diariamente.

La serpiente soportó muy bien el temporal en su refugio. Ello le dio una idea, que no tardó en llevar a la práctica.

—Buenos días, señor gallo —saludó a su interlocutor habitual—, malos momentos estáis pasando ¿verdad?

—Los peores en mucho tiempo, reptil. ¿Qué vienes a hacer aquí?, ¿no te han dado ya tu huevo?

—¡Oh, sí! Gracias al Cielo eres un gallo de palabra. Estaba pensando que lo del zorro apenas es nada comparado con esto. ¡Qué terrible situación! En cambio yo disfruto de la lluvia desde mi refugio...

—¡Pues mira qué suerte tienes! Nosotros no tenemos refugios —masculló el gallo, molesto por la impertinencia de la serpiente.

—He pensado que eso podría cambiar. ¿No os gustaría tener un refugio donde protegeros de las inclemencias y los peligros cuando la Naturaleza

se desboca?

—Claro, pero... —El gallo no supo qué más decir.

—Yo podría indicaros cómo hacerlo y dirigir los trabajos. Tengo experiencia... —sugirió la serpiente, sin demostrar mucho interés.

La idea llamó poderosamente la atención del gallo.

—¿Tú podrías? Si no tienes patas, ni pico siquiera....

—No he dicho que pueda hacer el trabajo, sino que puedo dirigirlo.

La serpiente explicó al gallo su plan. Bajo sus indicaciones, las gallinas construirían un amplio y resistente refugio donde todo el grupo se podría guarecer; y terminó su exposición con un «pero quien algo quiere...».

—¿Y cuál es el precio esta vez? —preguntó el gallo, con fastidio.

—¿Dos huevos diarios? —propuso el reptil.

Las gallinas trabajaron laboriosamente durante varios meses, bajo la dirección de la serpiente, hasta que el refugio estuvo a punto. Fue agotador y, además, cada día tenían que entregar dos huevos; pero valió la pena, la sólida construcción las libraría del mayor de sus peligros. Las próximas riadas resultarían inofensivas desde su fortaleza.

Algo después fue un águila quien alteró la paz del corral. Más tarde una plaga de insectos. Hasta un incendio, producto de un rayo que cayó cerca. La serpiente no cesaba de vender sus soluciones y las gallinas no paraban de trabajar de una a otra cosa, tejiendo redes, abriendo cortafuegos, excavando depósitos, afilando estacas, acarreando agua... ¡Qué lejos había quedado su plácida vida anterior! Pero la seguridad se había vuelto algo necesario, imprescindible. Sólo pensar que el zorro pudiese atacar, que el río pudiese arrastrarlas, que el águila se cerniese sobre ellas, la simple idea les hubiese puesto la piel de gallina

si ése no hubiera sido su estado natural.

Pasaron varios años. El claro del bosque, cerca del recodo del río, era irreconocible. El grupo de aves, también. Nada era como debía ser. Las gallinas parecían autómatas de mirada perdida, cuyo único fin en la vida fuese no sufrir, lo que las hacía sufrir enormemente. La mitad trabajaba todo el día en las cosas más inútiles, la otra mitad ya sólo se dedicaba a poner huevos, tantos había que pagar a diario a la serpiente. Ya sólo quedaba un gallo, antes orgulloso y valiente, y ahora un simple criado del reptil. Éste había ordenado construir su guarida en el centro del claro.

Sobre el inmenso almacén en el que acumulaba los huevos recibidos, un cómodo mirador le ofrecía el lugar perfecto para contemplar su imperio. Y aquello era sólo el principio. Esas gallinas neuróticas no darían mucho más de sí, pero había muchas más gallinas en el mundo.

## MORALEJA

Que la vida es un comercio.  
Cuando pidas un favor  
piénsalo bien y mejor,  
porque todo tiene un precio.

## 2 - Fábula de la cebra Felipa

Al sur de Massai Mara, en la amplia sabana de África Central, vivía desde tiempos remotos una manada de cebras grande y poderosa, liderada por un impresionante macho de largas crines llamado Gedeón. La vida de la manada era plácida y sencilla. Pastaban las jugosas hierbas de la ladera, bebían en las aguas del arroyo, llegando hasta el lago cercano en los meses de sequía. Las cebras parecían vivir en el paraíso excepto por un problema: una familia de leones había encontrado guarida en un rocoso montículo cercano. Raro era el día en que la manada no sufría el ataque de dos o tres leonas hambrientas, encargadas de servir la mesa. A veces, alertada con tiempo por el siempre oteante Gedeón, la manada lograba escapar del ataque huyendo a gran velocidad. Pero muchas otras, alguna cebra era alcanzada y devorada por los felinos mientras las demás galopaban con todas

sus fuerzas, aterrorizadas. Había sido así durante miles de años. Era la dura ley de la supervivencia.

Una de las cebras jóvenes, llamada Felipa, destacaba entre las demás por una rareza natural: tenía una sola franja negra a cada lado, tan ancha que ocupaba casi todo el flanco. Un día Felipa pidió a la manada que se reuniese a su alrededor y les habló así:

—¿Veis lo que sucede cada día? Esos gatos se nos echan encima a cada momento y no sabemos hacer otra cosa que salir corriendo. Los más jóvenes y fuertes galopamos veloces y conseguimos escapar pero ¿y los más débiles? ¿Qué le pasó ayer a tu padre? —preguntó Felipa, señalando con el hocico a una de las cebras, que escuchaba con atención—. ¿O, hace pocos días, a tu hijo, que apenas tenía un mes? —añadió, señalando de igual modo a otra de ellas.

Felipa hizo una larga pausa esperando que se apagara el murmullo que sus palabras habían levantado.

—¡Han sido devorados por los leones, como tantos otros! —continuó Felipa por fin, teatralmente—. ¿Qué será de cualquiera de nosotros si cae enfermo o cuando los años nos vuelvan más torpes? Lo sabéis, ¿verdad? —Felipa llevaba su mirada desafiante de una a otra cebra, fijándola finalmente en Gedeón—. Yo os lo diré, ¡que nos comerán los leones!

Espantada por las palabras de Felipa y sintiendo real un peligro aún imaginario, la manada se agitó, inquieta.

—Alto, alto, amigos, no os pongáis nerviosos —gritó Gedeón, intentando volver a reunirlos—. No hay peligro en este momento, tranquilizaos y volved a la reunión.

—Felipa tiene razón —opinó la cebra que había perdido a su cría no hacía mucho tiempo.

—Acabarán por comernos a todos —sentenció la cebra recientemente huérfana.

—¡Es horrible, no podré soportarlo! —añadió una joven cebra gestante, sin apenas aliento.

—Bueno, calma —pidió Gedeón—. Siempre ha sido así. Nuestros antepasados han vivido así desde los tiempos más remotos y aquí estamos nosotros. La manada sobrevive. Es ley de vida. De algo hay que morir y éste es nuestro destino. Los leones se alimentan de nosotros como nosotros nos alimentamos de las hierbas del campo. Prefiero morir en un instante, cuando llegue mi declive, que morir de enfermedad o decrepitud poco después. Olvidemos eso y vivamos felices porque nada puede hacerse.

—¡Sí se puede hacer algo! —anunció solemnemente Felipa—. Yo tengo un plan...

La atención de todos se centró sobre ella y se hizo un silencio en el que podía oírse la caída de una espina de acacia. Felipa continuó:

—Siempre son dos o tres las leonas que nos atacan. Nosotros somos más de ochenta. Pero, en lugar de defendernos, siempre salimos al galope, esperando tener la suerte de que no nos alcancen y dejando desamparados a los más débiles.

Las orejas de los oyentes no podían estar más tiesas.

—Pero ¿qué pasaría si les hiciésemos frente?  
—inquirió Felipa

Un murmullo de asombro surgió entre los presentes.

—Las cebras no podemos luchar con los leones —argumentó una vieja hembra que había visto actuar a los felinos muchas veces.

—Es una locura —añadió otra un poco más allá

—Entre nosotros hay cebras fuertes y valientes. —Felipa intentaba recuperar el control de la situación—. Entre dos o tres de nosotros podemos acabar a coces con cualquiera de esos gatos.

Un tenso silencio volvió a cubrir la manada. Los más ancianos y débiles, sabiéndose fáciles víctimas de próximas cacerías, empezaban a acariciar la idea propuesta por Felipa. Los más poderosos y fuertes dudaban de que fuese posible

algo tan temerario y que nunca se había intentado, debatiéndose entre el temor a una lucha desigual y el amor que sentían por sus familias. Por fin Gedeón intervino:

—Como jefe de la manada he tomado las decisiones hasta ahora, siempre pensando en el bien de todos. Pero en esta ocasión no estoy seguro de qué decisión he de tomar. Por una parte veo una temeridad lo que propone Felipa; por otra veo justo que ayudemos a nuestros compañeros más débiles. Propongo que hagamos una votación.

El sol estaba ya muy bajo cuando Walia dio la voz de alarma. Una instintiva sacudida recorrió la manada, que inició veloz galope de huida, pero casi inmediatamente cambiaron de dirección reagrupándose alrededor de un árbol cercano.

—Rápido, los potros y ancianos junto al tronco, de prisa —ordenaba Gedeón, resoplando agitadamente.

—Vosotros, los guerreros, id cubriendo todos los flancos, pero dejad pasar a los más débiles

hacia el centro. Rápido, que ya casi están aquí — gritaba Felipa.

Dos leonas se acercaban sin disimulo, sabiéndose descubiertas. Apenas estaban a cincuenta metros del grupo. Los relinchos y bufidos de las cebras eran signo evidente de la gran excitación de la manada. Una tercera leona, oculta hasta entonces por unos matorrales, apareció de súbito muy cerca, hacia poniente.

Las leonas estaban sorprendidas por la actitud de la manada de cebras. ¡No huían! Guiadas por su instinto, saltaron sobre las cebras del círculo exterior. Éstas, no habituadas a la lucha, eran presa del pánico al sentir las afiladas garras sobre sus lomos y propinaban tremendas pero descontroladas coces aquí y allá, las más de las cuales se perdían en el aire o impactaban contra sus propios congéneres. Una nube de polvo denso atenazaba todas las gargantas y hacía que los relinchos y rugidos fuesen aún más desgarrados. De improviso las leonas se retiraron unos metros, cesando en su ataque. Una de ellas cojeaba

visiblemente. Las cebras se mantuvieron a distancia en angustiosa espera.

Dos leones machos se hicieron visibles a lo lejos. Sus enormes cabezas parecían gigantescas enmarcadas por la oscura melena. Felipa gritó, desde dentro del círculo:

—No os preocupéis, amigos, los machos nunca cazan; no se meterán con nosotros....

—Creo que tiene razón —añadió Gedeón, no muy convencido al ver que los leones iniciaban un rápido trote.

El instinto de los leones machos no juzgó a las cebras como presas de caza. Las presas de caza huían y nunca luchaban, o si lo hacían era débilmente, en la desesperación del último momento. La nueva actitud de las cebras se correspondía con la de enemigos tribales, como las hienas, y esos sí eran objetivos de los machos.

Cuando los leones se lanzaron sobre la manada, las leonas que antes se habían retirado los siguieron. El pánico se apoderó definitivamente de

las cebras, emprendiendo muchas de ellas una huida desesperada. La mayor parte de las pocas que quedaron rezagadas, las más fuertes y generosas, pagaron con la vida su gesto de lealtad al rebaño. Gedeón escapó en el último momento, viendo que nada podía hacerse.

Los leones empezaron un festín como nunca lo habían tenido. Cinco cebras, alguna aún agonizante, yacían a su alrededor. La leona coja lamía su garra magullada y uno de los leones tenía una hemorragia en su ojo izquierdo, seguramente producto de una coz. Otros felinos, incluyendo un buen número de cachorros, iban acercándose al banquete.

Las cebras galoparon durante mucho tiempo antes de sentirse seguras. Jamás se vio ejército más derrotado. Gedeón procuró reunir los restos de la manada antes de que la oscuridad lo hiciese más difícil. Poco a poco fueron llegando las cebras supervivientes, extenuadas. Cabizbajos y doloridos, todos se prepararon para descansar, sin mediar palabra. Y así cayó la noche sobre Massai

Mara.

A la mañana siguiente un nuevo sol radiante iluminó la llanura como si nada hubiese pasado. Gedeón contó las bajas. Bastantes entre los más fuertes estaban malheridos, algunos de ellos con lesiones que, en el caso de que llegasen a curar, habrían de dejar secuelas graves. Durante unos días la manada se dedicó a recuperarse y descansar sin sufrir nuevos ataques de los leones, que tenían bien repleta su despensa.

Por fin Gedeón reunió a todos y les habló:

—Amigos, hemos pasado una mala experiencia.

—¿Dónde está Felipa? —preguntó un macho superviviente, aunque con la piel hecha trizas.

—Sí, ¿dónde está esa traidora? —increpó otra cebra, ahora tuerta.

Felipa se había mantenido oculta de la manada todo ese tiempo, temerosa de sufrir represalias por las consecuencias de su idea.

—Felipa hizo sólo una propuesta que creyó

buena —continuó Gedeón—. No debéis culparla de lo que ha sucedido porque no hemos hecho más que lo que entre todos se decidió. ¿O habéis olvidado la votación?

—Pero, ¿dónde se metió durante la batalla? —preguntó una hembra joven, milagrosamente indemne—. Yo no vi que participase en la defensa. Esa cebra cobarde nos ha metido a todos en un buen lío...

—La idea de Felipa era buena —interrumpió un viejo macho que apenas se aguantaba en pie—. Sois vosotros los que habéis fracasado. Os habéis portado como inútiles. ¡Qué de coces al viento! Y entre vosotros mismos. Yo he visto como Jonás ha derribado a Walia de una coz. Pobre Walia, allí quedó. No habéis tenido valor para una defensa eficaz —acusó el anciano.

—Era mi mejor amigo, bien que lo siento. Pero yo no podía ver nada, me atacaban por todas partes y tú, anciano, no sabes lo que se siente cuando esas garras se clavan en las costillas... —

explicó Jonás, apesadumbrado

—Abuelo —tomó Gedeón la palabra—, no debes ofender así a los que han dado su vida por la tuya. Las cebras no somos guerreros y es natural que hayamos fracasado en la lucha. No es un problema de cantidad, es un problema de eficacia. La idea de Felipa me hizo dudar. Por eso dejé que decidieseis vosotros. Ahora ya no tengo ninguna duda. Lo que propone Felipa conduce a la extinción de la manada en poco tiempo. Esta vez éramos bastantes y no nos ha ido bien. La próxima, seremos menos y aún nos irá peor. Si seguimos el plan de Felipa cada vez habrá menos cebras poderosas en el exterior del círculo y más ancianos, lisiados y débiles en el centro. Si sometiésemos a votación la decisión a tomar cada uno votaría por sus propios intereses, y cada vez ganaría con mayor número de votos la opción equivocada, es decir, los que querrían seguir en el centro mientras mueren por ellos otros individuos más útiles y necesarios. La manada sobrevivirá a esta catástrofe pero en lo sucesivo no volveremos

a luchar con los leones.

Gedeón se retiró y la asamblea fue dispersándose. A lo lejos, Felipa observaba el grupo sin atreverse a intervenir. Nunca reuniría suficiente valor para volver con la manada. Vio a Gedeón trotar en su dirección y sintió miedo. ¿Por qué siempre sentía miedo...? Giró en redondo y se alejó velozmente hacia el norte.

## MORALEJA

Se juntaron cuatro pillos, cinco necios  
y dos que tenían razón.

Y en un tema de importante relevancia  
propusieron votación.

Los pillos por interés, los necios por necesidad,  
de todo se dijo menos la verdad.

¿Queréis saber quién ganó?

Pues, naturalmente, yo.

*Kiro, el león*

### **3 - Fábula de las bacterias anaerobias**

El señor Clostridio estaba muy disgustado; ya hacía varios meses que algo extraño sucedía en el sur de la ciénaga y no conseguía explicación por ninguna parte. Todo empezó con aquella excursión de un grupo de jóvenes escolares, de los que no regresó ninguno. Enviaron a un par de patrullas a buscarlos y tampoco regresaron. A pesar de las protestas, el lugar se aisló y se prohibió completamente el acceso. Pero en las semanas siguientes otros individuos habían desaparecido en zonas cada vez más al norte. Aquella pesadilla, fuese lo que fuere, estaba extendiéndose.

Sin embargo, la semana había traído buenas noticias. A la oscura ciénaga acababa de llegar una pequeña colonia de vibrios. Los vibrios eran muy adaptables, en cualquier sitio estaban bien y solían viajar mucho. Pero lo que había llamado la

atención del señor Clostridio era que habían llegado desde el sur, atravesando la zona prohibida. Y habían llegado sanos y salvos.

En cuanto se enteró de la noticia mandó a su alguacil con una nota para el señor Vibrio, el jefe de la nueva colonia, pidiéndole que fuese a verlo de inmediato por un asunto muy importante. Al poco rato, el vibrio entraba en el cubículo municipal

—Bienvenido, señor Vibrio. ¿Está usted bien? Deseamos que su colonia se encuentre aquí como en su casa... —saludó el señor Clostridio, con toda la amabilidad que su agrio carácter le permitía. Sin esperar respuesta de su interlocutor, continuó —: Han venido por el sur, ¿verdad? Dígame, ¿algo ha llamado su atención?, ¿han visto algún peligro en el camino?

El vibrio estaba desconcertado. ¿Algún peligro...? ¡El mundo estaba lleno de ellos! Charcas de ácidos, fumarolas tóxicas, sulfataras candentes... Viendo que el vibrio no se decidía a

contestar y parecía no entender, el clostridio apremió:

—Sí, cualquier cosa que le haya parecido sospechosa, extraña...

Entonces el señor Vibrio recordó algo.

—Pues sí, algo insólito nos llamó la atención al acercarnos a la ciénaga. Pero no pareció ser ningún peligro.

—Cuenta, dígame qué fue —inquirió Clostridio, impaciente.

—Pues verá, a medida que nos acercábamos a la ciénaga vimos que abundaba una cosa verde, seguramente algo vivo, y en la proximidad de esa cosa verde notamos en el aire un gas que no conocíamos hasta ahora. Pero nada de ello nos afectó. Por eso le digo que no vimos peligro, aunque nos pareció insólito. ¿Le sirve de algo?

—¡Lo que me temía! —exclamó el clostridio, visiblemente contrariado. Se acercó al escritorio y llamó a su secretario por el interfono.

En seguida entró otro clostridio en la

habitación.

—Señor secretario, este vibrio confirma la presencia de cosas verdes y gases extraños en la zona sur. Está sucediendo lo mismo que pasó en Thulú hace tres años.

El secretario arqueó los cilios con una mueca de preocupación y acercándose a un armario sacó un pliego de papeles.

—Aquí guardo el expediente completo de Thulú, señor Alcalde. Desde el principio he sospechado que las desapariciones podrían deberse al mismo problema, pero no había forma de comprobarlo porque ir allí es mortal. ¿Vino usted por el sur, señor Vibrio? ¿No notó nada?

—Ya le he explicado al Alcalde; vimos cosas verdes, notamos el gas, pero ningún problema.

—Claro, los vibrios soportan muy bien casi todo —explicó el secretario, que seguía buscando entre los papeles del legajo—, pero ese gas es veneno para nosotros. Por aquí tenía los datos... aquí está. ¡Oxígeno!, así llamaron al gas. Y ese

oxígeno lo producen unos vegetales de color verde. Plantas verdes, oxígeno... algo nuevo.

El secretario leyó en silencio unos instantes antes de seguir con su explicación.

—En las últimas semanas de Thulú, enviaron una expedición muy bien equipada desde la Zona Abisal, donde residía el Consejo. El estudio fue concluyente: esas plantas verdes contienen una sustancia que expuesta a la luz del sol produce el gas mortal. El enemigo no es el oxígeno sino la planta verde.

—¿Y no pudieron hacer nada? —preguntó el vibrio, más por curiosidad que por preocupación ya que al parecer su colonia estaba a salvo.

—Se intentó. Hubo una enorme crisis. GreyMood, una organización de clostridios preocupada por el medio ambiente, culpó al Sistema de Desechos de haber favorecido la aparición de estas plantas que viven sobre materia orgánica en descomposición. Propusieron una serie de medidas extremas. Remover

completamente el sustrato, cubrir las plantas para que, sin luz solar, no produjesen oxígeno, instalar quemadores en las zonas afectadas que consumiesen el gas... El Gobierno se vio obligado a aceptarlas para contener la revuelta. Murieron muchos intentándolo y al final no se consiguió nada. Aquello era imparable y hubo que abandonar Thulú. No se salvó ninguno de los que quedaron allí.

—Hace tiempo que GreyMood está presionando aquí también con el dichoso Sistema de Desechos. Y ahora tenemos el mismo problema. ¡Van a crucificarme! —exclamó el alcalde Clostridio.

—Eso es seguro, pero no es lo peor —sentenció el secretario—. Si sigue el mismo proceso, apenas nos queda tiempo. Antes de seis meses el oxígeno cubrirá completamente esta ciénaga y la vida aquí será imposible. El mundo se está acabando, señor Alcalde, ¡adónde vamos a llegar...! —exclamó el secretario, mientras los dos clostridios salían apesadumbrados de la sala.

## MORALEJA

La Naturaleza da  
a todo bicho viviente  
tiempo y oportunidad  
y después, ¡pase el siguiente!

En esta larga cadena  
que es la vida en este mundo  
somos sólo un eslabón.  
Quienes se hacen la ilusión  
de parar el minuterero  
sepan que la Evolución  
no concede una excepción  
ni es asunto de dinero.

## 4 - Fábula de los apresurados

Un burro arrastraba su carreta por un camino de un bosque. Se disponía a atravesar un cruce cuando lo detuvieron unos gritos:

—¡Alto, alto! —exigió una gallina que caminaba rápidamente, en dirección transversal, llevando entre sus alas a un lánguido pollito—. Mi hijito está malo, lo llevo al doctor, ¡no querrás pasar primero! —protestó.

El burro se detuvo y aguardó a que pasaran la gallina y sus polluelos, que la seguían siempre a todas partes. Se disponía a reanudar la marcha cuando lo alarmaron nuevos gritos:

—¡Abran paso, es urgente! —pidió una cabra en tono airado—. Voy a por leche para mis crías; por desgracia la mía se secó y si no me apresuro a llevársela morirán de hambre.

—Señora... —inició el burro, pero en ese

momento llegó al cruce el ciervo que ejercía las funciones de guardia de tránsito.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó el agente de la autoridad.

—¡Que este burro quiere pasar primero, cuando yo estoy acudiendo a una urgencia muy importante! —reclamó la cabra.

—¿Es eso cierto? ¿No conoce las reglas? —El ciervo miró al burro con cara de pocos amigos.

—Oiga, yo...

—Tendré que multarle. Siga usted, señora cabra, no la entretengo si tiene prisa...

La cabra siguió su camino mientras el ciervo empezaba a pedirle al burro toda clase de permisos y documentos y a examinarlos sin prisa ninguna.

Extendida la multa, revisada la documentación y amonestado el burro, reanudaba éste la marcha cuando se acercó al cruce una hilera de cachorros.

—¡Quieto!, ¿no ve que van a pasar esos pequeños? ¿Es que quiere atropellar a alguno? —

increpó el ciervo con muy malos modos, así que el burro volvió a detenerse y a armarse de paciencia.

—Adiós, pequeños —saludó el ciervo muy amable y sonriente—, ¿adónde vais?

—A la escuela —contestaron varios de ellos a coro, y continuaron con su gracioso andar y con sus juegos.

La fila era larga y el burro se impacientaba...

De pronto, desde lo alto del carro, un búho asomó la cabeza.

—Psss, agente, venga un momento, haga el favor.

Reticente y muy arrogante, el ciervo se acercó al pasajero que con tanta insolencia lo llamaba.

—Mire, yo soy el médico —explicó el búho—, esta oveja es la encargada de la lechería, y la lechuza que ve usted a mi lado es la maestra. La prisa de todos los que han pasado con tanta urgencia no servirá de nada si nosotros no estamos en nuestros puestos; ¿lo entiende, señor ciervo?

El agente quedó perplejo.

—¿Por qué no dijeron que lo suyo también era urgente? —inquirió.

—Porque no lo es; simplemente vamos a nuestros trabajos, como cada día. No sé qué le ha hecho pensar que el interés de nuestro amigo el burro en llevarnos puntualmente a nuestros puestos no era importante. Todo el que va a alguna parte tiene sus motivos, cuya importancia nadie puede adivinar...

En esto vieron de regreso a la gallina.

—¡Mi polluelo! —clamaba, llorando a cresta tendida—. ¡¿Cómo no está el doctor en su consulta?! Habría que colgar al responsable —propuso con indignación.

También la cabra apareció, desesperada.

—No lo comprendo; ¡la hora que es y la lechería no ha abierto! ¡¿Qué daré de comer a mis hijitos?

En esto la lechuza sugirió:

—Señores, ¿qué les parece si seguimos nuestro camino, antes de que en la escuela también

haya problemas?

El ciervo dio un largo pitido con su silbato, cortó el tráfico con un aparatoso gesto y dio paso al burro y su carro. Después se puso las gafas de sol y siguió con su duro trabajo.

## 5 - Fábula de los agraviados

La señora Cabra y el señor Cerdo aguardaban impacientes tras la línea dibujada en el suelo frente al mostrador que lucía el rótulo 'Oficina de Agravios'. Detrás del tablero, Miss Mare —ella se empeñaba en que la llamaran así desde que supo que sus antepasados procedían de Edimburgo — atendía con amabilidad a una joven gallina que, con aspecto indignado, rellenaba a toda prisa un impreso oficial, murmurando:

—Una hace lo que le da la gana sin que nadie tenga que venir a criticar, ¡sólo faltaría eso! ¿A usted no le gustan los caballos? —Miss Mare se ruborizó, a pesar de que, obviamente, la pregunta era retórica—. ¡Pues a mí me gustan los gallos! Y no conozco otra forma de tener polluelos.

Con gesto airado la señorita Gallina rubricó el impreso y lo entregó a su interlocutora que, tras

estampar un sello de fechas, lo depositó en una bandeja, a su izquierda.

—Ya está en marcha su reclamación. Dentro de unos días recibirá noticias del Comité. No se impacienta, el proceso es un poco largo, la comunicación con los humanos no es fácil. Buenas tardes. —Miss Mare, aliviada por haber terminado la entrevista, despidió a la gallina, bebió un sorbo del refresco de alfalfa que ocultaba bajo el tablero y anunció en voz alta

—¡El siguiente...!

La cabra avanzó hasta situarse frente a ella.

—¿Qué hay de lo mío, se sabe algo o qué? —espetó, a modo de saludo.

—Pero usted presentó ayer su reclamación. No ha habido tiempo... —explicó su interlocutora, reconociéndola.

—¿Ayer? Por la mañana, ¿no? ¿O fue por la tarde? Es mucho tiempo...

—Más o menos se demora un mes, a veces más... Tenga paciencia.

De un salto la cabra subió al mostrador y empezó a caminar entre los papeles que había sobre él.

—Por favor, baje de ahí enseguida —suplicó Miss Mare.

La cabra parecía no oírla. De un nuevo salto colocó sus cuatro pezuñas sobre un pesado pisapapeles de granito y se quedó inmóvil.

—Tendré que dar parte de su comportamiento en esta oficina, eso no favorecerá a su reclamación —amenazó la funcionaria.

—Está bien, está bien, ya bajo...

—¡Hasta el suelo! —ordenó la yegua con firmeza.

Aliviada, comprobó que la cabra, por una vez, hacía caso. Sólo deseaba que la señora Cabra desapareciese cuanto antes, le daba igual que se la tragara la tierra o la abdujese un platillo volante.

—Entonces, ¿cómo quedamos? ¿Vuelvo mañana?

—¡No, no venga mañana! —estalló Miss Mare, golpeando con fuerza la madera del mostrador.

La cabra se desplomó como si le hubiesen disparado. Rápidamente se acercaron dos miembros de seguridad.

—¿Otra vez ella? —comentó el agente Perro con fastidio—. Ayúdame a sacarla de aquí —pidió a su compañero— a ver si con el fresco se le pasa.

El señor Cerdo miró a la yegua con aire indeciso, sin atreverse a avanzar. No sabía si era buen momento para abordarla.

—Pase, pase —pidió Miss Mare, con deseos de terminar cuanto antes su trabajo.

—He recibido esta carta... —dijo el cerdo, mostrando un papel que sacó de un sobre sucio y arrugado.

—Ah, sí. El secretario del Comité lo está esperando. Sígame, por favor...

El señor Cerdo fue tras la yegua hasta un

despacho situado al fondo del vestíbulo. Sentado tras una mesa cubierta de papeles, el secretario levantó la vista al notar su presencia. Miss Mare se dirigió hacia él y le mostró la carta, comentando algo en voz baja, antes de dejarlos solos.

—Siéntese, por favor —pidió el secretario—. Verá, señor Cerdo, como sabe ya es la cuarta vez que presenta usted este tipo de reclamación...

—Por supuesto, es un caso grave. Nunca he visto nada igual, señor Lince. Los humanos la han tomado conmigo.

—A ver... —Lince echó un vistazo al expediente que tenía sobre la mesa—. Cuando usted era conocido como señor Marrano se quejó de que su nombre fuese equivalente a un insulto, a alguien de aspecto sucio y desaliñado. Su reclamación fue atendida y se le cambió el nombre, que pasó a ser señor Puerco. Pero poco después, también puerco se transformó en insulto, con el mismo significado. De nuevo atendimos su queja y le dimos otro nombre: señor Guarro. No

había pasado un año y tuvimos el mismo problema. Por tercera vez se le rebautizó y, a pesar de todo, seguimos en lo mismo...

—Ya le digo, es un acoso inaudito —explicó el cerdo, satisfecho por la clara exposición del problema que había hecho el señor Lince.

—Esto..., señor Cerdo —el secretario parecía elegir cuidadosamente las palabras—, ¿usted no ha pensado que podría haber un motivo para este “acoso”?

—¿Motivo? —el cerdo estaba sorprendido— ¿Qué motivo podría haber? No comprendo...

—Mire, está claro que, se llame usted como se llame, al cabo de poco tiempo ese nombre equivale al de alguien sucio. Ya sabe como es el cerebro de los humanos, tan aficionados a la analogía...

—¿Está usted insinuando...?

—No; insinuando no. Estoy explicándole cuál es el problema y por qué los cambios de su nombre son inútiles. Y ahora le voy a dar la

solución.

El señor Lince abrió uno de los cajones de su escritorio y sacó un paquete pequeño, que dejó sobre la mesa al alcance del señor Cerdo. Este lo cogió y arrancó con rapidez el envoltorio de papel. Apareció una pastilla de jabón.

—¡Y no meta las patas en la comida! —oyó decir al secretario, mientras él abandonaba el despacho, como siempre, cabizbajo

### MORALEJA

Si con tu conducta plantas  
de tu mala fama esquejes,  
cuando crezcan, no te quejes.

## 6 - Fábula de los dos manantiales

El bosque donde sucede nuestra historia había sido en tiempos remotos un lugar frondoso con abundantes manantiales y un riachuelo que lo cruzaba de sur a norte. Después, sin que nadie supiese el motivo, la mayoría de las fuentes perdieron su caudal y el río se agostó hasta quedar reducido a un torrente por el que sólo bajaba un hilo de agua cuando llovía. Sólo dos de los manantiales sobrevivieron a la sequía.

Las dos fuentes del bosque no eran públicas. Una pertenecía a la zorra, la otra al sapo. La propiedad se había mantenido de generación en generación desde tiempos inmemoriales. Ello no tuvo importancia mientras el bosque fue rico en acuíferos pero cuando sólo hubo agua en esas dos fuentes, los animales quedaron a expensas de ellos.

Viéndose zorra y sapo dueños de las escasas aguas que quedaban, sólo pensaron en sacar provecho de la situación. Los animales necesitaban beber y no tenían más remedio que acudir a alguno de los dos. En poco tiempo cada uno puso en su manantial un pequeño negocio. A partir de entonces los animales tuvieron que pagar por beber y acicalarse en los únicos sitios donde podían hacerlo.

La ambición de los dueños del agua creció en cuanto vieron que el negocio era redondo. Ellos no tenían que hacer nada más que cobrar —unos frutos, unas semillas, a cada cual según sus posibilidades— todos los días, y hasta varias veces al día. La ambición era tanta que cada uno de ellos soñaba con atraer al mayor número posible de animales a su manantial. Con mucho disimulo la zorra se acercaba cada mañana a la fuente del sapo para enterarse de cuánto cobraba ese día por el agua y corría después a su propia fuente para pregonar a los cuatro vientos un precio un poco menor, consiguiendo así mayor clientela.

Pronto se dio cuenta el sapo del ardid y pensó en hacer lo mismo. Después de la visita de la zorra, el sapo enviaba a su amiga la señora Rana discretamente, a enterarse del precio en el otro manantial y él lo ajustaba un poco más. Con esta guerra de precios los animales del bosque salían ganando, porque zorra y sapo estaban continuamente bajando el precio del agua. Pero los dueños de las fuentes estaban muy disgustados, especialmente en los días de lluvia, cuando el pequeño torrente bastaba para cubrir las necesidades de los animales y ellos quedaban plantados en sus negocios.

Una noche la zorra fue con sigilo a la fuente del sapo antes de que éste se retirase a descansar. Lo encontró metido en su charco, hinchado como un globo.

—Tú ya tienes tu agua, señora Zorra, no necesitas venir por aquí a husmear— le increpó el sapo sin disimular su hostilidad, nada más verla.

—Tranquilo, señor Sapo, vengo

amistosamente —contestó la zorra en tono cordial mientras se sentaba junto al charco.

El sapo la miró con desconfianza y siguió con su baño. La zorra continuó:

—Esto no puede seguir así, prácticamente estamos regalando el agua.

—¡Tú tienes la culpa! —increpó el sapo, agitando las patas con furia.

—Y tú también —añadió con suavidad la zorra—. Lo mismo que hago yo, haces tú. Pero por nuestro propio bien vamos a olvidar ahora esas rencillas. Vengo a proponerte un plan.

—¿Un plan...? —repitió el sapo—. A ver, suéltalo. Pero como sea una de tus tretas te aseguro que te arrepentirás.

—Verás, hasta ahora hemos estado peleando con los precios pero eso, como ves, no ha funcionado. Ni tú ni yo hemos conseguido aumentar nuestro negocio. Al contrario, cada vez ganamos menos porque estamos poniendo el precio cada vez más bajo.

—Eso es verdad —señaló el sapo, empezando a interesarse por lo que decía la zorra.

—Entre tú y yo tenemos toda el agua del bosque. ¡Toda!, ¿lo comprendes? Los animales no tienen más remedio que venir a comprarnos la que necesitan, no importa a qué precio la pongamos, no tienen elección. ¿Por qué pelear por el precio? Nos perjudicamos sin motivo. Vengo a proponerte que a partir de mañana pongamos los dos exactamente el mismo precio. Vamos a subir el agua los dos por igual, la mitad del pastel para cada uno. Un pastel muy grande. ¿Qué te parece la idea?

El sapo se mantuvo unos instantes en silencio, después miró a la zorra con una sonrisa maliciosa y dijo escuetamente

—¡Hecho!

A la mañana siguiente un gran alboroto recorrió el bosque de punta a punta. Los más madrugadores alertaron a los demás de la enorme subida del agua durante la noche. Algunos

discutían con la zorra o con el sapo.

—¿Qué voy a dar de comer a mis hijitos si he de darte todas las semillas que tengo? ¿Cómo puede ser que por lo que ayer me pedías diez, hoy me pidas cincuenta?

—Lo siento mucho, señora Tórtola, pero la fuente hay que cuidarla y da mucho trabajo mantenerla en condiciones. Yo misma tengo también mis necesidades, que no puedo atender porque me paso el día trabajando en la fuente. Mejor será que dejes de quejarte y vayas a por más semillas cuanto antes.

—Pues más lo siento yo, señora Zorra. Me voy a la fuente del sapo que tiene un precio más razonable. Y no volveré por aquí —añadió la tórtola dignamente, mientras elevaba el vuelo en dirección al manantial del sapo.

—Ya lo creo que volverás... —murmuró para sí la zorra, con sarcasmo.

Poco tardaron la tórtola y los demás animales del bosque en comprobar que en ambas fuentes

había los mismos precios y la misma intransigencia. Acuciados por la necesidad, no tuvieron más remedio que allanarse.

El malestar en el bosque aumentaba día a día. Desde la subida del agua los animales pasaban la mayor parte de su tiempo recolectando pequeños frutos y semillas para poder usar las fuentes y el bosque estaba agotando sus recursos rápidamente.

La señora Ardilla tuvo la idea de convocar una reunión para buscar el modo de solucionar el problema. Se hizo en secreto para que la zorra y el sapo no pudiesen enviar algún espía. Se reunieron antes de la salida del sol, en un pequeño claro lejos de las fuentes. Durante un buen rato los animales se dedicaron a expresar su indignación, a repetir una y mil veces que así no se podía seguir, a lamentarse de que en poco tiempo no habría ni siquiera comida que recolectar. Todos estaban de acuerdo en señalar con gran escándalo la importancia del problema, pero cuando llegó el capítulo de ofrecer ideas para solucionarlo... llegó el silencio. ¿Cómo conseguir que los dueños del

agua rectificasen? Les parecía imposible.

Cuando el desánimo empezaba a extenderse por la reunión, el viejo búho tomó la palabra.

—Amigos, escuchadme. Tengo una idea que no puede fallar. No podemos obligarlos a bajar el precio pero somos libres de comprar el agua a uno o a otro. Propongo que a partir de mañana todos usemos una sola de las fuentes, igual da una que otra, pero sólo una.

—Pero el precio será el mismo, así no arreglamos nada —señaló el señor Jilguero

—De momento, sí —continuó el búho—, pero en muy poco tiempo aquél de los dos que no venda nada se desesperará y no tardará en bajarlo para que volváis a usar su fuente. Entonces haremos lo contrario, iremos todos a comprarle a él, de modo que el otro no tendrá más remedio que bajar precio también. Controlándolos de esta manera os aseguro que podremos conseguir los precios que queramos. A vosotros os da lo mismo un pozo que otro; a ellos, no.

Los animales comprendieron la ingeniosa estrategia del búho y acordaron seguirla al pie de la letra. Por sorteo se decidió que, por el momento, todos utilizarían sólo el manantial de la zorra.

El señor Sapo se extrañó mucho cuando, bien entrada la mañana, su manantial estaba solitario; ningún animal había acudido a beber. A mediodía comprendió que eso no podía ser normal. Envío a la rana a curiosear lo que sucedía en casa de la zorra y las noticias que trajo lo sacaron de quicio.

—Esta tramposa y ladina zorra ha vuelto a jugármela, ya me extrañaba tanta amabilidad por su parte. Se ha quedado por fin con todo el negocio, no sé con qué artimañas. Pero esto no va a quedar así... —clamaba indignado.

Como había pronosticado el búho, el señor Sapo bajó su precio. Entonces fue la fuente de la zorra la que quedó desierta, hasta que se acercó a espiar y vio lo que sucedía. También ella tuvo que abaratar el agua. Los animales, bien aconsejados

por el señor Búho, jugaron con las dos fuentes una y otra vez, castigando con su boicot a uno o a otro, hasta que el precio del agua les pareció justo.

La calma y la prosperidad volvieron al bosque. Zorra y sapo aprendieron la lección y nunca más volvieron a intentar abusar de las necesidades de sus vecinos.

## MORALEJA

No hay empresa en el mundo que pudiera,  
por poderosa y multinacional que fuera,  
aguantar sin cerrar ni una semana  
si a su clientela así diese la gana

De modo que, sufrido ciudadano,  
de tanta corrupción y tanto abuso  
la solución la tienes en tu mano.  
No vayan a pensar que eres obtuso.

Si quieres que tu vida no se tuerza  
recuerda que la unión hace la fuerza.

## 7- Fábula de la liebre cazadora

«Voy de caza», dijo la liebre. Y no volvió.

### MORALEJA

Invitaron a la liebre  
a salir de cacería  
cuando despuntara el día.

Todos vieron con asombro  
cómo echó el morral al hombro  
y se marchó tan contenta,  
tan feliz, sin darse cuenta  
del peligro que corría.

Así que, fíjate bien:  
¿vas?, ¿dónde, cómo y con quién?

## 8 - Fábula del castaño y el olivo

Frondoso en el verano aquel castaño,  
ufano por su copa y su follaje,  
dijo al olivo: «No ha de ser buen paño  
el que solo te da para ese traje».

Mas acercándose el final del año  
y con él los rigores del invierno,  
el aceituno quiso darle un baño  
cuando vio los efectos del galerno:

«¿Qué fue de tu follaje y de tu terno,  
del traje del que tanto presumías?  
¿Acaso te pensabas que era eterno?

Si tus hojas son flor de un par de días  
mientras vas a buscarlas al averno  
te esperaré yo aquí junto a las mías».

## MORALEJA

No presumas de glorias pasajeras  
que puede que, con tiempo, las perdieras  
y, al darles importancia,  
transformes en vergüenza tu arrogancia.

\* \* \*

Gracias por la lectura. Si desea contactar con el autor, puede hacerlo en la siguiente dirección de correo electrónico:

[tutankamon@gmail.com](mailto:tutankamon@gmail.com)

---

[1] El tabaco te está matando

[2] Calla, viejo estúpido

[3] Córdoba

[4] Consejero, primer ministro del califa, por encima del visir.

[5] Santaella

[6] La paz esté contigo, contigo esté la paz.

[7] Cada una de las mujeres bellísimas creadas, según los musulmanes, para compañeras de los bienaventurados en el Paraíso.

[8] Montilla

[9] Antigua medida china equivalente a 500 metros en la época del relato.

[10] Juego de mesa tradicional, similar al juego de damas